



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

**“IMPLICACIONES DE LA VIOLENCIA: UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA A LA
NARRATIVA DE FERNANDA MELCHOR”**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA EN INVESTIGACIÓN HUMANÍSTICA**

PRESENTA:

LIZETH RODRÍGUEZ ZAMBRANO

Chihuahua, Chih., 01 noviembre, 2023



Implicaciones de la violencia: una aproximación crítica a la narrativa de Fernanda Melchor. Tesis presentada por Lizeth Rodríguez Zambrano como requisito parcial para obtener el grado de Maestra en Investigación Humanística ha sido aprobado y aceptado por:

Javier H. Contreras O

Dr. Javier Horacio Contreras Orozco
Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Jorge Alan Flores Flores

Dr. Jorge Alan Flores Flores
Secretario de Investigación y Posgrado

Víctor Manuel Córdova Pereyra

Mtro. Víctor Manuel Córdova Pereyra
Coordinadora Académico

Dra. Mónica Torres Torija González

Dra. Mónica Torres Torija González
Presidente(a)

Fecha: mayo 2024

Comité:

Director de Tesis: Dr. Marco Vladimir Guerrero Heredia

Codirector: Dr. Jorge Alan Flores Flores

Secretario: Dr. Felipe Armando Saavedra Montoya

ÍNDICE

ÍNDICE	2
AGRADECIMIENTOS.....	3
INTRODUCCIÓN.....	4
1.- PRIMERA PARTE	6
Un antecedente ético, histórico y conceptual para comprender la violencia actual	6
1.1. Hablar de violencia en el México contemporáneo: Un recorrido por la situación histórica de los últimos años	6
1.2. Continuar el diálogo en torno a la violencia: ¿un compromiso ético? Recorrido por las argumentaciones en torno a la pertinencia de los estudios de la violencia	16
1.3. Violencia, un amplio concepto: Gama de categorías conceptuales para comprender un amplio y complejo fenómeno	28
2.- SEGUNDA PARTE	54
La novela <i>Temporada de huracanes</i> de Fernanda Melchor: acercamiento crítico a las categorías de la violencia desde la aproximación literaria (directa, estructural, cultural, difusa, disciplinante, moral)	54
2.1. Violencias (en plural): Violencia directa, estructural, cultural y difusa en la polifonía narrativa de la novela de Fernanda Melchor.....	54
2.2. La pérdida sobre el valor de la vida, la impunidad y la desconfianza en las autoridades: acontecimientos que describen el contexto de una violencia estructural	61
2.3. El papel del lenguaje en la generación de una violencia cultural y simbólica	67
3.- TERCERA PARTE:.....	77
La construcción de los personajes masculinos y femeninos en <i>Temporada de huracanes</i> : una representación de las frustraciones y vulnerabilidades juveniles.....	77
3.1. La violencia como instrumento de empoderamiento para los personajes masculinos: el papel del performance de género y las frustraciones derivadas del colonialismo y capitalismo.....	77
3.2. ¿Las hogueras nunca se apagaron? Análisis sobre la representación de las vulnerabilidades femeninas desde una aproximación literaria a las violencias generalizadas hacia las mujeres.....	91
CONCLUSIONES.....	102
BIBLIOGRAFÍA.....	123

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer al Dr. Marco Vladimir Guerrero Heredia, mi director de tesis, profesor que caminó conmigo durante todo este largo y extenuante proceso, gracias por compartir sus conocimientos, por su sensibilidad, comprensión y acompañamiento, siempre tendrá mi admiración, cariño y respeto.

Al Dr. Alfonso de Toro, no podría agradecerle lo suficiente por su orientación, su enorme trayectoria y su nivel de exigencia fueron un enorme impulso para este proyecto.

A la Dra. Mónica Torres Torija y el Mtro. Felipe Saavedra Montoya, gracias por aportar a este trabajo, sus comentarios siempre enriquecieron el contenido de esta tesis.

A la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua, mi alma máter, agradezco a los directivos y al personal administrativo por el apoyo que me ofrecieron en este proceso, también, gracias por hacer que los problemas culturales y sociales sigan siendo un tema sobre la mesa de las universidades.

Al Consejo Nacional de Humanidades Ciencia y Tecnología por el estímulo económico concedido, el cual me permitió la posibilidad de estudiar un posgrado.

A todas y todos mis docentes, gracias por el diálogo compartido y las reflexiones detenidas, por reconocer mis aportaciones como importantes dentro del espacio académico.

A Jonathan, mi equipo, mi compañero incondicional y mi soporte, gracias, porque fuiste el principal impulso para estudiar una maestría. Contigo he conocido el amor que hace crecer, espero que el tiempo me alcance para recompensar todo tu entendimiento, tu tranquilidad para esperar y tu apoyo ilimitado. Las palabras no alcanzan para expresar mi gratitud por haber contado con tu compañía en este camino.

Finalmente, gracias a toda mi familia y, principalmente a mi mamá, por su amor y apoyo absoluto, por siempre demostrar lo orgullosa que está de mí.

INTRODUCCIÓN

La novela *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor, una de las obras literarias mexicanas recientes más leídas y reconocidas por los espacios editoriales, permite a la crítica actual continuar abordando, desde enfoques éticos y políticos, las representaciones de contextos violentos específicos del México contemporáneo.

En su narrativa se observa manifiesta una serie categorial ligada al complejo estudio de las violencias contemporáneas: a) violencia difusa, b) violencia estructural, c) violencia cultural d) violencia de género, e) violencia moral, entre muchas otras, todas y cada una de ellas presentes en el discurso narrativo desarrollado por la autora.

Esta compleja seriación está representada a lo largo del relato en elementos distintivos que otorgan un estilo particular a la obra, nos referimos a ejemplos como: el uso de una polifonía que destaca por su carácter violento, la construcción de un grupo de personajes que utilizan la violencia como herramienta de empoderamiento, haciéndose patente, así, la presencia de masculinidades hegemónicas o sujetos endriagos que tienen entre sus estipulados el performance de género, el colonialismo y el hiperconsumo como categorías principales, dando como resultado un comportamiento que afecta directa e indirectamente a los personajes femeninos hacia los que se ejerce una violencia generalizada, las cuales se ven sujetas a una situación de vulnerabilidad constante.

Con lo anterior, la novela es capaz de producir una sensación desesperanzadora, donde la ficción literaria y la realidad sociocultural parecieran converger entre sí. Ante esto, la crisis de violencia actual, motiva a las disciplinas humanísticas (como las aproximaciones críticas a la literatura) a abrir espacios de reflexión necesarios y pertinentes para dialogar en torno a la crisis actual, reconociendo la necesidad de una autoética que permita promover acciones críticas para recapacitar sobre la violencia actual, siendo la

literatura una herramienta que permite construir espacios de abstracción en los individuos, con lo cual se puede reconocer el retrato del estado sociopolítico actual y, en consecuencia, una reflexión en torno a las acciones individuales y colectivas que promueven una legitimación cultural de las violencias actuales.

En este sentido, se pretende una valorización del papel que pueden tener las obras literarias contemporáneas mexicanas, como la novela de Fernanda Melchor, en la representación de una realidad social en la que se hace patente la necesidad de una reconstrucción del tejido social. Convirtiéndose la literatura, en una evidencia de los acontecimientos que otras disciplinas, como la historia o el periodismo, en ocasiones omite, o bien, deja huecos que la literatura permite rellenar, o mantener presente en la memoria colectiva, esto permite revalorizar el papel del arte y la literatura, así como otros modelos de abstracción, pues estos colaboran a preservar el dolor, a resignificar, a reconstruir y a reconocer que todas las vidas tienen derecho a vivir una vida en un entorno de no-violencia.

En este sentido, a lo largo del presente trabajo de investigación en el que se fundamenta un análisis literario en torno a la obra *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor es un esfuerzo por insistir en la pertinencia ética de los estudios sobre la violencia en donde, a partir del reconocimiento de las conceptualizaciones en torno a esta área de estudio, se permita un acercamiento al complejo fenómeno de las violencias que, actualmente ha embargado un sinnúmero de espacios del país, siendo cada vez más urgente el trabajo humanístico que permita visibilizar un contexto violento, donde se pueda analizar, estudiar y evidenciar, las situaciones de vulnerabilidad, así como las condiciones políticas, sociales y culturales que provocan su surgimiento, porque para poder ofrecer soluciones efectivas de dicha problemática, primero es necesario un correcto entendimiento de ella.

1.- PRIMERA PARTE

Un antecedente ético, histórico y conceptual para comprender la violencia actual

1.1. Hablar de violencia en el México contemporáneo: Un recorrido por la situación histórica de los últimos años

“Pareciera imposible encontrar guerra más desigual. Unos tienen el poder, el dinero y las armas. Los otros, solo tenemos lo poco que nos queda del tejido social”

Esther Hernández Palacios

Comenzar un trabajo de investigación partiendo de un epígrafe que cuestiona la posición en la que se encuentran los ciudadanos que han vivido íntima y personalmente el contexto de un México violento resultaba de gran importancia para el desarrollo de este trabajo. La cita de Hernández Palacios aparece en un libro testimonial donde describe su proceso de duelo, luego del asesinato de su hija. Y ante esta situación, su cita permite profundizar en preguntas claves sobre la situación a la que se enfrentaron y continúan enfrentándose muchos ciudadanos dentro de un territorio violentado. ¿México en el 2021 continúa dentro de una guerra o ya es cosa de un pasado terrorífico que terminó? Y de ser así, ¿Qué hay de los niños y adolescentes que crecieron a la par de la violencia? ¿Hay en sus posturas aceptación, normalización o negación? Y, además, ¿Por qué las producciones artísticas y literarias mexicanas que tienen alcance internacional retratan constantemente la violencia, sobre todo hoy de aquellas que evidencian violencia hacia las mujeres? Los cuestionamientos son muchos todavía.

Actualmente, el panorama literario, artístico y cinematográfico mexicano ha estado marcado por la fuerte consciencia de los creadores al retratar episodios terriblemente crudos de acontecimientos y situaciones cotidianas de un México contemporáneo sumergido en un contexto de violencia.

Películas, documentales y series televisivas como “Las tres muertes de Marisela Escobedo” (2020), “Sin señas particulares” (2020), “Vuelven” (2017) “Somos” (2021), o Noche de fuego (2021), han sido reconocidas en el panorama cinematográfico mundial por la forma en que retratan el contexto del México actual y su relación con la violencia hacia las mujeres, entre otras manifestaciones de la violencia, éstas han tenido una audiencia que rebasa los millones de reproducciones en plataformas de gran alcance como Netflix o Amazon Prime. De igual manera, con respecto a lo que atañe a este trabajo de investigación, escritores y escritoras como Fernanda Melchor, Brenda Navarro, Martín Solares, Antonio Ortuño, entre muchos otros, han sido reconocidos por la forma particular en que retratan la violencia y han sido acreedoras de premios literarios en países extranjeros por sus producciones literarias más recientes.

Por esto, resulta importante cuestionar que, ante los alcances mundiales que están logrando este tipo de producciones ¿qué se está diciendo sobre México al resto del mundo y por qué el interés editorial de difundir la situación de un país que continúa padeciendo estragos de la violencia?

México, en semejanza con otros países de Latinoamérica, es un país fracturado por la violencia, los recientes enfrentamientos del narcotráfico generaron graves estragos en la sociedad, los cuales actualmente continúan vigentes. Sin embargo, aunque en esta investigación no se pretende analizar el fenómeno del narcotráfico que, sin duda, está lleno de matices, sí es importante aludir a él por la relevancia que tiene en el contexto actual. Sobre todo, por la forma en que esto pudo profundizar en la conciencia y la identidad de aquellos niños, adolescentes y jóvenes que crecieron a la par de estos enfrentamientos y que hoy actúan con insensibilidad ante los hechos de violencia.

Las generaciones que se vieron afectados por este enfrentamiento político y social vivieron una infancia y adolescencia muy distinta a la de las generaciones pasadas, las cuales no se pudieron permitir un crecimiento personal completamente sano en zonas rurales y urbanas donde las organizaciones del narco ya comenzaban a tener poder y comenzaban a enfrentarse a los efectos colaterales que dejaría la crítica etapa de la historia de México, llamada Guerra contra el Narcotráfico.

Daniela Pastrana analiza en su ensayo “Mamá se fue a la guerra” cómo muchos niños fueron atravesados por un ambiente de violencia exacerbada y cómo esto los obligó a vivir su infancia en similitud a la de los niños que nacieron en contextos de revoluciones y enfrentamientos bélicos: “(...) la guerra las obligó a madurar antes de tiempo. Entendieron cómo mirarla de lejos, algunas veces con miedo o confusión; otras, con hartazgo y enojo” (Pastrana 25). Fueron estas generaciones a las que se les negó la posibilidad de jugar en los espacios públicos por miedo a las constantes balaceras que acontecían en distintas zonas del país, aquellos que vieron limitada su infancia por circunstancias de violencia.

Hay quienes argumentan que ya se ha hablado mucho sobre violencia en este país, inclusive algunos dirigentes políticos, como el actual presidente de la república, se esfuerzan por ofrecer en sus discursos políticos afirmaciones de que la guerra ha concluido en nuestro territorio, como se puede observar en la siguiente cita:

Casi al terminar la conferencia de prensa del 20 de enero, un periodista le preguntó al actual presidente Andrés Manuel López Obrador: “¿Se acabó la guerra contra el narco?” “No hay guerra” respondió el mandatario. “Oficialmente ya no hay guerra. Nosotros queremos la paz” (Nájar 2019).

Sin embargo, pese a que los actuales representantes políticos se esfuercen por defender posturas donde lo que no se nombra, no existe, es importante insistir en que el

diálogo debe continuar, porque el contexto continúa produciendo sensaciones de desesperanza en los ciudadanos.

En similitud a estas declaraciones, vale la pena mencionar aquí, para contextualizar también sobre la situación de la violencia generalizada hacia las mujeres, la declaración que ofreció el presidente durante la conferencia de prensa matutina del 13 de febrero de 2020, cuando un reportero decidió cuestionarle sobre la propuesta de diputados de su partido de eliminar el delito de feminicidio del Código Penal, para lo cual, el mandatario con indiferencia y evasión respondió: “no quiero que los feminicidios opaquen la rifa” (Vanguardia, párr. 3). Con esto, es evidente la postura que se vive en México desde varios escenarios políticos y sociales, de negar la realidad de violencia que se continúa viviendo.

Recordemos, por ejemplo, que actualmente existen muchas personas desplazadas por la violencia y las posturas que niegan su situación, solamente limitan las posibilidades de ayudar a los que padecieron personalmente sus estragos. Así lo dejan ver los discursos que se ofrecen desde las instituciones públicas, donde minimizan la situación de muchos ciudadanos, como se puede observar en la siguiente nota que ofrece Celia Guerrero en la antología recientemente publicada *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*:

La violencia en México dejó, entre 2011 y 2016, al menos 287 mil personas desplazadas internas, suficientes, por ejemplo, para ocupar 3.5 veces un estadio de fútbol, de acuerdo con el monitoreo de la investigadora Laura Rubio en el ITAM y la CMDPDH. El gobierno federal considera que “si bien existe movilidad por causa de la violencia, ésta no es de carácter generalizado”, de acuerdo con la Unidad de los Derechos Humanos de Segob en 2015. Pero la ausencia de reconocimiento oficial del fenómeno ha provocado la desprotección y atención apropiada para los afectados (Guerrero 45).

Con esto, vale la pena cuestionar ¿por qué la insistencia de minimizar un problema de esta magnitud? Se intenta vender una imagen del país donde la paz se encuentra presente. Y, sin embargo, existen zonas rurales que continúan embargadas por el narcotráfico. Y, sin duda, de no ser así, el arte, las producciones cinematográficas y la literatura, no lo estarían evidenciando. Es importante mantener el diálogo de la situación de desplazamiento que ha generado la violencia, pues ésta solamente les ha negado, a muchísimos mexicanos, la posibilidad de crecer y desarrollarse sanamente en los pueblos y ciudades donde crecieron con toda su familia.

No obstante, ante esta postura que niega la realidad, ¿qué hay de las imágenes y textos periodísticos que evidencian que la situación permea? Y, ¿cómo lo ve la ciudadanía en general? ¿Hay una aceptación o normalización de la violencia?

Susan Sontag publicó su ensayo *Ante el dolor de los demás* en el 2003 con la intención de motivar a la reflexión sobre el papel de la fotografía cuando se retratan condiciones de violencia exacerbada, como lo sucedido durante la Segunda Guerra Mundial. Y sin duda, las generaciones más jóvenes de México crecieron en un país donde las imágenes y las fotografías sobre los estragos de la guerra fueron constantes.

¿La conmoción tiene plazo limitado? (...) La conmoción puede volverse corriente.

La conmoción puede desaparecer. Y aunque no ocurra así, se puede *no* mirar. La gente tiene medios para defenderse de lo que la perturba (...) Esto parece normal, es decir, adaptación. Al igual que se puede estar habituado al horror de la vida real, es posible habituarse al horror de unas imágenes determinadas. (Sontag 73).

Este tipo de planteamientos resultan de suma importancia para las investigaciones en torno a la violencia porque permite cuestionar qué aspectos han sido vulnerados en los más jóvenes y en los niños, aquellos que a la espera de un semáforo o en la entrada de los

supermercados, veían a la altura de sus ojos las portadas del periódico de nota roja¹, que exponían fotografías explícitas de personas descuartizadas, desmembradas o baleadas. Ante esto, ¿qué tanto se ha normalizado la violencia en nuestro país? ¿Hay menos condolencia por las víctimas?

Y aunque estos cuestionamientos no serán abordados plenamente a lo largo de esta investigación, sí es importante mencionarlos, porque la literatura se convierte en una herramienta imprescindible para analizar de qué manera ha evolucionado la conciencia de los individuos dentro de este contexto. “Es, por tanto, la literatura la que debemos considerar, y sobre todo sus formas más concretas, si queremos descubrir los pensamientos profundos de una generación” (Bourdieu 43). El sociólogo francés analiza en su libro *Campo de poder, campo intelectual* cómo la relación que tiene el creador con su obra está íntimamente ligada por la sociedad en la que se desarrolla el texto, el contexto definirá el producto del creador.

Y en este sentido, es evidente que la literatura mexicana contemporánea está elaborando una gran cantidad de narrativas artísticas que reflejan una condición de violencia generalizada en el país, derivada de distintos factores. Por un lado, el narcotráfico, como ya se mencionó anteriormente, continúa manifestando efectos

¹ En México y específicamente en la Ciudad de Chihuahua, existen periódicos de nota roja como “El peso” en donde se utilizan encabezados descriptivos e imágenes explícitas de los cuerpos desmembrados, acribillados, colgados, etc. Por ello, por ejemplo, durante las manifestaciones por el 8 de marzo, las mujeres han evidenciado valientemente la falta de respeto de parte de estos periódicos hacia los familiares de las víctimas y han realizado denuncias públicas en los periódicos involucrados para solicitar una actitud ética ante este tipo de circunstancias.

Como una persona que pasó parte de su infancia y adolescencia sumergida en este contexto de violencia, puedo hablar desde mi propia experiencia infantil en donde, mientras esperaba en los semáforos de las avenidas más transitadas de la ciudad, podía observar estas imágenes constantemente, las cuales me impactaban profundamente y me asustaban por su crudeza. Sin embargo, es innegable que crecí en medio de estas exposiciones y se convirtieron, también, en parte de mi cotidianidad.

colaterales en las personas, la inseguridad continúa siendo un sentimiento permanente en los ciudadanos y la falta de confianza en las autoridades solo engrandece la problemática.

Y, por otro lado, es importante destacar que, en la actualidad, por ejemplo, las mujeres se sienten vulnerables incluso en compañía de los miembros policiacos y militares. Aquellos que fungen como encargados de velar por la seguridad de los ciudadanos, son los mismos que ostentan cifras escalofrantes sobre los hechos de violencia que ellos mismos ejercen en contra de aquellos que consideran subordinados. Paula Mónaco escribe sobre esta situación en la antología *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*, anteriormente mencionada, ofreciendo los siguientes datos importantes, en los que vale la pena insistir: “(...) un informe elaborado por Amnistía Internacional en 2016 muestra que, de 100 mujeres arrestadas por policías y militares en México, 97 sufrieron violencia física y 72 violencia sexual. La situación empeora si la fuerza involucrada es la Marina Armada: la cifra de violaciones sufre 86 por ciento” (Mónaco 73).

Y justamente esta referencia anterior permite reflexionar en otra de las categorías de la violencia que afecta continuamente al país: la violencia generalizada hacia las mujeres. México es un país que preocupa por la cantidad de asesinatos cometidos, según las cifras más actualizadas ofrecidas por el INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía), en el comunicado de prensa núm. 27/21, ofrecido el 26 de enero de 2021, se afirma que, tan solo en el primer semestre de 2020, se registraron 17, 123 homicidios en México, de los cuales 1,844 fueron mujeres, esta cifra iría en concordancia con el dato que han ofrecido desde distintos colectivos de manera constante con tal de enfatizar en las escalofrantes

cifras, el cual afirma que cada día son asesinadas 10 mujeres en el país, (aunque actualmente existen colectivos que aseguran que en realidad ya son 11).²

Estas dolorosas estadísticas permiten identificar la gravedad de la situación en el país, pues, aunque lo que mayor visibilidad ha tenido es la violencia derivada por el narcotráfico, existen otro tipo de problemáticas como lo mencionado en el párrafo anterior, lo cual será el aspecto imprescindible a tratar en este trabajo de investigación.

Las narrativas mexicanas contemporáneas, tanto en el espacio cinematográfico, como en el literario, reflejan este tipo de manifestaciones de la violencia: la presencia del narcotráfico y su papel en la conducta violenta de los ciudadanos, la normalización de la violencia, el papel del capitalismo en el desarrollo de este tipo de contextos violentos, entre otros.

Por ello, resultaba imprescindible plasmar un breve recorrido sobre el contexto en torno al panorama al que se enfrenta el México de los últimos años para poder insistir en el hecho de que la violencia en el país continúa permeando en muchas zonas, por tanto, es válido insistir en esto: el diálogo debe continuar.

Si hay un interés, desde el arte y el espacio académico, en visibilizar la condición de desigualdad, vulnerabilidad y violencia que continúa vigente en el país, es sustancial continuar abriendo esta reflexión sobre la manera en que nos ha atravesado, así, que estas reflexiones no solo se queden plasmadas en las obras literarias, sino que vayan más allá, que atraviesen el libro y las pantallas y abran conversaciones en los espacios privados.

² Trabajar con cifras en un país como México donde continuamente los números en torno a sucesos violentos van creciendo, es un trabajo verdaderamente difícil para quienes se dedican a la investigación. Además, es importante mencionar que, en algunas ocasiones, los discursos políticos publican cifras que no concuerdan con las contempladas por los colectivos sociales. En esta ocasión se tomaron como base las cifras de 2020 porque son las más actualizadas que se encontraron desde las plataformas oficiales, no obstante, es posible que para 2022 éstas se hayan visto modificadas, pero hasta el momento no se tiene una publicación oficial.

Reforzando esta argumentación y para concluir con este apartado, María Pía Lara, en su obra *Apuntes para narrar el mal: una teoría posmetafísica del juicio reflexionante*, plantea argumentos a favor de las narrativas que se proponen abrir espacios de diálogo en los espectadores, reconociendo que éstos colaboran a repensar el pasado, en la búsqueda de construir un mejor futuro social. Sin embargo, esto solo se puede lograr, si se abren espacios de debates públicos que permitan ejercer lo que ella llama *juicio moral*.

Poseemos juicios morales si somos capaces de distinguir lo que está mal, lo que es crueldad o por qué acciones como aquellas que son representadas en las historias no deberían ocurrir (...) cuando nos fijamos en el contenido de una historia, ésta empieza a trazar su camino hasta nuestra conciencia cuando ha sido expuesta en público y, tras captar la atención de los espectadores, inicia el recorrido hacia la reflexión crítica en el debate posterior que se abre sobre su contenido (17).

Con esto, la autora reafirma lo siguiente: “Sin la esfera pública y sin los espacios de debate, de diálogo, de la revelación, no podríamos ejercer el juicio. Sin las historias no podemos crear el espacio colectivo de autoevaluación y de autorreflexión” (18). Con estas citas, la autora permite plantear un argumento útil al hablar sobre el papel de la academia, la literatura y demás expresiones artísticas, los cuales permiten eliminar posturas indiferentes ante situaciones históricas de suma complejidad, como el ejercicio de la violencia en distintos espacios y etapas históricas.

Así, la importancia de la literatura y otras expresiones artísticas que evidencian el horror y la violencia, radica en el hecho de hacernos conscientes de nuestro contexto. Pues, como lo mencionó Adorno en su conferencia “Educación después de Auschwitz,” el primer paso es hacer consciencia de la grave problemática que es la violencia exacerbada y educar en torno a ello:

"Cuando hablo de la educación después de AUSCHWITZ hablo de dos ámbitos: en primer lugar, educación en la infancia, sobre todo en la primera; seguidamente, ilustración general llamada a crear un clima espiritual, cultural y social que no permita una repetición; Un clima, pues, en el que los motivos que llevaron al horror se hayan hecho en cierto modo conscientes" (Adorno, 2).

La palabra consciente es particularmente importante en este argumento del filósofo alemán, el primer paso es hacer conscientes a las personas: no omitir el hecho, no convertirlo en un tabú, no evadir hablar de eso, hay que comenzar una educación donde se haga ver la violencia que nos embarga y mediante eso, ser conscientes de su desgracia.

Se puede admitir, entonces, que es, sin duda, imprescindible que surjan espacios que erradiquen el silencio en torno a estas temáticas, que no solo se produzcan narrativas que planteen problemáticas, sino que también, y muy importante, se converse sobre ellas.

Por esto, realizar un acercamiento crítico a esta temática, desde aproximaciones a la literatura, permite profundizar en la conciencia de aquellas generaciones jóvenes que vivieron y se desarrollaron en medio de un México donde los jóvenes han convivido cotidianamente en medio de conductas violentas y que, tanto la literatura como otros medios artísticos y cinematográficos, han sabido representar crudamente para el resto del mundo.

1.2. Continuar el diálogo en torno a la violencia: ¿un compromiso ético? Recorrido por las argumentaciones en torno a la pertinencia de los estudios de la violencia

“Para que triunfe el mal, solo es necesario que los buenos no hagan nada”

Edmund Burke

Luego de estar inmersos en un contexto donde la violencia ha invadido los espacios más íntimos y cotidianos, surgen posturas que rechazan la posibilidad de enfrentarse a experiencias que les recuerden la existencia de este tipo de acontecimientos. Susan Sontag, de nuevo, hablaba sobre este tema en su ensayo *Ante el dolor de los demás*, al percatarse de posturas que hacen todo lo posible por negarse a experimentar el proceso de empatía en contextos de alta violencia, la autora se percató de la negación de experimentar el dolor ajeno y argumentó sobre ello lo siguiente:

Algunas personas harán lo que esté a su alcance para evitar que los conmueva. Qué fácil resulta, desde el sillón, lejos del peligro, sostener un talante de superioridad. De hecho, escarnecer el esfuerzo de quienes han sido testigos en zonas de conflicto calificándolo como “turismo bélico” es un juicio tan recurrente que ha invadido el debate sobre la fotografía de guerra en cuanto profesión (Sontag 94).

Con esta cita la autora abre una reflexión sobre el hecho de tomar conciencia del privilegio en el que algunos estamos posicionados, al estar protegidos, en buena medida, de la violencia. Y al encontrarse en estas posiciones predilectas, puede ser fácil olvidar que existen personas que se encuentran imposibilitadas de salir de este contexto. Y vale la pena reflexionar ¿acaso no es un compromiso, por lo menos, esforzarse en intentar comprender esa situación y escuchar los testimonios y las experiencias personales?

En este mismo ensayo, Sontag alude al término *monstruos amorales*, desarrollado por Virginia Woolf, para referirse a aquellas personas que asumen una postura indiferente

ante el dolor de los demás, aquellos que cuando se enfrentan cara a cara a un contexto o suceso doloroso de los otros, prefieren darse la vuelta, ignorarlo, en algunos casos, incluso, cambiar de canal con desinterés o saltarse la nota roja del periódico que describe un acontecimiento violento. Sontag dirá sobre esto que resultaría imperdonable asumir este tipo de posturas desde los espacios académicos y artísticos:

No condolerse con estas fotos, no retraerse ante ellas, no afanarse en abolir lo que causa semejante estrago, carnicería semejante: para Woolf esas serían las reacciones de un monstruo amoral. Y afirma: no somos monstruos, somos integrantes de la clase instruida. Nuestro fallo es de imaginación, de empatía: no hemos sido capaces de tener presente esa realidad” (14).

Con esto, la autora desarrolla las argumentaciones que Virginia Woolf plantea en su libro *Tres guineas* para hablar sobre los estragos de la guerra y los cuestionamientos éticos que ponen sobre la mesa este tipo de circunstancias bélicas que han abierto una serie de reflexiones en torno al papel y la pertinencia del arte en este tipo de contextos históricos.

La elaboración de estos conceptos, permiten destacar la importancia de plantear estos cuestionamientos con seriedad desde los espacios de la academia. Sin embargo, desde las áreas humanísticas es importante atender este tipo de temáticas sociales para colaborar, desde la colectividad, a construir herramientas efectivas que provoquen impactos relevantes en la conciencia de los individuos.

Por su parte, Sayak Valencia destacará con la introducción a su libro *Capitalismo gore* la importancia de los trabajos humanísticos al atender fenómenos tan complejos, como la violencia, pues, aunque las herramientas con las que se cuenten sean escasas, es necesaria la estructuración de nuevos conceptos que colaboren en la atención de este tipo de problemáticas en el país que nos afectan directa e indirectamente:

Debemos crear instrumentos teóricos y prácticos que nos ayuden a trazar estrategias donde quede claro que, cuando no hay otra opción a elegir, debemos ser capaces de transformar esta opción. Si no hay otra opción, que ésta no nos mate, sino que mediante nuestra insurrección nos resignifique (Valencia 11).

Y eso significa asumir como una responsabilidad ética acercarnos al sufrimiento de los demás, sobre todo cuando se manifiestan en los espacios que compartimos colectivamente. Y si bien, es importante reconocer que, en ciertos casos, la palabra “comprender” no será la más adecuada, al realizar estudios sobre este tipo de temáticas, como el caso de la violencia exacerbada, donde resulta imposible comprender realmente las razones por las que alguien podría cometer actos de tal vehemencia, sí es importante reconocer el valor de acercarse a este tipo de fenómenos y reconocer la importancia de conocerlos, esto lo explicará Primo Levi en su libro *Si esto es un hombre*, al hablar sobre su testimonio viviendo la experiencia del exterminio desde los campos de concentración durante la Alemania nazi:

Quizá no se pueda comprender todo lo que sucedió, *o no se deba* comprender, porque comprender casi es justificar. Me explico: <<comprender>> una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. Esto nos desorienta y a la vez nos consuela, porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultarnos comprensibles (...) Si comprender es imposible, conocer es necesario,

porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también (218).

En este sentido, es imprescindible esforzarse por conocer la experiencia de los otros, la de aquellos afectados por actos de dominación y de vulnerabilidad. Y aunque, como dice Levi, alcanzar la comprensión resulte sumamente difícil, es importante abrir espacios de reflexión y no permitir que el privilegio de unos construya brechas entre aquellos que sufren y los que no. También, es importante el reconocimiento, no únicamente con las víctimas, sino con los victimarios, que como se menciona en la cita anterior, nosotros mismos podemos convertirnos en verdugos de otros.

Siempre será importante cuestionar: ¿cuán lejanos estamos de cometer actos tan atroces contra nuestros semejantes? Para esto, resulta pertinente remitir al filósofo Didi Huberman, quien en su trabajo *Imágenes pese a todo* alude a Bataille para hablar sobre el terrible genocidio que aconteció durante el exterminio nazi, y plantea la reflexión sobre la importancia de la identificación, también, con aquel que ejerce violencia:

Auschwitz es un hecho inherente a nosotros. No se trata, por supuesto, de confundir a las víctimas con sus verdugos. Pero esta evidencia debe contar con el hecho antropológico-ese hecho de la especie humana, como escribía Robert Antelme en el mismo año- de un semejante que inflige a su semejante la tortura, la desfiguración y la muerte: (...) “no solo somos las víctimas posibles de los verdugos: los verdugos son nuestros semejantes” (52).

Con esta cita, se destaca la importancia de mantener diálogos en torno a esta problemática, no solo para visibilizar y conocer un fenómeno social de suma gravedad, sino para someter a los individuos a un proceso de abstracción, también, para reconocer aquello de lo que hemos sido, seguimos siendo y podríamos seguir siendo capaces.

De igual manera, será también Adorno, en la conferencia anteriormente mencionada en páginas anteriores, quien destacará la importancia de no concentrarse únicamente en el testimonio de las víctimas de violencia, sino también en aquellos que ejercen el propio hecho, porque será en él donde encontraremos muchas respuestas que en el otro no:

Las raíces han de buscarse en los perseguidores, no en las víctimas, exterminadas con las acusaciones más miserables. (...) Hay que sacar a la luz los mecanismos que hacen a los seres humanos capaces de tales atrocidades; hay que mostrárselas a ellos mismos y hay que tratar de impedir que vuelvan a ser de este modo, a la vez que se despierta una conciencia general sobre tales mecanismos (2).

Con respecto a las citas anteriormente referidas es importante mencionar que, en repetidas ocasiones se ha remitido a los estudios, ensayos y testimonios de sobrevivientes del exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial y es importante destacar que no es la intención de este trabajo de investigación comparar este terrible acontecimiento histórico con la situación de violencia en México, pues se comprende que ambos son fenómenos sociales que funden sus raíces en circunstancias distintas y, por supuesto, la condición de las víctimas y afectados es desigual por un sinnúmero de razones. Pero es importante reconocer que estos estudios abrieron un diálogo en torno al tema de la violencia y su relación con la ética, así mismo, a partir de trabajos como estos, se han realizado valiosas aportaciones en torno al papel del arte y la literatura en situaciones de esta índole.

Recordemos que uno de los argumentos más valiosos en torno a este tema tiene que ver con la importancia de no olvidar, de no asumir una actitud indiferente, Didi-Huberman diría en el trabajo anteriormente mencionado que “el olvido del exterminio forma parte del exterminio” (43) entonces ¿no es importante asumir cierta responsabilidad al intentar que los hechos violentos, de cualquier índole y por cualquier motivo, no queden en el olvido?

Esto reconoce el valor de conocer los testimonios, de valorar la literatura que refleja la violencia y la condición de las víctimas afectadas por estos hechos, que si ya desapareció su cuerpo, que no desaparezca también su memoria.

No obstante, como lo menciona Ileana Diéguez en su trabajo *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor*, aunque con este tipo de aportaciones no se solventa el dolor, sí se fomentan conversaciones incómodas que permitan cuestionar el contexto apabullante que nos azota y nos mortifica:

“Ninguna palabra, ninguna obra de arte puede remediar la pérdida de un ser querido. Cuando hay ausencia de justicia no hay restitución ni consuelo. (...) estas páginas son incómodas y desde ese lugar incómodo molestan, mientras asistimos de cerca o de lejos a la carnicería humana” (16).

De esta manera, Diéguez también considera que no abrir espacios de dolor para quienes se han visto afectados por la violencia y, a su vez, al no abrir diálogos suficientes en torno a estos temas le concede cierto privilegio a quienes ejercen la violencia y, también, a quienes participan en los espacios políticos y actúan con indiferencia dolorosa. Hablar de ello, erradicar el silencio, es una labor importante para avanzar en estos temas: “callar y silenciar la barbarie sería precisamente otorgar la victoria a los perpetradores de esa barbarie, a los señores de la muerte” (45). Por esto, es importante no permitirlo.

En este sentido, las investigaciones que intentan reflexionar sobre la condición del país y las circunstancias de violencia a la que se enfrentan diariamente determinados sectores de la sociedad son de gran relevancia. Cuando la guerra contra el narcotráfico comenzó en México, los trabajos teóricos sobre la violencia eran escasos en el país, de esto hablará Guillermo Valdés Castellanos, quien fue Miembro del Consejo de Seguridad Nacional y del Gabinete de Seguridad Pública, en su estudio *Historia sobre el narcotráfico*

en México, el autor habla de la situación a la que se enfrentaron en los espacios políticos al estar atendiendo el abrumador problema de la “Guerra contra el narcotráfico” con insuficientes estudios y herramientas teóricas que les permitiera una correcta asimilación de la problemática, un contexto completo de lo acontecido y herramientas teóricas útiles para comprender el fenómeno que el país venía arrastrando desde hace años y que en esos momentos comenzaban a manifestarse gravemente sus estragos, sobre esto, Valdés dirá lo siguiente: “No teníamos marcos de referencia, ni suficientes estudios empíricos. En las aproximaciones existentes al problema del narcotráfico y del crimen organizado en general, ha predominado el enfoque periodístico, con gran valor testimonial en algunos casos, pero poco útil en términos explicativos” (13).

Desafortunadamente, tuvieron que aproximarse a este acontecimiento con pocas herramientas que les permitieran atender el fenómeno con mayor información. No obstante, esto fue un parteaguas, puesto que, de manera posterior a estos sucesos, los estudios sobre la violencia comenzaron a tomar relevancia en el país y pronto se convertirían en bases fundamentales para intentar comprender una realidad que parecía incomprensible a ojos de los que la experimentaban.

Por esto, el papel que tienen los estudios sobre estas problemáticas sociales y, por supuesto, también su constante actualización, resultan de gran trascendencia para generar cambios estructurales. Y en este sentido, se coincide con la insistencia de atender este tipo de sucesos y de reconocer la importancia de continuar con el diálogo en torno a estas temáticas. Para continuar con el diálogo en torno a lo que argumentan Guillermo Valdés y Sayak Valencia, Diana Torres reflexiona sobre esto en su ensayo “Medalla o estigma” presente en el libro *Tsunami*, en donde reconoce la posición en la que se encuentran las

personas con acceso a educación superior, que tienen la oportunidad de reflexionar sobre este contexto sin estar profundamente afectados por él:

Siento que las personas que tenemos el privilegio de poder reflexionar sobre lo que pasa en nuestro alrededor, tenemos de algún modo también la obligación de tratar de poner nuestras reflexiones al servicio del conocimiento y pensamiento colectivos, para que sirva de algo por lo que hemos pasado. Es nuestro compromiso pensar y no quedarnos calladxs porque la inmensa mayoría de gente que sufre esa violencia diariamente y a niveles que ni siquiera podemos sospechar están silenciadas por el propio sistema (Torres 191).

Ante esto, ¿cuál es, entonces, el papel que tiene la literatura? ¿Hay un compromiso ético en ella? Estos cuestionamientos han sido constantes, por lo que hay posturas diversas que pueden resultar válidas en distintos sentidos. No obstante, es innegable que dentro de los productos literarios se encuentre impreso, además de las intenciones artísticas del creador, una relación íntima entre el libro y el contexto en que surge. Los escritores se encuentran atravesados por la cultura en la que se desarrollan y para algunos puede ser imposible desprenderse de esto.

En este sentido, como anteriormente se mencionó en la cita de Pierre Bourdieu, una producción literaria estará determinada por el discurso social y los aspectos culturales que la sociedad tiene interiorizada, de esta manera, la literatura se convierte en una herramienta útil para analizar una realidad social donde la violencia se ha naturalizado en las generaciones jóvenes. La literatura permite sensibilizar y ser efectiva al promover un proceso de introspección en los individuos que les permita ejercer el acto de empatía, en este sentido, se puede considerar que, en ella, se puede encontrar una herramienta ética.

Y aunque en la actualidad existan un sinfín de producciones cinematográficas, artísticas y literarias que representan la violencia, volviéndose cada vez más un producto de espectacularización, esto no elimina la responsabilidad y el valor ético que puede contener un documental, una película, un texto literario o académico, como los mencionados previamente al inicio de este apartado, en donde sus creadores se esfuerzan por dar a conocer un suceso que merece ser visibilizado, reconocido, y que permita abrir espacios de reflexión en distintos lugares.

De esto reflexionarán, también, en el libro de ensayos *Violencia y literatura en la narrativa mexicana reciente*, en donde Gustavo Lespada reflexiona sobre el cuestionamiento: ¿cómo se puede narrar la violencia? y ¿cómo se pueden poner en palabras este dolor desmesurado que pueden sentir los más afectados?

Sobre el papel ético de estos textos, el autor argumenta que:

“Para este comercio con lo atroz –propio de la lógica capitalista- no invalida el valor ético de la imagen, el compromiso que hay detrás de la denuncia o la información.

Al final de la cadena siempre habrá alguien que reflexione, que se pregunte: ¿Quiénes son los responsables? ¿no pudo evitarse? (Lespada).

Y justamente este argumento, al aludir al texto de Sontag, reconoce el fin último de este tipo de narrativas de la violencia: abrir un diálogo, si bien no son la solución legítima a un problema de tal complejidad, sí permite que se abran espacios de reflexión, tan importantes para la actualidad.

Además, con respecto a la lógica capitalista que alude el autor en la cita anterior, es pertinente recordar los argumentos de Giorgio Agamben en su reconocido estudio *Homo sacer I. El poder soberano y la nula vida*, en donde reflexiona sobre el papel del capitalismo y cómo éste ha permitido que los actos de violencia se agraven, pues es éste el

que construyó las herramientas adecuadas para que se puedan llevar a cabo estos actos de vehemencia:

"El desarrollo y el triunfo del capitalismo no habrían sido posibles, en esta perspectiva, sin el control disciplinario llevado a cabo por el nuevo bio-poder que ha creado, por así decirlo, a través de una serie de tecnologías adecuadas, los <<cuerpos dóciles>> que le eran necesarios" (Agamben, 12).

Este argumento del pensador italiano, resultará imprescindible para dialogar, también, con las aportaciones de Sayak al resaltar el papel del capitalismo en este contexto violento en el que nos desarrollamos actualmente. Pues será a partir de esto que se podrá reflexionar sobre cómo se ha transformado la noción del ser humano y cómo, en la actualidad, el tener derecho a la vida, de alguna manera, está en entredicho.

Estas son las reflexiones que han podido surgir gracias a que se han abierto conversaciones académicas, filosóficas y literarias, que permitan mantener sobre la mesa un tema que, al menos para México y seguramente para otras partes del mundo, continúa siendo muy vigente y, sobre todo, necesario.

Por esto mismo, es importante concluir este apartado, aludiendo al término *persistencia crítica* que reconoce Vladimir Guerrero en su documento "El narcogótico mexicano: Escrituras del horror y la violencia en el México del Siglo XXI" para mantener una constante revisión de los fenómenos de la violencia en el país, que colaboren a superar la indiferencia, la espectacularización que pareciera expandirse cada vez más y, también, a las posturas que niegan el valor de las narrativas de la violencia, el autor argumentará sobre este concepto lo siguiente:

"Ante estos escenarios queda la importancia en el trabajo crítico de lo que aquí he designado como *persistencia crítica*. Una necesidad de una permanente revisión en

México de los fenómenos de la violencia extrema y de la *narcoviencia*. A la necesidad de su presencia irrevocable dentro de los estudios especializados de la cultura en las instituciones o asociaciones públicas y/o privadas” (342).

Con esta categoría, pretendo reconocer el significado legítimo de la palabra persistencia que refiere, por un lado, a la duración de algo, en este caso un tema de análisis, pero también, a la constancia, que remite a la perseverancia, a no rendirse ante la violencia, sino a seguir buscando alternativas que permitan construir espacios de paz para las próximas generaciones, a no naturalizar acontecimientos que resultan tan dañinos y que perjudican a miles de ciudadanos en el país y en muchas otras partes del mundo.

Se debe reconocer que las narrativas literarias en torno a la violencia que se han escrito hasta el día de hoy, que continúan escribiéndose, y están tomando relevancia en espacios internacionales, no se han podido desprender del contexto que observan desde los ojos de un grupo de ciudadanos que han crecido en determinadas zonas del país que han sido terriblemente afectadas por la violencia. Por ello, se debe continuar una búsqueda persistente que permita visibilizar la condición en la que se encuentran sectores de la sociedad mayormente desfavorecidos.

Es verdad que también existe una situación de controversia en torno a este tipo de trabajos, polémica en la cual no se pretende ahondar ni debatir desde este trabajo de investigación, porque la narrativa de la violencia por sí misma es un caleidoscopio de historias distintas entre sí, que no se podrían analizar o generalizar superficialmente, por lo complejo del fenómeno. No obstante, es importante aclarar que, en esta investigación se pretende analizar un tipo de narrativa que remite a situaciones cotidianas de la sociedad y no a personajes posicionados en espacios de poder que puedan colaborar a mitificar las figuras delincuenciales, en esta investigación se aludirá al retrato de personajes que están en

la parte más baja de una pirámide de poder, aquellos que se encuentran perjudicados desde los espacios más profundos y que por ello, se pretende destacar enormemente el papel ético de la construcción de este tipo de narrativas, que tienen como enfoque central las víctimas afectadas por un sistema que atraviesa a un buen número de mexicanos.

Por esto, se intenta justificar con este apartado la importancia de escribir sobre estas temáticas que permitan visibilizar la situación de violencia que asola distintos espacios del país. Esto, sin duda, será lo más importante al reflexionar sobre el compromiso ético que se puede encontrar en la narrativa de la violencia, donde se construyen espacios de reflexión para cuestionar la manera en que la violencia ha penetrado en la conciencia de la sociedad, cómo se ha naturalizado y cómo se ha convertido en una violencia cultural que legitima, en muchos de los casos, los acontecimientos violentos, como los ejercidos hacia las mujeres. Y que estas categorías conceptuales y estudios académicos, filosóficos y sociológicos remiten a un recorrido de larga data, principalmente desde lo acontecido en Auschwitz, donde se han elaborado herramientas teóricas para aproximarse a fenómenos de tanta complejidad como la violencia y que, en esta investigación, resultan de gran utilidad para aproximarse críticamente a un trabajo literario que incluye esta temática.

1.3. Violencia, un amplio concepto: Gama de categorías conceptuales para comprender un amplio y complejo fenómeno

“La entendemos, a esa violencia, como una piedra que cae a un lago. Como ondas que se expanden, que avanzan en el espacio, cada vez más sutiles, silenciosas”

Daniela Rea

El concepto de violencia es vasto, ha sido abordado desde distintas disciplinas; antropológicas, filosóficas, sociológicas, artísticas, etc. Y en este sentido, resulta de utilidad para esta investigación, realizar un abordaje desde las distintas herramientas categoriales que pueden ofrecer estas aportaciones desde distintos panoramas académicos.

Para realizar un bosquejo en torno al concepto de violencia, es necesario dividir las aportaciones conceptuales en dos principales apartados: en primera instancia, aquello que se ha presentado en el panorama internacional, con el fin de identificar los estudios más reconocidos de forma global en torno a este fenómeno social que ha afectado desde etapas históricas pasadas y que continúa afectando actualmente. Y en segunda instancia, en el panorama local, ubicando aquellas aportaciones que han surgido en el contexto de México, en donde se pueden considerar aspectos específicos del país, como su localización geográfica, la situación histórica y cultural, etc.

Esto con el fin de reconocer que la violencia tiene que ver con experiencias personales y mayormente dolorosas, por lo que es necesario admitir que cada circunstancia donde una persona fue vulnerada es un caso particular dentro de un entramado de conceptos que, en ocasiones, parecieran generalizar situaciones personales. Por tanto, es indispensable encontrar una definición que permita una aproximación adecuada para cada caso.

Panorama internacional:

Johan Galtung, sociólogo y una de las personalidades más reconocidas en las investigaciones sobre construcción de paz y solución a conflictos sociales, se encargó de definir términos indispensables para el análisis de esta investigación que intenta comprender, en la medida de lo posible, la compleja construcción de la violencia. Para este académico, fue necesario definir este concepto imaginándola con la forma de un iceberg dividida en tres secciones, donde en la parte superior, es decir, la punta, se encuentra la *violencia directa*: aquella visible y perceptible para cualquiera, sin embargo, ésta última es solo una pequeña parte del verdadero y muy extenso problema que se encuentra invisible bajo el agua. Posteriormente, debajo de la anterior y de manera difusa se encuentra la *violencia estructural*, seguida de la *violencia cultural*, ambas mucho más complejas en su definición. Para mayor comprensión se describirán brevemente a continuación:

Johan Galtung y el iceberg de la violencia:

Violencia directa:

Comenzando con la definición más evidente, Galtung la define, de manera concreta de la siguiente manera: “la violencia directa es un acontecimiento” (12). Por tanto, con este concepto se refiere a aquel acto manifiesto en el que, en determinadas circunstancias, un individuo ejerce un acto violento hacia otro, afectándolo directamente, en su mayoría de manera física.

Este tipo de violencia, sí que es visible y muy fácil de identificar. Si bien, en distintos contextos, este tipo de violencia viene motivada por cuestiones estructurales o culturales, como más adelante se explicará, es importante comprender que este concepto se refiere únicamente a la manifestación de un problema, mas no al origen.

Un ejemplo adecuado para comprender el concepto es lo acontecido recientemente durante el año 2020 en Estados Unidos con el caso de George Floyd, caso que conmocionó

al mundo y que motivó a manifestaciones sociales en distintos lugares. Este fue un caso de *violencia directa*, ejercida por parte de un policía hacia un ciudadano afroestadounidense. Este concepto se puede utilizar para hablar del hecho en sí donde se percibe la violencia directa en un acto de brutalidad policiaca. Sin embargo, detrás de este acto que cobró la vida de un hombre, existe toda una estructura que, aunque no visible, sí tiene mucha presencia en el origen del acto.

Violencia estructural:

Esta categoría resulta de mayor complejidad que la anterior, por la dificultad de hacerla perceptible a los ojos de los individuos afectados por condiciones de vulnerabilidad. Galtung la define como: “un proceso con sus altos y bajos” (12). De esta breve descripción, es particularmente importante recordar la palabra “proceso”, pues en este tipo de agresión no existe un actor claro y visible que esté ejerciendo el embate, ni tampoco sucede de manera circunstancial, sino que acontece de manera continua y repetida. Y es derivada de un sistema o estructura que lo permite.

Regresando al caso de George Floyd, si la *violencia directa* fue el acto que cometió el policía en contra de él, provocando su trágico fallecimiento, la *violencia estructural* se refiere a todo el sistema racista y xenofóbico que existe detrás de su caso y que sigue motivando y permitiendo este tipo de acontecimientos. Aunque resulte dificultoso identificarla claramente por no ser un hecho específico y visible con claridad, no quiere decir que tenga menor gravedad, por el contrario, resulta de suma importancia aprender a identificarla, sobre todo en países como México. Pues la mayoría del tiempo, este tipo de violencia se sustenta en un mal ejercicio de la política, provocando la desigualdad que deriva en la carencia de una calidad de vida adecuada.

No es casualidad que en México sucedan casos como el de George Floyd de manera incesante y que, desafortunadamente, estos no tienen el mismo alcance mediático que permita visibilizarlos. Es importante concluir este concepto mencionando que, aunque este tipo de violencia es menos visible y pese a que no provoca un daño o muerte inmediata, sí imposibilita terriblemente el bienestar en los ciudadanos de manera profunda.

Violencia cultural

Finalmente, este tipo de violencia la define como: “una constante, una permanencia” (12). Ésta es probablemente la más compleja de las tres categorías que conceptualiza Johan Galtung. Por la manera en que profundiza dentro de la conciencia de los individuos. Si la anterior se refería al sistema que permite este tipo de violencia, ésta se refiere a la manera en que ha profundizado en la conciencia individual y colectiva, permitiendo que la violencia sea aceptada pasivamente por la propia sociedad.

Es importante mencionar que la complejidad de comprenderla la convierte en una situación delicada porque es este tipo de violencia la que legitima las otras dos categorías, Galtung argumenta sobre ella que: “hace que la violencia directa y la estructural aparezcan, e incluso se perciban, como cargadas de razón –o por lo menos no malas–” (8). Convirtiendo un contexto de violencia en un círculo vicioso en el que se pretende terminar con los actos directos, resultando imposible, porque existe una compleja construcción que culturalmente imposibilita a los individuos de la posibilidad de identificar aquellos elementos de su comportamiento e identidad que continúan reproduciendo y normalizando los actos de violencia.

Ejemplos de esto se evidencian en el uso del lenguaje, en el habla popular se perciben constantes referencias a aforismos y sentencias que hacen ver actos de violencia como algo “aceptable” para la sociedad, cuando deberían ser rechazados y condenados.

Además, esta *violencia cultural* se unifica con la *violencia estructural*, que está muy presente en espacios políticos y en círculos criminales. Provocando que la impunidad permee en el contexto social, creando un espacio caótico que pasa de actitudes imperceptibles a un ejercicio de *violencia directa*, que finalmente detona en impunidad y legitimación política y social.

Estos últimos tres conceptos colaboran a trabajar un vocabulario correcto y sustentado al hablar sobre las implicaciones de la violencia en la literatura que se pretende analizar, sabiendo así identificar distintas manifestaciones de la *violencia directa*, *violencia estructural* y *violencia cultural*, ubicándolos como acontecimiento, un proceso y una permanencia, según sea el caso.

Otra de las personalidades internacionales más reconocidas en los estudios sobre la violencia es Hannah Arendt, de quien sus argumentaciones resultarán imprescindibles para el desarrollo de esta investigación y resultaría inexcusable no referenciarla a lo largo de este trabajo. En su libro *Sobre la violencia*, la autora puso a dialogar distintos conceptos, distinguiendo sus diferencias y particularidades. Estas contribuciones que resultan de gran relevancia para comprender la situación actual.

Una de las aportaciones más importantes en sus reflexiones es que identifica y aclara la diferencia entre poder y violencia, conceptos que constantemente se confunden al referirlos: “El poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos” (Arendt 57). Por lo tanto, cuando se habla de poder, se debe entender que no es propiedad de un solo individuo, sino que pertenece a un grupo y sigue existiendo, siempre y cuando el grupo permanezca unido.

Sin embargo, la naturaleza de la violencia, para Hannah Arendt es instrumental: “como todos los medios siempre precisa de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue” (70). Esto es importante porque a lo largo del análisis crítico de esta novela, se reconocerá el papel del lenguaje, el cual podría fungir como un instrumento imprescindible para la violencia, porque con él se logra la justificación de la que se habla en la cita anterior. Por tanto, para la filósofa alemana, resultaba importante identificar que “el poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro” (77). Esto es importante en el contexto mexicano, porque pareciera que estamos en un lugar donde se carece de poder político, o bien, que éste se encuentra dominado por la delincuencia organizada. Y en este sentido, el argumento de Arendt resulta pertinente porque se admite que, si estamos sumergidos en este contexto de violencia exacerbada, es precisamente porque se carece de poder.

Por otro lado, una de las aportaciones de Hannah Arendt más importantes al hablar de violencia, es su estudio sobre la *banalidad del mal*. Sobre todo, porque un aspecto indispensable a tratar en esta investigación es reflexionar sobre cómo la pasividad ante actos de violencia se ha convertido en una permanencia en la mayoría de los ciudadanos mexicanos que han crecido a la par de una guerra contra el narcotráfico. Por tanto, la autora plantea una pregunta muy interesante sobre ¿cuáles han sido las herramientas que han permitido que la vida de los individuos se haya desvalorizado a un grado ínfimo? En este libro, la autora estudia a profundidad la condición humana a raíz de lo acontecido en Auschwitz durante la Alemania Nazi, en particular el caso de Eichman y su juicio. Ante lo controversial de sus argumentos en este estudio, la autora escribió sobre ello que había que considerar que: “Eichman no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión –que en

modo alguno podemos equiparar a la estupidez- fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo (171).

Y aunque en el apartado ético de este capítulo ya se aclaró que no se pretende equiparar y/o comparar la situación del exterminio nazi con lo acontecido en los países latinoamericanos afectados por el narcotráfico, pues se comprende que fueron acontecimientos históricos distintos en su esencia y sus motivaciones. Sí es importante reconocer, que los argumentos de teóricos, filósofos y escritores que han abordado la situación que tiene que ver con el exterminio nazi, como Hannah Arendt, Susan Sontag, Giorgio Agamben y Primo Levi, resultarán muy importantes para esta investigación, porque se intenta una aproximación a sucesos de violencia exacerbada.

Por lo tanto, el concepto de *banalidad del mal* resultará muy útil, ya que, de alguna manera, regresa el carácter de humano a aquellos que cometen actos violentos. Es decir, con este concepto se reconoce que no es necesario ser la encarnación del mal, ni necesariamente se debe asumir que han sido enfermos mentales los que han cometido actos de violencia desmedida. Sino que fueron ciudadanos, similares a nosotros mismos, que por una actitud mayormente acrítica aceptaron involucrarse en este tipo de organizaciones, sin reflexionar mínimamente en los actos que estarían dispuestos a cometer al convertirse en asesinos y victimarios de los otros.

Sobre esto último, en el libro *Historia del narcotráfico en México*, el autor se percata de la importancia de este concepto al hablar de la actitud de los involucrados en actos delictivos:

Hannah Arendt fue una filósofa judía alemana que investigó el holocausto de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Al conocer el testimonio que prestó ante un jurado, en un juicio en contra de los nazis, un comandante responsable de organizar

los campos de concentración y la ejecución masiva de los judíos en las cámaras de gas, descubrió que ello fue posible por la participación de cientos de personas que no eran demonios, ni la encarnación del mal, sino soldados comunes y corrientes, que formaban parte de una cadena de decisiones y acciones pequeñas y aparentemente intrascendentes vistas de manera separada. A eso le llamó el mal banal (Valdés 424).

Con esta referencia, podemos percatarnos de que a los estudiosos del narcotráfico también les ha preocupado constantemente la actitud pasiva e irreflexiva de estos sujetos, quienes, desde su condición humana, han formado parte de las filas del narcotráfico. Se han convertido en piezas y/o instrumentos de la violencia, que han aceptado sus estipulados sin renegar, ni reflexionar en torno a lo que acontece en su país.

Otro de los filósofos más relevantes en los estudios culturales sobre la violencia en el panorama internacional de la actualidad es Achille Mbembe, quien desarrolla en su ensayo *Necropolítica*, una importante teoría en torno al concepto de poder, proponiendo conceptos como *necropoder* y *necropolítica*, para referirse a la decisión de mantener un control sobre la vida de las personas. Para eso, el autor definirá su categoría conceptual de la siguiente manera:

“Se alude en Necropolítica a la cosificación del ser humano propia del capitalismo, que explora las formas mediante las cuales las fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno mercantilizan y reifican el cuerpo: se estudia de qué manera éste se convierte en una mercancía más, susceptible de ser desechada, contribuyendo a aniquilar la integridad de las poblaciones” (15).

Con esta cita, se podrá argumentar sobre el contexto actual al que se enfrenta el territorio nacional en la actualidad, donde la vida de los individuos pareciera perder valor,

las personas se conciben, cada vez más, como seres reemplazables. Y en este sentido, también, la violencia se ha convertido en un producto de consumo más.

Los estudiosos como Mbembe o Hannah Arendt coinciden en que es a partir de la situación acontecida en los campos de concentración nazi, que la situación en torno a la forma en que se concebía la vida, cambió rotundamente, porque es en esto en donde se mostró un proceso terrible de completa deshumanización.

Por ello, serán los estudios que surgieron a raíz de esta situación histórica, que se comienzan serias reflexiones sobre el poder sobre la vida, o lo que Foucault llamará *biopoder* para referirse a “un régimen inédito que toma como nuevo objetivo y vehículo de acción el bienestar de la población y la sumisión corporal y sanitaria de los ciudadanos” (Mbembe 14). En este sentido, el autor se percata del papel que tomó la situación del exterminio en la forma en que se llevan a cabo los procesos de muerte en la actualidad, esto lo argumenta de la siguiente manera:

Las cámaras de gas y los hornos son el punto culminante de un proceso de deshumanización y de industrialización de la muerte, en la que una de las características originales es la de articular la racionalidad instrumental y la racionalidad productiva y administrativa del mundo occidental moderno (la fábrica, la burocracia, la cárcel, el ejército). La ejecución en serio, así mecanizada, ha sido transformada en un procedimiento puramente técnico, impersonal, silencioso y rápido (25).

Por ello, serán los autores que se percatan de esta situación, los que tendrán gran relevancia en los estudios de la violencia, porque observan desde la raíz, cómo ha cambiado en la noción de los individuos, la forma en que se valora la vida y, también, cómo la muerte, se ha convertido en un proceso capitalista que vende la violencia como un producto

más. Serán en este aspecto, que resultarán de gran relevancia las aportaciones de Sayak Valencia con su idea del *Capitalismo gore*, de lo cual se hablará a continuación en el apartado de teóricos locales.

Panorama local:

Resultará indispensable utilizar, a su vez, términos que se adecúen correctamente al contexto de México, el cual se encuentra atravesado por el fenómeno del narcotráfico, siendo éste una de las razones principales por las que la violencia ha impregnado el tejido social tan profundamente. Por lo tanto, de manera local, cuando se habla de violencia en el país, es preciso remitir a los estudios de Rossana Reguillo, investigaciones que entrelazan lo social, cultural y antropológico para una mayor comprensión de un fenómeno tan complejo en el país. En su artículo “La narcomáquina y el trabajo de la violencia: apuntes para su decodificación” publicado en la revista *E-misférica* 8.2 en el número del 2011, expone definiciones de categorías de la violencia que, aunque algunas muy parecidas a las proporcionadas por Galtung, ofrecen distinciones que perfeccionan la concepción de la situación de este país.

Cuando se habla de un contexto violento como el de México, es importante contemplar el papel que juega el narcotráfico en la inseguridad. Por esto, es interesante observar cómo Rossana Reguillo cuestiona, al inicio de su trabajo, si al hablar de violencia se debe hablar en plural o singular. Evidenciando, que la violencia se construye de manera compleja, siendo erróneo no identificar los distintos modos en los que se ejecuta.

En este sentido, la autora identifica diversos tipos de violencia, comenzando con la *violencia estructural*, la cual tiene semejanza con la mencionada previamente a la que Galtung acuña el mismo título. En este caso, la autora la define como aquella que: “ nombra las violencias vinculadas a las consecuencias y efectos de los sistemas (económicos,

políticos, culturales), que operan sobre aquellos cuerpos considerados “excedentes, pobres y excluidos, principalmente” (Reguillo, parr. 19). Esta última es evidente en países donde la corrupción y la impunidad imperan en los sistemas políticos, convirtiéndose en un Estado en el que la justicia pareciera estar totalmente ausente, o presente solo para el sector privilegiado.

Posteriormente define la *violencia histórica* como aquella que “golpea a los grupos considerados “anómalos”, salvajes, inferiores (mujeres, indígenas, negros) y que hunde sus raíces en una especie de justificación de larga data” (parr. 20). Posiblemente ésta sea una de las más identificables en la actualidad debido a que los movimientos de reivindicación han logrado resonancia mundial, visibilizando el problema de vulnerabilidad que padecen ciertos sectores de la población y que tiene una carga cultural histórica.

Luego, define la *violencia disciplinante* como “aquella que pretende nombrar las formas de violencia que se ejercen para someter, mediante el castigo ejemplar, a las y los otros” (parr. 22). En este caso, la autora explica que ésta última es utilizada por las personas como un intento de protegerse de situaciones amenazantes. Un ejemplo evidente de este tipo de disciplina ejercida por medio de la violencia se remite a lo acontecido con los Feminicidios en Ciudad Juárez: dado que las mujeres desaparecidas cumplían con determinadas características similares: cabello negro y tez morena, ante esto surgió un fenómeno entre los ciudadanos en donde los padres de familia motivaban a sus hijas a eliminar los rasgos físicos que resultaran similares a los de las mujeres desaparecidas, por lo que cortaban o teñían su cabello con la intención de no parecer una víctima potencial, en esto radica su carácter disciplinante.

Posteriormente, la *violencia difusa* Reguillo la define como “aquella violencia – gaseosa- cuyo origen no es posible atribuir más que a entes fantasmagóricos (el narco, el

terrorismo), y que resulta casi imposible de prever porque no sigue un patrón inteligible” (parr. 23). En este caso, la autora explica que, aunque el problema del narcotráfico pareciera ser demasiado evidente como para considerársele difuso, porque son organizaciones bien definidas, con líderes conocidos nacional y mundialmente, realmente no se manifiesta de manera tan clara. Con esta definición, la autora intenta explicar la experiencia de los ciudadanos mexicanos que presencian manifestaciones de violencia en su cotidianidad. Es decir, nunca se sabe concretamente en qué contexto y tiempo específico podría surgir una situación amenazante, como si de fantasmas imperceptibles se tratara, no es fácil identificar a los individuos que podrían ejercer violencia, pues muchas veces se encuentra incluso en el sistema policial, quienes deberían ser protectores de los individuos. Así mismo, los integrantes de una misma familia podrían ser parte de círculos delictivos, sin que resulte evidente para el resto de los integrantes de la familia.

Finalmente, la autora explica la evolución que surgió en una categoría: la *violencia utilitaria* pasó a ser una *violencia expresiva*. La primera se define como aquella en la que se busca asesinar con un fin específico, como puede ser la adquisición de un territorio o la obtención de poder. Sin embargo, las motivaciones han cambiado y en la actualidad, además de asesinar teniendo como base estas motivaciones, también se busca “la exhibición de un poder total e incuestionable que apela a las más brutales y al mismo tiempo sofisticadas formas de violencia” (parr. 26). Con ésta última, se pretende dejar un mensaje a la sociedad, acto evidente en espacios donde los asesinatos se convirtieron en producto simbólicos. No solo se busca la muerte del individuo, sino utilizarlo como elemento mediático. Se hace de la violencia un lenguaje colectivo. En México ha sido común la utilización de objetos específicos dejados en los lugares del crimen que permitan

lograr este cometido expresivo en los medios de comunicación que posteriormente serán acercados a la sociedad en general.

Sin duda, las categorías que ofrece Rossana Reguillo sobre la violencia ofrecen vocabulario para mayor comprensión de la situación específica del país, identificando las manifestaciones de violencia que han penetrado tan profundamente en el tejido social. Además de lo anterior, incorpora un concepto que resulta de gran importancia, indispensable para el analizar el contexto social y cultural de la novela que se pretende analizar: la *narcomáquina*.

La autora utiliza el término para definir la problemática del contexto actual: “la narcomáquina se sirve de estas cuatro formas de violencia y las combina de maneras intercambiables, como si fuera un ‘lego’, empalmando piezas sociopolíticas y culturales para producir efectos diferenciados” (parr. 24). Provocando, un contexto plagado de diversas categorías violentas que cada vez consume más a los individuos, sobre todo a aquellos jóvenes localizados en zonas de marginación, convirtiéndose en puntos de vulnerabilidad ante esta máquina, aunque cabe destacar que no solo engulle a miembros de comunidades marginadas, sino también de otros ámbitos, pero esto se explicará más adelante. No obstante, la autora considera que:

la narcomáquina ha ido incrementando su acción expresiva, es decir, el ejercicio de aquellas violencias cuyo sentido parece centrado en la exhibición de un poder total e incuestionable que apela a las más brutales y al mismo tiempo sofisticadas formas de violencia sobre el cuerpo ya despojado de humanidad (parr. 26).

Esto resulta de suma relevancia al hablar de violencia desde una época contemporánea, porque los medios de comunicación han tomado un papel esencial en la conciencia de los individuos. Y, si la narcomáquina pretende explotar su capacidad de dar a

conocer un hecho violento para poder expresar su nivel de poder, los individuos se encuentran sumamente vulnerables ante esta constante aparición de actos violentos en su espacio cotidiano.

Desde este espacio, es indispensable reflexionar, no solo en la situación de violencia actual y los mecanismos que utiliza, sino también pensar nuevas formas de enfrentarse a este contexto:

la contra máquina, por el poder fantasmagórico y radicalmente disciplinante de la máquina, no puede venir más que de la sociedad, de los ciudadanos que en sus múltiples roles (activistas, artistas, periodistas, cronistas, profesores, padres, madres, estudiantes, críticos) (parr. 44).

Si bien la estructura de la contra máquina debería venir principalmente del Estado y las instituciones que lo conforman, es evidente que el sistema de corrupción que pondera en el país imposibilitaría el éxito de estrategias políticas que permitan dar cara a la violencia. Sin embargo, sí es importante destacar, como lo hace la autora, el papel individual de los ciudadanos, que pueden colaborar desde sus espacios profesionales y personales a mejorar la condición social y cultural.

Por otro lado, para comprender en su totalidad la problemática de la violencia en México, es necesario analizar qué papel cumple el orden social y político del mundo. Para esto, es necesario reconocer qué relación tiene el capitalismo que, sin duda, en este siglo, toma un papel importante cuando se habla de situaciones de precariedad en ciertas zonas del mundo.

Es evidente que los personajes de la narrativa de Fernanda Melchor hay una situación de frustración por la falta de oportunidades, exponiendo la brecha económica y

cultural que existe entre un país de primero mundo: Estados Unidos, junto a un país embargado por la carencia: como México.

En este caso, para analizar este aspecto en la producción de literatura de la autora, es indispensable utilizar los conceptos que desarrolla Sayak Valencia en su libro *Capitalismo gore*, el cual permite comprender cómo la violencia se ha convertido en un método de empoderamiento. La teoría de esta autora define su concepto principal de la siguiente manera: “con capitalismo gore nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes)” (2).

Y de esta manera, se analizará la personalidad de los personajes partiendo de los tres factores detonantes que la autora considera determinantes para que los jóvenes utilicen la violencia como herramienta de empoderamiento, los cuales se explicarán, uno por uno, a continuación:

Performance de género:

Comenzando con la definición de este factor, Valencia lo define como la “obediencia acrítica de los varones al desempeñar (performar) las normas de género dictadas por la masculinidad hegemónica” (1).

Esto es una situación muy evidente en la cultura mexicana, donde la crianza, especialmente a los hombres, se rige por postulados como “la indiferencia ante el peligro, el menosprecio de las virtudes femeninas y la afirmación de la autoridad en cualquier nivel” (Valencia 9). Así, estas características se convierten en puntos de vulnerabilidad para los jóvenes que, cumpliendo con estos supuestos, se convierten en presas fáciles para la narcomáquina. Con esto, es importante mencionar, que el performance de género no aplica únicamente en contextos de pobreza. Si bien, este tipo de comportamientos se hacen muy

evidentes en zonas donde es patente la falta de oportunidades, hay que destacar que no se accede a organizaciones delictivas únicamente con la intención de cubrir necesidades económicas, sino también emocionales. La cultura mexicana con respecto a la masculinidad hegemónica implica educar (o performar) a los hombres para que tengan algo que, si bien el dinero lo facilita, no lo asegura: poder. Facultad que sí les ofrece las organizaciones delictivas. Por tanto, también los jóvenes de estratos sociales altos son vulnerables a recurrir a la violencia para experimentar una sensación de empoderamiento, si han sido educados desde la imposición de una masculinidad hegemónica. Por lo tanto, no bastaría con ofrecer oportunidades de educación profesional, porque esto no les ofrece poder.

De esto también ha hablado Guillermo Valdés Castellanos en su libro *Historia del narcotráfico en México*, al intentar comprender las razones por las que los jóvenes se introducen en actos delictivos:

El sicariato de los Arellano Félix tuvo una característica especial que no se ha vuelto a presentar en ninguna otra organización: los narcojunios, sicarios reclutados entre jóvenes de clase media alta de Tijuana, lo que revela el nivel de relación y aceptación de la sociedad tijuanense. En las cuentas de Blancornelas, fueron entre 20 y 30 muchachos de alrededor de 20 años los reclutados de buenas familias, muy católicas (...) El padre de uno de ellos declaró a un periodista: "Le di todo a mi hijo. Buena escuela. Buen carro. Dinero. Apellido. Todo. Lo único que no pude darle fue poder" (Valdés 232).

La última cita ilustra perfectamente las argumentaciones de Sayak Valencia sobre la performatividad de género. El testimonio ofrecido por uno de los padres de estos jóvenes resulta muy valioso para intentar comprender, no solo desde conceptualizaciones académicas la situación de violencia, sino también desde casos personales y específicos,

que retratan una realidad social. Permiten reflexionar, que estamos frente a una gran máquina que engulle a los jóvenes y que, para luchar contra ella, ya no bastará con un estatus económico que elimine vulnerabilidad, si bien es verdad que la pobreza es un factor detonante para la incorporación a asociaciones delictivas en zonas rurales, el bienestar económico no necesariamente ofrece seguridad en espacios ciudadanos. También, es necesario exigir un cambio en la estructura educativa y cultural, que no exija a los hombres postulados tan exigentes que solo puedan cumplir accediendo a actos violentos.

Hiperconsumismo:

El segundo factor que la autora considera determinante para que los jóvenes se unan a las filas del narcotráfico y de organizaciones delictivas tiene que ver con lo que Sayak Valencia argumenta a continuación:

A la vinculación entre la performance de género y la construcción del estado mexicano, como un estado machista, debemos agregar las demandas económicas del capitalismo contemporáneo que exige a todos los individuos ser hiperconsumidores para considerarles legítimos y pertinentes dentro del entramado capitalista g-local (2).

Es evidente que una de las características de la época actual, es el papel que tienen los medios de comunicación masiva en la conciencia de los individuos: la publicidad ha tomado un papel fundamental. Los individuos se ven infatigablemente bombardeados por anuncios de productos, motivando a la compra constante. Evidentemente, esto genera frustración en aquellos que no cuentan con el suficiente ingreso económico para adquirir todos los artículos publicitados, siendo ésta una frustración inconsciente y deliberada.

Esto se complica cuando la única solución a esta frustración es recurrir a la delincuencia para satisfacer la necesidad del hiperconsumo. Y esto se agrava en países

como México, donde el índice de pobreza es del 41.9% de la población³. Es decir, los ciudadanos en situación de pobreza se acercan, por muy poco, a la mitad de la población. Además, son ciudadanos que comparten frontera con un país de primer mundo, que puede acceder a todos los estipulados del hiperconsumismo. Generando mayor frustración en los individuos que, al no poder cumplir con las necesidades económicas básicas, quedan totalmente excluidos y/o rechazados por el capitalismo imperante.

Colonialismo

Aunado a lo anterior, Sayak Valencia destaca que la situación del hiperconsumismo, en relación con la cercanía de Estados Unidos y México, se complica aún más cuando se reflexiona sobre las raíces colonialistas de los individuos del país: “debemos considerar el colonialismo que subyace en la idiosincrasia mexicana, donde hay un deseo de blanquearse a través del empoderamiento económico” (2). No hay duda de que, existe un sentimiento de inferioridad, no solo por las carencias financieras de un país como el nuestro, sino también por la discriminación y subestimación que han atravesado a los latinos y en particular a los mexicanos.

Este factor colonialista del que nos habla Sayak Valencia en la construcción de su teoría en torno al *capitalismo gore*, se vuelve más evidente en zonas fronterizas como el norte del país, donde es perceptible la actitud de los ciudadanos que buscan adoptar costumbres extranjeras, alejándose de las propias, en un esfuerzo de no considerarse inferiores a los ciudadanos americanos. Por lo tanto, se busca la adquisición de productos importados que elevan su precio a un nivel muchas veces inalcanzable para la mayoría. No obstante, se convierten en un éxito rotundo en el país, por el intento de los ciudadanos de demostrar una apariencia de éxito económico similar al de los Estados Unidos, un

³ Según el Consejo Nacional de Evaluación de la política de Desarrollo social (CONEVAL).

sentimiento de “blanqueamiento económico”, con el fin de eliminar la frustración que embarga a la ciudadanía.

Finalmente, la unión de los tres factores descritos anteriormente da como resultado en las comunidades jóvenes, lo que Sayak Valencia definió como *sujetos endriagos*:

De las características identitarias del sujeto endriago, se puede contar el hecho de que es anónimo y transgresor, combina lógica de la carencia (pobreza, fracaso, insatisfacción) y lógica del exceso, lógica de la frustración y lógica de la heroificación, pulsión de odio y estrategia utilitaria” (4).

Es decir, estos sujetos recurrirán al uso de la violencia como herramienta de empoderamiento. Esta definición resulta muy importante en el desarrollo de esta investigación, porque se pretende analizar la identidad de los personajes que cumplan con las características anteriormente descritas: performance de género, frustración derivada del hiperconsumismo y raíces colonialistas que influyen en su comportamiento

Indudablemente, estos conceptos de violencia que ofrece ambas especialistas son muy importantes para comprender el complejo sentido semántico que envuelve la palabra violencia, son tomados en cuenta principalmente porque tomaron significación dentro del mismo concepto en que se desarrollan los espacios de las narrativas mexicanas contemporáneas, en donde se muestra un México fracturado por el crimen, donde la violencia tomó formas muchas veces incomprensibles. Donde se expandió poco a poco hasta el grado de percibirse difusa, fue, como lo mencionan en la cita que da inicio a este apartado, un golpe en el agua que se expandió casi totalmente.

Por otro lado, es indispensable tomar en cuenta las investigaciones que se han llevado a cabo desde el Norte de México en torno al tema de la violencia. El trabajo realizado por Vladimir Guerrero Heredia titulado *El narcogótico mexicano: escrituras del*

horror y la violencia en el México del Siglo XXI, resultará de utilidad para analizar cómo se construyen los espacios en la literatura cuando se habla de territorios violentados por el crimen. El autor define su categoría estética de la siguiente manera:

Son imágenes y materiales de la desmesura violenta que el necropoder del crimen organizado infringe en la sociedad del México actual. Estas materialidades se ocupan también de los angustiantes escenarios de la muerte y de las escenas de lo fantasmal que este narcopoder desarrolla en todo el territorio nacional y en donde se puede visibilizar cómo toda calma civil es despojada por acciones estremecedoras (32).

Esta categoría, permite analizar cómo se concibe el horror en los actos de violencia en el país, porque se han construido espacios y ambientes que parecieran asimilarse profundamente al género de terror. Estas definiciones colaboran a analizar cómo se puede utilizar el lenguaje para construir experiencias estéticas de lo sublime como la que define Guerrero en su teoría:

(...) lo sublime resultará de todo aquello que nos despierte sensaciones e ideas de dolor, terror y peligro, pues la mayoría de las sensaciones o representaciones que se relacionen principalmente con el dolor o el peligro corresponden al principio clave de la autoconservación (Guerrero 111).

Esto permitirá ver, cómo se construyen espacios fantasmagóricos que se relacionan con la categoría de la violencia que define Reguillo como *difusa*, para referirse a situaciones cotidianas en las que las situaciones amenazantes pueden llegar en cualquier momento, sin ser prevista en los ciudadanos, en donde el narcotráfico y los individuos que pueden cometer un acto de violencia pueden encontrarse cercanos, observando, en ocasiones casi de forma omnipresente. De esta manera, la teoría de este académico local

resultará de utilidad para argumentar sobre cómo la violencia ha profundizado hondamente en la conciencia de los individuos que viven en el país y se encuentran en situaciones de vulnerabilidad.

Violencia de género:

Mariana Azahua menciona en su trabajo “La rebelión de las casandras” publicado en el libro *Tsunami 2* que “ser mujer es haber crecido con la certeza de que nuestro cuerpo alberga las condiciones de posibilidad de experimentar peligro potencial, siempre. Ser mujer es acostumbrarse a este estado de las cosas. Y a veces, ser mujer es hartarse de haberse acostumbrado” (31). Y ante esto, vale la pena reflexionar en torno a ¿cuál es la condición de las mujeres en México en un contexto de tanta violencia? Sin duda las experiencias y los testimonios personales que, cada vez más, tienen mayor difusión y promueven la concientización de este tipo de circunstancias son importantes al realizar análisis sociocríticos de una novela.

Actualmente, hay una situación de vulnerabilidad en las mujeres que se encuentran sumergidas en un contexto patriarcal como el de México, donde las cifras de abuso físico, psicológico y sexual son exorbitantes en el país. Y este tipo de manifestaciones de la violencia, son permitidas por un marco cultural que ha permitido su legitimación. Y que, sin embargo, en la actualidad se ha buscado focalizar para disminuir los casos de abusos hacia las mujeres.

Para realizar un análisis pertinente de las violencias de género, resulta indispensable tomar en cuenta las aportaciones que ha realizado Rita Segato, particularmente en su libro *Las estructuras elementales de la violencia*, en donde incorpora conceptos indispensables para construir un vocabulario apropiado para una correcta aproximación crítica. Uno de los términos más útiles será el de *violencia moral*, para referirse a:

El conjunto de mecanismos legitimados por la costumbre para garantizar el mantenimiento de los estatus relatos entre los términos de género. Estos mecanismos de preservación de sistemas de estatus operan también en el control de la permanencia de jerarquías en otros órdenes, como el racial, el étnico, el de clase, el regional y el nacional (Segato 107).

Esta definición es importante en dos sentidos: por un lado, se destaca la importancia de reconocer los mecanismos culturales que pueden colaborar a normalizar y/o legitimar la posición privilegiada de lo masculino. Por lo tanto, es necesario prestar particular atención a todos los aspectos culturales de un determinado lugar geográfico. Por otra parte, destaca que este tipo de violencia moral no se percibe únicamente en cuestiones de género, sino también raciales, étnicas y de clase, siendo pertinente mantener una perspectiva desde el feminismo interseccional, admitiendo que los casos de discriminación pueden presentarse desde distintas vulnerabilidades y no solo desde una sola. Además, hay que reconocer que los movimientos de reivindicación tendrán mayores logros si se llevan a cabo en comunión y no en separación.

Además, Rita Segato destaca enfáticamente la importancia de identificar todos aquellos aspectos que involucran a lo emocional y nombrarlos, también, como un acto violento. Si bien gracias a las campañas de concientización de la violencia de género que han tomado gran relevancia en las redes sociales, hay que mantener la persistencia en este tipo de aspectos:

Violencia moral es todo aquello que envuelve agresión emocional, aunque no sea ni consciente ni deliberada. Entran aquí la ridiculización, la coacción moral, la sospecha, la intimidación, la condenación de la sexualidad, la desvalorización cotidiana de la mujer como persona, de su personalidad y sus trazos psicológicos, de

su cuerpo, de sus capacidades intelectuales, de su trabajo, de su valor moral (Segato 115).

Distinguir esto, es muy importante al comenzar una aproximación crítica porque permite comprender que no en todos los casos de violencia se identifican rasgos de violencia física. Sin embargo, sí son muy recurrentes los casos de agresiones emocionales, donde la ridiculización, menosprecio por la condición femenina y la desvalorización de sus capacidades físicas e intelectuales se hacen patentes en la sociedad.

Segato reconoce que en América Latina “Las formas más corrientes de la violencia moral son: control económico, control de la sociabilidad, control de la movilidad, menosprecio moral, menosprecio estético, menosprecio sexual, descalificación intelectual y descalificación profesional” (116) Estos aspectos se vuelven evidentes, no únicamente en relaciones sentimentales y de pareja, sino también entre miembros de familia.

Es indispensable mantener presente las similitudes entre la *violencia estructural* de Johan Galtung y los términos utilizados por Rita Segato, porque la autora entiende “los procesos de violencia, a pesar de su variedad, como estrategias de reproducción del sistema, mediante su refundación permanente, la renovación de los votos de subordinación de los minorizados en el orden de estatus, y el permanente ocultamiento del acto instaurador” (113). Este fenómeno, como bien lo percibe Segato, amerita una refundación permanente, es un sistema que se debe mantener mediante distintos dispositivos culturales que colaboren a ello. Por tanto, la autora se percata de que no es suficiente con una reconstrucción de los aspectos legislativos, sino que también es indispensable continuar con una modificación de la conciencia cultural.

La autora reconoce que, si bien, las leyes tienen un poder simbólico que permite dar forma a una realidad social, el cambio no radica únicamente en nuevas propuestas a esto:

“necesitamos acompañar estos datos y esas leyes de un marco de sentido que oriente la conciencia y la práctica de todos aquellos que trabajan por este objetivo” (133). Entonces, ¿la renovación de las leyes sigue siendo importante para la erradicación de las violencias de género? Por supuesto. Rita Segato, pese a su reflexión en torno a su insuficiencia, admite que sí son necesarias, porque colaboran a la concientización a largo plazo:

El ser humano posee la característica de la reflexividad: puede identificar sus propios *chips* y puede evaluarlos, juzgarlos éticamente y desaprobarlos. La ley contribuye a ese largo y esforzado propósito de la reflexividad, e instala una nueva, distinta, referencia moral (143).

Por lo tanto, en lo absoluto se pretende desvalorizar el papel de las leyes, son indispensable. Pero deben venir acompañados de una concientización social y cultural para realmente ver efectividad en los comportamientos violentos.

Y en este sentido se destaca la importancia del papel de la literatura, que como bien señala Segato, el ser humano tiene la capacidad reflexiva que le pueda permitir construir un espacio de abstracción para pensar y re-pensar en las actitudes cotidianas que siguen colaborando a la permanencia de un contexto violento. Hay que tener muy presente, al hablar de violencias de géneros la importante tarea de concientizar y no solo de castigar: “apostar simplemente a la criminalización y a el encarcelamiento, sobre todo si éste no es acompañado por procesos reeducativos, significa invertir en la misma lógica de que se alimenta la violencia” (Segato 136). Estos argumentos, resultan imprescindibles en esta investigación, de corte literario, donde se pretende reconocer el importante valor de la educación, personal y colectiva.

No obstante, en relación con la violencia de género, también es importante hablar de la violencia ejercida hacia las sexualidades perseguidas y/o vulneradas: hacia todo aquello

que no sigue con el canon heteropatriarcal, como es el caso de lo “trans”. Esto surge debido a que los transfeminicidios es una de las situaciones de violencia de género más graves en la actualidad, porque las cifras son cada vez más abrumantes. Si bien en este país, la homosexualidad ha venido logrando apoyo y visibilidad en el ámbito social y legislativo, las cuestiones de identidad de género continúan siendo una problemática vigente:

“Aún después de la culminación de su vida a estas mujeres se les niega el derecho a una identidad y a una expresión de género, reforzando ideas transfóbicas mediante la desaprobación, en forma de broma o regaño” (Coronado 5). La sociedad mexicana, educada en una cultura heteronormativa y patriarcal, se niega a la posibilidad de nuevas expresiones de género. Y al surgir este tipo de disidencias, en contextos de alto grado de vulnerabilidad y violencia, los casos de asesinatos hacia este tipo de grupos, continúa al alza, siendo un caso de preocupación para la academia.

Si bien las cifras no resultan tan efectivas para concientizar a la población debido a la imposibilidad de empatizar con las víctimas por medio de números, son indispensables para poder dimensionar la grave problemática al que se enfrenta nuestro país. Apenas en el primer del sexenio de gestión del presidente actual: Andrés López Obrador,

117 personas LGBT fueron ultimadas en México por motivos relacionados a la orientación sexual o a la identidad o expresión de género de las víctimas. Lo que representa la cifra más elevada de los últimos 5 años. Y significa que, en nuestro país, cada tres días es asesinada una persona gay, lesbiana, bisexual o transgénero” (Batisda 1).

Ante estos desgarradores índices, vale la pena cuestionar ¿qué pasa en México para que los ataques violentos ante la comunidad trans sean tan frecuentes? ¿qué pasa en la conciencia de los individuos y hasta qué punto se logrará una aceptación? ¿acaso este

panorama aún se percibe muy lejano? Ante estas preguntas es que las aproximaciones literarias, resultan tan valiosas. Porque intenta visibilizar una problemática de suma gravedad, que permite reflexionar a profundidad sobre la identidad, no solo en cuanto a la identidad de los jóvenes en zonas marginas y donde embarga la pobreza, o de las mujeres que se encuentran envueltas en un clima de violencia constante, sino también de estos grupos que padecen otro tipo de vulnerabilidades.

Y al hablar de este tipo de condiciones humanas, se debe mantener siempre presente la interseccionalidad, para poder entender que existen subjetividades que no son vulneradas únicamente por su identidad sexual, sino también por el estatus económico. Y viviendo en un país como México, donde la condición socioeconómica se convierte en un rasgo muy importante para ser aceptado o no por la sociedad, es indispensable contemplar argumentaciones como las de Jack Halberstam en su libro *Masculinidades femeninas* donde destaca que: “el estatus social obviamente da movilidad y una moderada libertad respecto al estigma de la masculinidad femenina” (92) Pero, ¿qué hay de todos los individuos que no tienen el estatus suficiente para ser medianamente aceptados? En la actualidad, en el contexto mexicano particularmente, se tiene que enfrentar de maneras más cercanas a la violencia, donde constantemente se ven vulnerados por un rechazo a las sexualidades disidentes y esto, como resultado, también se observará muy presente en las obras literarias contemporáneas, donde, quizá a modo de denuncia, se retratan las vulnerabilidades a las que se ven sujetas por un rechazo patriarcal hacia todo aquello que consideran feminizado.

2.- SEGUNDA PARTE

La novela *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor: acercamiento crítico a las categorías de la violencia desde la aproximación literaria (directa, estructural, cultural, difusa, disciplinante, moral)

"Es bastante natural para mí escribir sobre la violencia, sobre todo la violencia que se ejerce en la esfera íntima, por esta necesidad mía de arrojar luz sobre mi vida personal, pero también para contribuir al esfuerzo colectivo de poner en palabras lo que el poder (...) nos exige mantener en silencio"

Fernanda Melchor

2.1. Violencias (en plural): Violencia directa, estructural, cultural y difusa en la polifonía narrativa de la novela de Fernanda Melchor

Realizar un análisis literario en torno a la novela *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor desde los estudios de la violencia permite, en primera instancia, percatarse de la complejidad del fenómeno y de las dificultades de utilizar una sola palabra que englobe las distintas aristas del término. Y al aproximarse a la novela desde este enfoque se logra reconocer que, al hablar de violencia, es forzoso hacerlo desde la pluralidad.

Las distintas manifestaciones de la violencia que se perciben, particularmente en México, pero también en otras partes del mundo, permiten identificar la necesidad de utilizar una terminología que abarque una serie de fenómenos distintos entre sí que, aunque todos violentos, tienen implicaciones, motivaciones y consecuencias distintas. En este sentido, en el presente apartado de la investigación se pretende realizar una seriación del concepto aproximándolo al análisis de la novela, buscando construir una relación comparativa entre varios términos como: violencia directa, estructural, simbólica, difusa,

etc., con el fin de construir un análisis que permita comprender cómo la manifestación de la violencia en el contexto del México contemporáneo, y particularmente en la visión que presenta la autora en su narrativa, es amplia, sistémica, compleja, con márgenes, en donde intervienen distintos factores y donde ha profundizado a niveles de conciencia muchas veces inconcebibles y que, indudablemente, así como se deben identificar las diferencias entre las distintas categorías de la violencia, también se debe analizar cómo se relacionan entre sí y cómo una podría estar alimentando a la otra.

En este sentido, Johan Galtung, teórico al que nos referimos en el primer apartado de este trabajo, al reconocer su importante labor teórica en torno a los estudios por la paz, dirá que, para poder definir este concepto tan complejo de la manera más apropiada posible, será necesario partir del criterio de “algo básico” al hablar de violencia, es decir: la característica de la destrucción. El autor argumentará en su texto “Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia: tipologías” que la violencia es “algo evitable que obstaculiza la autorrealización humana” (Galtung, 92), por supuesto, este concepto ofrece ciertas limitaciones, en primera instancia que, como bien señala el sociólogo noruego, esta definición deja fuera otro tipo de violencias no-humanas, como por ejemplo la violencia que podría ejercerse hacia el medio ambiente en el que nos desarrollamos. No obstante, puesto que esta investigación únicamente estará dirigida a un sentido social de la violencia y la literatura, tomaremos este concepto como punto de partida para después aproximar las definiciones que ofrece en torno a las categorías específicas de este fenómeno.

Y en este sentido, sobre la complejidad de construir un término que abarque las distintas manifestaciones y bordes que puede incluir este fenómeno social, resulta indispensable remitir a la valiosa aportación teórica de Galtung al definir lo que él nombrará y dibujará como: “El triángulo de la violencia” para referirse a la compleja

construcción y relación entre las categorías: directa, estructural y cultural. Para partir a ello, en términos generales, el autor mencionará que: “la violencia es una relación social que tiene como fin la provocación de daño o sufrimiento y la limitación de las potencialidades presentes o futuras de un individuo o una colectividad” (Galtung, 48). Y con esta completa definición, así como la mencionada anteriormente, podemos identificar que parte importante de tener esta concepción de la violencia es aclarar que, uno, la violencia es evitable, y dos, que es algo que obstaculiza un correcto desarrollo en los individuos y que no necesariamente se puede ejercer únicamente a una persona, sino también a un conjunto de ellas, es decir, de forma sistémica. Y para esto, desglosaré los términos anteriormente referidos, pero antes de comenzar con el desarrollo del análisis en torno a las formas en que se perciben la violencia directa, estructural y cultural en la novela *Temporada de huracanes*, será indispensable describir con mayor precisión estos conceptos y cómo se observan en el contexto actual y en la narrativa de la autora.

Inicialmente, es importante ofrecer un panorama sobre Fernanda Melchor y su concepción de la violencia para intentar comprender cómo observa este fenómeno y cómo lo plasma en su novela, es una escritora mexicana joven, recientemente reconocida por su penúltima novela *Temporada de huracanes*, publicada en el 2017, en donde aborda las diversas manifestaciones de la violencia en el contexto del México contemporáneo.

Es muy importante considerar, antes de adentrarse en el análisis, que la autora supone haber nacido en una época de desesperanza, según comenta en la entrevista realizada por el escritor Antonio Ortuño: “Si miro hacia atrás, toda mi infancia está teñida de esta sensación de pérdida irremediable” (Ortuño 129). Con esta contundente frase, la autora explica su interés por abordar la temática de la(s) violencia(s) en el país. Es preciso contemplar la concepción que la narradora tiene del entorno sociopolítico en que creció,

porque esta investigación intenta erigir un diálogo que permita comprender cómo se percibe la violencia y sus distintas manifestaciones desde la óptica de esta escritora.

La autora admite que su narrativa intenta escribir de tal manera que se pueda reflexionar sobre este tipo de conductas indiferentes en torno a la violencia y cómo se ha adentrado tan profundamente en la cultura, ella mencionará en la misma entrevista lo siguiente: “creo que hay maneras más interesantes y más formalmente arriesgadas de escribir sobre este asunto que nos atañe a todos que es la violencia, maneras que permitan arrojar luz sobre la forma en que hemos naturalizado y reproducido una y otra vez nuestra crueldad” (132). Este argumento servirá para analizar cómo se manifiesta la *violencia cultural* en el desarrollo de la novela y cómo ciertos comportamientos violentos en los personajes se perciben como algo natural e incluso aceptable.

Asimismo, en correspondencia con las intenciones académicas de este proyecto, la autora reconoce el papel que la literatura adquiere en contextos sociopolíticos caóticos como el acontecido en el país. Para ella, la literatura ha sido una herramienta de comprensión de la realidad: “estas lecturas (...) me mostraron las respuestas que yo buscaba, me explicaron cosas sobre la mente y la existencia humana que yo ni siquiera había sabido cómo formular” (129). Por lo que estos argumentos, repercuten considerablemente en una investigación que intenta inspeccionar cómo la producción literaria de Fernanda Melchor construye un marco de reflexión sobre las implicaciones de la(s) violencia(s) en el México contemporáneo.

Con esto, podemos reconocer que la autora ha mantenido una preocupación por comprender cómo se ha percibido la violencia en la actualidad, ella ha transformado estos cuestionamientos en un producto literario que retrata una realidad social, donde las distintas violencias se observan patentes.

Así, hay que distinguir los tres conceptos de Johan Galtung y cómo los entrelaza unos con otros para definir lo que el nombra el “Triángulo de la violencia” para referirse a una estructura en donde se entrecruzan y se relacionan la *violencia directa*, la *violencia estructural* y la *violencia cultural*. Las nombra con el título de esta figura geométrica porque considera que en la esquina superior del triángulo se encuentra presente la *violencia directa*, en la posición superior porque es siempre la más perceptible para todos por su carácter evidenciable al ejercerse de forma directa entre dos o más actores presentes. No obstante, en las dos esquinas inferiores del triángulo se encuentran la *violencia estructural* y la *violencia cultural*, su posición está ubicada por debajo de la directa porque estas se destacan por un carácter indivisible y ambas se encuentran a la misma altura porque, además, se relacionan estrechamente entre sí, principalmente porque una legítima y permite la existencia de la otra.

Así, ¿cómo se observa la existencia de estas violencias(s) en la novela *Temporada de huracanes*? En primera instancia, la *violencia directa* se percibe de manera constante a lo largo del libro, desde las manifestaciones físicas, como las emocionales. Recordemos que Galtung describe este tipo de violencia como aquel daño, perjuicio o sufrimiento que se ejerce en contra de alguien, provocando desde lo que puede ser el daño físico, económico, sexual o emocional, hasta la propia muerte. En este sentido, este tipo de afectaciones y limitaciones a los individuos se han vuelto un hecho patente en México y se observan claramente en la novela de Melchor.

El propio inicio de la novela es una demostración de la presencia constante y repetitiva de la *violencia directa*, porque la obra comienza su primera página con la descripción del hallazgo de un cuerpo en una cañada del pueblo: “reconocieron al fin lo que asomaba sobre la espuma amarilla del agua: el rostro podrido de un muerto entre los juncos

y las bolsas de plástico que el viento empujaba desde la carretera, la máscara prieta que bullía en una miríada de culebras negras, y sonreía” (Melchor 12). Así, la trama da comienzo con la evidencia de un acontecimiento claro de *violencia directa*, el cual no solo provocó un daño a la dignidad de la persona, sino el propio arrebató de la vida.

Aquí, es importante también remitir a la definición de Rossana Reguillo al respecto de la *violencia expresiva* para poner a dialogar estos dos conceptos de Galtung y Reguillo, de que se haga una expresión del poder, como también lo señalaba Arendt, la violencia es utilitaria, viene forzosamente acompañada de herramientas. Es decir, el asesinato de Bruja, en donde, además, su cuerpo se exhibió ante la comunidad al dejarlo en un espacio público, no es solo un acontecimiento que tiene como motivación terminar con una vida (en este caso, el de la Bruja), sino todo lo que lo envuelve pareciera ser parte de una *violencia simbólica* al intentar exponer la fuerza masculina, la hombría, hay una intención de humillación, de exposición del cuerpo.

Esto permite que, por un lado, la *violencia directa* ejercida en contra de la Bruja tenga distintas funciones: por un lado, promueve un control patriarcal hacia todos aquellos cuerpos feminizados o vulnerables ante las masculinidades hegemónicas y es, también, una *violencia disciplinante*, como lo señala el concepto de Reguillo, porque promueve un castigo ejemplar por saltarse todas las normas sexuales e identitarias establecidas por un poder patriarcal.

De alguna manera, la autora da comienzo a la novela con este suceso violento como una forma de presentar los hechos que más adelante aparecerían en la trama, porque a partir de este suceso la autora se encargaría de ofrecer, a través de su narrativa, un caleidoscopio de distintas expresiones violentas en los personajes.

No obstante, en esta novela se manifiestan otro tipo de evidencias de *violencia directa*, también se observan patentes los temas de violencia de género entre los que destaca, por ejemplo, el caso de violencia sexual directamente ejercido hacia el personaje de Norma, el cual es importante mencionarlo en esta ocasión para dejar en claro que los casos de *violencia directa*, no siempre terminan en la culminación de la vida del sujeto al que se agrede, sino que en algunas ocasiones, como en ésta, puede ser un tipo de violencia constante que implica el abuso emocional y/o sexual, en donde existe una afectación directa hacia al sujeto violentado.

En este caso, es un abuso ejercido de acuerdo a la posición de poder en que se encuentra el padrastro por sobre la hijastra, Norma es una niña menor de edad, abusada por la pareja de su madre “cuando ella tenía doce y él veintinueve” (Melchor 122). Es decir, además, se trata de un caso de abuso sexual infantil. No obstante, lo que hace interesante y considerablemente cruda la forma en que se narra este suceso es la manipulación emocional que se ejerce de parte del padrastro hacia Norma, pues constantemente le hace comentarios, la mayoría de ellos sustentados en argumentos culturales, haciéndola sentir culpable de lo sucedido, es decir, ejerciendo una manipulación emocional que le concede el privilegio de enfrentarse ante ella como una figura de autoridad, por su condición de género al ser hombre, por ser diecisiete años mayor y, además, por ser su padrastro, es decir, a partir de una relación de parentesco, se construye una relación de confianza y subordinación, aspectos que permiten el ejercicio de una *violencia estructural* al basarse en una relación donde influyen estructuras sociales en condiciones de dominación y *violencia directa* porque hay tocamientos y un caso delictivo de estupro porque practica relaciones sexuales con una menor de edad, utilizando el engaño, la manipulación y la dominación a su favor para poder llevarlas a cabo en secrecía sin tener consecuencias sobre ello. Así mismo, este

ejemplo de la narrativa servirá para explicar cómo se observa patente la *violencia cultural* y la *violencia estructural* y cómo se entrecruzan todas entre sí.

2.2. La pérdida sobre el valor de la vida, la impunidad y la desconfianza en las autoridades: acontecimientos que describen el contexto de una violencia estructural

Cuando se habla de *violencia estructural* se refiere a todo el sistema que se construye y que influyen, de alguna u otra manera, alrededor de un hecho de agresión (física, emocional, económico, o de otros tipos) en donde coinciden circunstancias de dominación, juegos de poder, discriminaciones y desigualdades, que permiten que se lleven a cabo este tipo de acciones, y se pueden dar, tanto en los espacios públicos, como en los espacios íntimos y domésticos.

Es importante mencionar, en primera instancia, sobre la situación actual del país para comprender las condiciones que pueden colaborar a que se construyan este tipo de espacios donde persisten condiciones de desigualdades. Desde hace años se ha construido un espacio de injusticia en el país, donde la población con “ingreso inferior a la línea de pobreza por ingresos” en el 2020 se encuentran en el 52% (según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social), es decir, los índices de pobreza parecieran ir cada vez más en aumento y las personas en condición de pobreza parecieran haber rebasado poco más de la mitad de la población. Así mismo, las personas con rezago educativo, de acuerdo al mismo estudio, se encuentra en el 19.2%, y evidentemente, la falta de educación en la población provoca que aumenten de forma considerable las prácticas de desigualdad.

Este tipo de circunstancias político-económicas permiten que se construyan espacios de injusticia donde la *violencia estructural* encuentra un fácil acceso a los sectores

más vulnerables de la población. Y será en este espacio en donde se desenvolverán los personajes de Fernanda Melchor en su novela, estos estarán sumergidos en un contexto de desigualdad, en una zona rural del México contemporáneo donde la pobreza los embarga, donde para muchos jóvenes la salida más cercana será incurrir en prácticas ligadas al narcotráfico y a los actos delictivos. Y, por otro lado, para algunas mujeres no queda opción para tener estabilidad económica más que la práctica de la prostitución. Así mismo, otra salida que se asoma para los miembros de esta población será la migración, pues será ésta la única que les permite conservar escasas esperanzas sobre un futuro mejor, esta opción les propone una salida donde el progreso sí pareciera ser una realidad, ajena para el pueblo de La Matosa en donde se han desarrollado.

Johan Galtung insiste en recalcar sobre la *violencia estructural* lo siguiente:

“una estructura violenta no solo deja huellas en el cuerpo humano, sino también en la mente y el espíritu. Las cuatro expresiones siguientes pueden considerarse partes de la explotación o refuerzos de los componentes de la estructura (...). La *penetración* –implantación de los dominantes en el interior de las personas dominadas, los de arriba en los de abajo, por decirlo coloquialmente, combinada con la *segmentación* –proporcionar a la parte de abajo una visión muy parcial de lo que ocurre, hará la primera parte del trabajo. Y la *marginación*, dejar fuera a la parte inferior combinada con la *fragmentación*, mantener a las personas de esa parte de abajo separadas entre sí, separadas (11).

Todos estos conceptos se engloban dentro de la *violencia estructural* porque estos operan entre sí para vulnerar la dignidad humana, si bien no se pueden considerar como casos de agresiones directas debido a que no hay un actor claro que esté ejerciendo el acto de violencia hacia otra, sí son estructuras que, aunque no provocan muertes inmediatas, sí

se pueden considerar un sufrimiento lento, constante y, en la mayoría de los casos, permanentes. Y esto, golpea primeramente a los más débiles dentro del entramado social, es decir, personas en situación de pobreza, infantes, mujeres, adultos mayores, etc. Esto también se considera violencia porque limita en muchos sentidos la libertad de los afectados.

Con respecto a esto, Galtung pondrá de ejemplo la situación de las mujeres: “estos elementos han estado operando en contextos de género –incluso aunque las mujeres no tengan siempre mayor tasa de morbilidad y mortalidad, sino que de hecho tengan mayor expectativa de vida que los hombres, siempre que sobrevivan al aborto selectivo de género, al infanticidio y los primeros años de la infancia-.” (11).

Como bien lo menciona el autor anteriormente, las mujeres a lo largo de un proceso histórico de larga data se han posicionado en una situación de subordinación, y en este sentido, la *violencia estructural* provoca que ciertos individuos y grupos sociales se vean afectados por este sistema. Si bien este concepto, debido a la ausencia de un daño completamente visible, se puede confundir con la ausencia de justicia, Galtung insiste en la importancia de reconocer este tipo de sucesos como un acto de violencia, debido a que crea severas afectaciones, uno de ellos es la imposibilidad de ofrecer una correcta procuración de justicia, porque existen sistemas institucionales que impiden que esto se lleve a cabo, por lo tanto, se ejerce, también, una violencia hacia las personas desde las instituciones públicas y policiales.

Anteriormente había rescatado la definición de Galtung en cuanto a la violencia (en términos generales), al describirla como “la limitación de las potencialidades” y en este sentido, las mujeres se han visto limitadas terriblemente gracias a este severo caso de *violencia estructural*.

Así, la *violencia estructural* y la *violencia cultural* están íntimamente relacionadas, debido a que ambas se construyen a partir de un esquema social determinado en donde se ven implicadas las normas, las asignaciones morales, los roles establecidos a partir de una conducta cultural, provocando que, con base en esto, se establezcan conductas de desigualdad, dominación, etc., en donde la *violencia cultural* permitirá que todas estas condiciones de discriminación se perciban como correctas, normales y aceptables. En este sentido, el papel de la *violencia cultural* será muy importante para que el sistema que se establezca en la *violencia estructural* permanezca a través del tiempo.

Cuando hablamos de los personajes presentes en *Temporada de huracanes* vemos que la mayoría de ellos son personajes que se encuentran en los estratos que Galtung describe como “los de abajo”, son personajes en situación de pobreza, viven en una zona de México donde la desesperanza embarga todos los espacios, el pueblo en donde confluyen los hechos es un lugar desolado, oscuro, grotesco, con pocas o nulas oportunidades económicas.

A los personajes femeninos se les limita, o incluso, se les niega la posibilidad de conservar sueños y aspiraciones que les permita estudiar una carrera universitaria y que involucre un nuevo camino para la familia donde exista mayor prosperidad económica y educativa, un ejemplo de esto es la hermana de Yesenia a quien llaman “la Bola”, durante el capítulo en que se narra su historia podemos identificar cómo la abuela, quien había asumido el cargo de protección de sus nietas ejercía una violencia directa contra las mismas, sustentada en una *violencia estructural* y una *violencia cultural* en donde se considera que no es conveniente invertir en la educación de las mujeres porque siempre terminarán enamorándose o dejándose llevar por un hombre que las embarace, por lo que, la abuela prefiere no invertir en la educación de sus nietas, porque las considera mujeres

frágiles que fácilmente abandonarán sus estudios por un embarazo o un enamoramiento fugaz con algún hombre del pueblo

En el ejemplo de este personaje que más adelante se analizará a detalle, hay un entrecruce de las tres violencias de las que habla Galtung, hay una *violencia directa* constante de parte de la abuela hacia sus nietas, suele agredirlas física y emocionalmente, los golpes son parte permanente de la cotidianidad de su hogar, e incluso cuando no ejerce una agresión física, sí encuentra maneras de violentarlas verbal y simbólicamente, por ejemplo, cuando a Yesenia le corta el cabello como una forma de castigo por escaparse por la noche, con el fin de que se presente menos “femenina” ante los varones de la comunidad:

Le había tusado el pelo con las tijeras de descuartizar el pollo mientras Yesenia permanecía inmóvil como tlacuache bajo los faros de los camiones en la carretera, por miedo de que las hojas heladas le cortaran la carne, y después había pasado la noche entera en el patio, como la perra que era, había dicho la abuela: la bestia inmunda que no merecía ni un jergón pulguiento bajo su pellejo apestoso (Melchor, 49).

Con esta acción no solo la agrede con palabras violentas que la vulneran terriblemente, sino que también comete un acto de agresión que roza con la agresión física, pues ella manifiesta su miedo de que le cortara con las mismas tijeras, impone su autoridad a través de la imposición del miedo hacia ellas. Pero, además, le provoca inseguridades. Yesenia se convierte en una joven resentida con su primo, por ser la figura masculina del hogar, quien goza de todos los privilegios de su condición de hombre, para él este tipo de agresiones están ausentes, todo este comportamiento de la abuela hacia sus nietos se sustenta en una *violencia estructural* donde concede derechos a los hombres y limita

considerablemente los derechos de las mujeres, provocando que se construya un espacio domestico de profundas desigualdades y discriminaciones.

Así, con respecto al ejemplo anterior de la novela de Melchor sobre cómo se perciben este tipo de violencias en la situación de la violencia generalizada hacia las mujeres podemos argumentar que la *violencia estructural* es todo aquello que construye espacios para que las mujeres sean violentadas. Y de igual manera, es aquella que provoca que no exista una correcta impartición de justicia para las víctimas. De esta manera, la *violencia directa* son las agresiones visibles: feminicidios, abusos sexuales etc., pero la *violencia cultural* es toda aquella que se encuentra dentro de la conciencia de las personas, culturalmente, legitimando este tipo de conductas en la sociedad. De esta manera, así es como estos tres tipos de violencia se van entrecruzando entre sí.⁴ Y, así, es cómo Fernanda Melchor en sus novelas, principalmente en *Temporada de huracanes*, hace un retrato de la relación entre estos tipos de manifestaciones de la violencia, que permiten reconstruir el estado social y cultural del país en la actualidad.

⁴ Un ejemplo claro de este entrecruce de las violencias que conceptualiza Johan Galtung en el contexto actual del México contemporáneo, y que permite ilustrar perfectamente el triángulo de la violencia es el acontecimiento en torno al caso de Debanhi Escobar, joven de 18 años que desapareció luego de salir a una fiesta en el mes de abril de 2022 y de quien posteriormente, 13 días, después se encontró su cuerpo dentro de una cisterna en desuso de un Motel en Laredo, Nuevo León. Hasta el momento (mayo de 2022) la Fiscalía General del Estado no ha ofrecido resoluciones concretas a su caso, pero han demostrado una serie de inconsistencias, contradicciones e incompetencias en el proceso de búsqueda de justicia. La *violencia estructural* se percibe desde estos aspectos, en donde las propias instituciones públicas vulneran la dignidad de las víctimas y la familia de las mismas, se ejerce una violencia desde estos espacios y, por ende, existe una constante desconfianza hacia las autoridades. Y, por otro lado, los medios de comunicación han participado activamente en procesos de revictimización donde se culpa a los padres y a Debanhi sobre su desaparición, se argumenta constantemente sobre su posible estado de ebriedad, el horario en que se encontraba fuera de casa, etc., todo con el fin de culpabilizar a la propia víctima de su desaparición, pero, además, para legitimar que estos casos se sigan dando, es decir, se ejerce una *violencia cultural* desde lo mediático.

2.3. El papel del lenguaje en la generación de una violencia cultural y simbólica

Luego del apartado anterior, en donde pudimos identificar algunos ejemplos de la *violencia directa* ejercida hacia algunos personajes de la novela, así como las estructuras sociales que permiten espacios donde la *violencia estructural* confluya, ahora procederemos a analizar cuál es el papel que tiene la *violencia cultural* para que este tipo de violencias se puedan llevar a cabo y para que, sobre todo, sean legitimadas por las autoridades y por la propia sociedad civil, es decir, para que se perciban como aceptables, o para que en algunos casos se minimicen los acontecimientos de violencia y se considere que es correcto mantener las circunstancias de esta manera, es decir, para que se mantenga el orden ya establecido.

Pero antes, es indispensable enfatizar, antes de continuar con el análisis a la narrativa de Fernanda Melchor, en que el país ha estado pasando por una etapa de crisis muy grave en cuanto a la situación de inseguridad derivada de la violencia generalizada y esto tiene mucho que ver con la *violencia cultural* y cómo ha impregnado muchos espacios de la sociedad. María de la Luz Casas, en su artículo “cobertura informativa de la violencia” dirá sobre lo anterior lo siguiente: “(...) Si bien no hay información completa acerca del número de eventos violentos que se registran en México, ya que muchos de ellos no son reportados o denunciados por las víctimas, se sabe que ésta ha incrementado en los últimos años” (Casas 6).

Y lo más delicado de dicha problemática, es que la sociedad ha tomado una actitud pasiva ante ella, se expandieron emociones colectivas de desesperanza y resignación, normalizando cada vez más los distintos tipos de violencia. Será aquí, donde se comience a hablar sobre la pertinencia de la producción literaria de la autora, específicamente del caso

de *Temporada de huracanes*, pues en esta novela, el ambiente de normalización se percibe tangible.

Y ante esto, es importante cuestionar: ¿qué dispositivos culturales colaboraron a que la sociedad aceptara esta condición? Y se expandiera la *violencia cultural* de la que nos habla Johan Galtung en sus estudios. Sin duda, la posmodernidad vino acompañada de numerosos cambios tecnológicos. Así, los medios de comunicación tomaron mayor relevancia en la conciencia de los individuos:

Los medios de comunicación tienen una grave responsabilidad: no en el sentido de reflejar la violencia que nos circunda, o que existe en la realidad, sino en el sentido de hacer una reflexión sobre sí mismos y sobre su actuar cotidiano en la forja de México y de las nuevas generaciones de mexicanos (Casas, 13).

Si bien no se pretende responsabilizar únicamente a los medios de comunicación del problema de la violencia, pues existen otros factores detonantes, como ha sido el mal ejercicio de la política y el incremento de la pobreza, entre otros. Es verdad que, si bien no todos, sí un número importante de periódicos, físicos y digitales, y también las redes sociales, han tomado una postura poco ética ante la difusión de información que aborda el tema de inseguridad y violencia en el país. Por tanto, hay que tomar una postura crítica y asumir parte de la responsabilidad que involucra a toda la sociedad. “Autoridades, periodistas, ciudadanos y delincuentes, somos todos responsables, ya sea como productores de contenidos, o bien como consumidores de mensajes, muchos de ellos altamente violentos” (Casas 11). Todos somos parte de una misma dinámica cultural y es indispensable reflexionar y cuestionar colectivamente la manera en que la información llega a nosotros.

Y en este sentido, para analizar la narrativa de Fernanda Melchor será indispensable reconocer el papel de los medios de comunicación y el lenguaje que se utiliza. Pues, la autora reconocerá el papel tan importante que fungen los periódicos en la conciencia cultural de los individuos. Y esto es importante porque se verá reflejado, por ejemplo, en el uso del lenguaje que utiliza en la novela, aspecto de la obra que resultará indispensable a tener en cuenta para analizar cómo se ve manifiesta la *violencia cultural* en la novela.

Recordemos previamente un aspecto importante sobre la narradora, Fernanda Melchor es de profesión periodista, fue egresada de la Universidad Veracruzana y ha trabajado en reconocidos periódicos, como Excélsior, será esto lo que le permitió tener un ojo observador a todos los detalles del lenguaje en donde confluyen los mecanismos y las estructuras de la(s) violencia(s).

Y no solo fue periodista durante la primera etapa de su ejercicio profesional, sino que también la autora se ha interesado por investigar el papel que estos dispositivos tienen en la dinámica social, previo a la publicación de su reconocida novela, realizó un trabajo investigativo en donde analizó la experiencia estética de la nota roja en el periódico sensacionalista de México, y en su análisis, reflexionó sobre la manera en que el lector experimenta el horror que aparece en los noticieros. Y esto, evidentemente lo trasladó a su producción literaria. Melchor argumenta sobre las características del uso del lenguaje en estos dispositivos culturales lo siguiente:

La utilización de un lenguaje popular e irracional que apela a las emociones del lector, la dramatización del relato, la simplificación de la realidad y la presentación de ésta como un hecho excepcional e individual, características que incluso el periodismo de nota roja mantiene hasta nuestros días (Melchor, párr. 26).

Estas particularidades son adoptadas y transformadas a la literatura en la novela, donde ella misma admitió tomar como fuente de inspiración una nota roja de un periódico de su ciudad natal, para posteriormente construir una historia de ficción que le permitiera profundizar en las emociones humanas. Este tipo de recursos lingüísticos son utilizados en su narrativa con el fin de provocar una conmoción en el lector al describir imágenes violentas, pero desde la ficción con el fin de considerar la importancia de utilizar el relato como método de denuncia y no únicamente con una intención de generar morbo de un acontecimiento violento con la utilización de encabezados e imágenes explícitas:

(...) ya no dependerá de una capacidad de generar imaginación a través de conceptos, ni de generar ilusión a través de la sensibilización de lo figuracional, sino de producir conmoción, estremecer al público a través de la presentación del horror de la realidad. (Melchor, párr. 41).

Pero justo estos aspectos del periodismo contemporáneo de nota roja serán los que inspirarán a Fernanda Melchor, porque a partir del encabezado en un periódico sensacionalista de su localidad, en donde descubren el hallazgo del cuerpo de una mujer en un cañaveral, describiéndola como alguien que practicaría la brujería, la autora se adentraría en esta historia para tratar de comprender cuales fueron los hechos que llevaron los actos de los involucrados a la culminación de la vida de la mujer de quien hablaban en el encabezado. Pero, además, el periodismo será lo que inspire a la narradora a utilizar un estilo particular donde el lenguaje popular se volverá el protagonista y en donde podremos encontrar claramente la evidencia de una *violencia cultural* que describe la cosmovisión de los mexicanos, en donde en muchas ocasiones se legitiman actos de violencia a través de las justificaciones que se utilizan en el habla coloquial.

Por esta razón, en la novela se encontrarán presentes un buen número de dichos populares que consiguen transmitir, a través de la lengua, las prácticas violentas que se consideran legítimas en la sociedad mexicana, mucho de ello tiene que ver con argumentaciones plagadas de machismos, en donde suele depositarse la culpabilidad en las mujeres, incluso cuando las mujeres sean víctimas de los acontecimientos, ejerciendo así, un acto de *violencia cultural* constante y permanente.

Un ejemplo de esto en el desarrollo de la trama de la novela tiene que ver con el tipo de educación sexual que recibió Norma previo a su embarazo, de la cual vale la pena decir, además, que fue bastante deficiente, razón por la cual desconocía totalmente el funcionamiento biológico de su cuerpo.

Norma recuerda durante el proceso de su narración los comentarios a los que su madre hacía referencia cuando le recalaba la importancia de alejarse de la convivencia de los jóvenes del pueblo para evitar que se involucrara en prácticas que posteriormente pudieran perjudicarla, para lo que hacía mención constante a la importancia de evitar “salir con su domingo siete”, frase que se utiliza de forma frecuente en el habla popular mexicana para referirse al embarazo no deseado:

Has de creer que me chupo el dedo, que no sé qué es lo que pasa ahí adentro; si ya me dijeron que eso está lleno de malvivientes nomás esperando a meterle mano a las chamacas babosas que se dejan, aprovecharse de ellas y dejarlas con su domingo siete. Y Norma meneaba la cabeza y decía: no, mamá, yo no voy a esos lugares, vete en paz y no te preocupes, yo siempre me vengo derecho para la casa, aunque luego, cuando estaba a solas, se ponía a pensar en las palabras de su madre y no entendía qué era aquello del domingo siete (Melchor, 125).

Si bien en esta actitud de la madre hacia su hija no se comete un acto de *violencia directa*, pues en sus palabras, incluso, existe un interés por preservar la seguridad sexual de su hija, sí se evidencia el caso de una *violencia cultural* en donde, con este tipo de prácticas en el lenguaje en los círculos familiares, donde exista poca o nula claridad en la información que se imparte a las hijas y las posibles formas de cuidarse de embarazos no deseados o enfermedades de transmisión sexual, se vulnera culturalmente la integridad de las mujeres, quienes comienzan a relacionarse con poca información para protegerse, es decir, la falta de acceso a la educación sexual termina vulnerándolas y violentándolas.

Y, además, estas palabras de la madre, evidencian cómo se culpabiliza a las mujeres en caso de verse involucradas en un suceso de esta índole, no se deposita la culpa en el hombre, muchas veces con mayor edad y, por ende, con más información que ellas, sino que se culpabiliza a las mujeres, principalmente por no haber preservado su virginidad, incluso aunque exista un ejercicio de manipulación emocional hacia ellas para que este acto se pueda llevar a cabo.

En este sentido, las mujeres son forzadas a salir al mundo con poca información de la mano que las ampare y las proteja de este tipo de circunstancias que afrontan con mucho desconocimiento, pero, además, en caso de comenzar su vida sexual en medio de la ignorancia, detonando esto en un embarazo adolescente a causa de la ausencia de conocimiento en torno al tema, se culpabiliza a la mujer primeramente y se le responsabiliza inmediatamente de las consecuencias que esto pueda generar.⁵

⁵ Vale la pena enfatizar en que, de acuerdo al Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en el comunicado de prensa Núm. 536/21 se muestra que México es “el primer lugar en ocurrencia de embarazos en mujeres de 15 a 19 años dentro de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)”. En este mismo estudio se indica que durante los últimos años, estos índices solo han aumentado, siendo la tasa promedio de 13.7 nacimientos por cada 1000 mujeres de esta misma edad. Por lo que estos datos solo evidencian la vulnerabilidad de las mujeres, sobre todo de aquellas más jóvenes, con

Otro ejemplo de esta *violencia cultural*, donde se culpabiliza a las mujeres se observa cuando Yesenia narra el comportamiento errático de su abuela, quien siempre justificaba los actos de los hombres del hogar, culpabilizando a las mujeres presentes en sus vidas de cualquier desgracia que en su familia pudiera darse:

Todos los domingos sin falta iba la abuela a ver al tío Maurilio que estaba preso por su chingada gracia de haber matado a un señor de Matacocuite, y todo por culpa de una pinche vieja casada que el perro de Maurilio andaba rondando. La vieja no aguantó la madriza que el marido le puso y acabó despepitando todo, y un día que el tío Maurilio llevaba chupando varios días seguidos le vinieron a decir que había un tipo que andaba preguntando por él en Villa, un tipo que decía que quería quebrarse al Maurilio Camargo por haberse metido con su esposa, y el tío Maurilio se paró de la mesa en donde había estado chupando y dijo pues de que lloren en mi casa a que lloren en la suya, (...) y así fue como acabó en la cárcel del Puerto, preso por homicidio doloso (Melchor, 39).

El ejemplo anterior presente en la narración de la novela es interesante por el entrecruce de varios factores culturales que confluyen en el ejercicio de la violencia, en primera instancia, porque podemos presenciar cómo se suele culpabilizar a la mujer de las consecuencias de los hechos acontecidos, incluso aunque el responsable directo debería ser aquel que desplegó el ejercicio de un acto de *violencia directa* que cobró la vida de una persona, en su lugar, se culpabiliza culturalmente (aunque no legalmente) a la mujer por detonar el desarrollo del acontecimiento, aunque ella no haya participado en el homicidio. Nuevamente, se deposita la responsabilidad a las mujeres, incluso aunque éstas estén

respecto a los temas que tienen que ver con la sexualidad y la ausencia de una correcta educación sobre el tema desde los niveles educativos básicos.

involucradas de forma indirecta y sin una participación dolosa en el asesinato del primero o en la privación de la libertad del otro.

Así mismo y, en concordancia con lo anterior, podemos observar la normalización y aceptación de un acto de violencia, es decir, la presencia de una *violencia cultural* que existe con respecto a la situación de la violencia a las mujeres. En este párrafo se relata cómo la mujer que confiesa la infidelidad, sufría de violencia doméstica por parte de su esposo y que, por esta razón decidió confesar lo sucedido. No obstante, la narración no se detiene en este aspecto y la narradora le resta importancia porque no hay detenimiento ni disgusto por este tema, por el contrario, se relata con indiferencia, como si esto fuese algo natural en los matrimonios. Y, por el contrario, se le culpa por no haber soportado esto y por haber confesado los hechos a causa de la violencia que estaba recibiendo. Esto es un ejemplo de cómo la sociedad legitima los actos de violencia hacia ciertos grupos vulnerables de la comunidad.

Y finalmente, otro aspecto interesante de esta descripción en la cita anterior tiene que ver con la normalización de los homicidios entre ciudadanos, donde una infidelidad, un disgusto, o bien, cualquier conflicto entre pares, puede detonar en pérdidas humanas. Esta normalización de los actos de violencia se observa en el uso del lenguaje que la autora implementa en su narrativa, a través de la presencia de dichos populares que utiliza para dar seguimiento al desarrollo de los hechos de la trama, en este caso se incluye la famosa frase mexicana: “de que lloren en tu casa a que lloren en la mía” esta cita, que bien pudiese haber pasado desapercibida fácilmente, permite comprender cómo estos actos de violencia son presenciados tan frecuentemente en el contexto mexicano, al grado de que existan frases populares que permitan justificar determinados actos de violencia.

Si bien existen frases similares en otros idiomas, sí es importante enfatizar en que, por lo menos en el caso de México se utiliza mencionando la palabra “llorar” implicando, por lo tanto, el sufrimiento de los involucrados y, por tanto, siendo una frase mucha más violenta que en otras traducciones semejantes. En inglés, por ejemplo, lo equivalente sería “Better you than me” la cual, si bien sí remite a un acto de egoísmo en el interlocutor, no se presenta con tanta violencia como en el dicho descrito en la novela de Melchor, volviendo manifiesto que la *violencia cultural* ha profundizado en los dispositivos culturales con mayor presencia en la sociedad, como lo es el lenguaje mismo.

Y, de esta manera, este tipo de acontecimientos también se vuelven simbólicos. Y así, para concluir con este apartado, podremos relacionar el término de *violencia cultural* con las contribuciones sociológicas de Pierre Bourdieu, recordemos que “Bourdieu y Passeron definen la violencia simbólica como una acción que se ejerce sobre los individuos con su propia complicidad, incluso de forma inconsciente” (Bourdieu, 68). De esta manera, de acuerdo a esta conceptualización que ofrece el autor, podemos decir que, en actos de dominación, como en aquellos que se dan en la situación de las mujeres y los hombres donde existe una *violencia estructural* que coloca a unas y otros en posición de dominantes y dominados, y los actores dominados, en este caso las mujeres, terminan por asumir estos procesos sociales e históricos como lo natural, como lo normal. Esto arroja luz en cómo los procesos culturales que colocan a los hombres y mujeres en posiciones desiguales, son naturalizados, no solo por el dominante, sino también por el dominado. Por esta razón el párrafo anterior de la novela es un ejemplo de ello, porque en este caso, es propiamente un personaje femenino la que está responsabilizando a otra mujer por los actos de violencia y, además, narrando con indiferencia que esta mujer era víctima de violencia domestica por parte de su marido.

Por ello, en este caso fácilmente podemos identificar cómo existe un entrelazamiento entre la *violencia estructural*, donde existen estructuras sociales que construyen este tipo de paradigmas que colocan a las mujeres en circunstancias de vulnerabilidad, y a su vez, en donde se da como resultado un acontecimiento de *violencia directa* que cobra la vida de una persona, pero que, además, viene derivado de una *violencia cultural* y *simbólica*, en donde este tipo de actos se han visto legitimados, aceptados y normalizados, invisibilizando las relaciones de poder que se han entretelado a través de un proceso de larga data.

3.- TERCERA PARTE:

La construcción de los personajes masculinos y femeninos en *Temporada de huracanes*:

una representación de las frustraciones y vulnerabilidades juveniles

“Que respeten el silencio muerto de aquella casa, el dolor de las desgracias que ahí se vivieron. Eso es lo que dicen las mujeres del pueblo: que no hay tesoro ahí dentro, que no hay oro ni plata ni diamantes ni nada más que un dolor punzante que se niega a disolverse”

Fernanda Melchor

3.1. La violencia como instrumento de empoderamiento para los personajes masculinos: el papel del performance de género y las frustraciones derivadas del colonialismo y capitalismo

A lo largo del desarrollo de este apartado del trabajo de análisis a la obra de Fernanda Melchor, se realizará una aproximación crítica al comportamiento de los personajes masculinos que aparecen en la novela *Temporada de huracanes*, desde un análisis de las *masculinidades hegemónicas* y las *masculinidades exacerbadas*, partiendo de la teoría que plantea Sayak Valencia en su análisis en torno a la construcción de los *sujetos endriagos*, aunado a las teorías de otros autores que comprenden los estudios sobre las masculinidades.

Esto con el fin de comprender qué factores influyen en la generación de comportamientos violentos en los hombres mexicanos, particularmente en las jóvenes, quienes por cumplir con los estipulados más exigentes de la masculinidad, del capitalismo y del colonialismo, buscan demostrar su dominio, respetabilidad y autoridad, a través de la instrumentalización de la violencia.

Así pues, será imprescindible considerar en el análisis de la narrativa de Fernanda Melchor, en primera instancia, observar el contexto en que se desenvuelven los personajes que construye la autora y, por ende, en la percepción que ésta tiene de la realidad del país.

En los sujetos de la trama se observa evidente que, los personajes que interactúan en la novela se encuentran en un espacio rural donde no se perciben alternativas posibles para escapar de la circunstancia social a la que se enfrentan en La Matosa, pueblo en que se desarrolla la historia, espacio donde la autodestrucción y la condición de violencia se vuelven una permanente y, por ende, existe una aceptación acrítica de la vulnerabilidad a la que se ven sujetos, es evidente la normalización y pasividad ante la violencia.

En este sentido, Sayak Valencia plantea en los principales argumentaciones de su libro *Capitalismo gore* que su principal motivación para reflexionar sobre esta temática surgió al observar la indiferencia con la que su hermana presenció un acontecimiento violento en las avenidas más transitadas de Tijuana, en la conclusión de su texto escribe lo siguiente sobre este suceso: “En sus ojos no hay asombro, en su voz no puedo identificar ni un atisbo de miedo, no hay nada de eso, solo los ojos fijos y la voz diciéndome palabras que quisiera que no confirmaran lo que acabo de ver” (202). Con esto, la autora deja en claro su interés y la responsabilidad ética, pues decidió asumir, a partir de entonces, una postura en la que se niega a continuar con una actitud pasiva y acrítica con respecto a la violencia.

De este texto, además, continúa siendo vigente su conceptualización teórica fundamental, en donde la autora aporta herramientas académicas a los estudios de la violencia desde una óptica feminista. En el año en que se publica el trabajo realizado por Valencia, se estaba hablando mucho sobre la violencia del narcotráfico, pero sin considerar

el papel que jugaba la masculinidad hegemónica, el colonialismo interiorizado y el hiperconsumismo actual.

De esta manera, su teoría en torno al *Capitalismo gore*, permite comprender cómo la violencia se ha convertido en un método de empoderamiento masculino. La autora define su concepto principal de la siguiente manera: “con capitalismo gore nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes)” (2).

Y será a partir de esta definición, que se analizará la construcción de los personajes partiendo de los tres factores detonantes que la autora considera determinantes para que los jóvenes utilicen la violencia como herramienta de empoderamiento: masculinidad, hiperconsumo y colonialismo, como tres ingredientes fundamentales para la construcción de los *sujetos endriagos*.

Comenzando por su aportación a la definición del *performance de género*, la cual aparece en su artículo “Capitalismo gore: Narcomáquina y performance de género”, Valencia define este término con el fin de lograr mayor claridad en cuanto al sentido y contexto específico en que se puede remitir a este concepto y lo describe como:

(...) obediencia acrítica de los varones al desempeñar (performar) las normas de género dictadas por la masculinidad hegemónica. La cual tiene entre sus postulados más arraigados: la indiferencia ante el peligro, el menosprecio de las virtudes femeninas y la afirmación de la autoridad en cualquier nivel (Valencia 9).

Esta conceptualización que utiliza la autora para hablar de las normas que los hombres deben respetar para reafirmar su identidad masculina constantemente, se basa en el reconocido concepto de *performatividad de género* que Butler utilizó para referirse a: “la “repetición ritualizada (iteración) de actos de habla y de todo un repertorio de gestos

corporales que obedecen a un estilo relacionado con uno de los dos géneros culturales” (Duque 88).

Y en este sentido, los personajes masculinos que aparecen en la novela de Fernanda Melchor, se esfuerzan constantemente por reafirmar su identidad masculina. Sobre todo, porque a lo largo de la trama, en ellos se irán revelando los intereses homosexuales que esconden Luismi y Brando a los ojos de los otros personajes, por lo que éstos estarán obligados a asumir de manera reiterativa su rol performativo para mantener la respetabilidad que les concede su género masculino.

Una de las escenas que más logran evidenciar esta conducta masculina en los personajes y que expresa, además, la actitud acrítica ante una situación de violencia, y la presión social que ejercen entre sí mismos los hombres que tienen que realizar actos que demuestren, ante el resto de varones, su virilidad.

Esta escena será cuando se narra el episodio en que un grupo de personajes masculinos deciden subir a la camioneta a una mujer, con la que optarían por cometer, de forma grupal, un acto sexual.

Sin embargo, en la descripción de esta escena, es importante destacar de manera enfática que esto no se realiza con el fin de satisfacer un deseo sexual, sino que es llevado a cabo únicamente con el fin de reafirmar su masculinidad ante los otros, como se puede observar en el siguiente fragmento de la obra:

(...) métesela de una vez, loco, métesela en caliente, gritaba el Willy, antes de que se despierte, porque la vieja culera aquella se había desmayado o sufrido una sobredosis de verga, o quién sabe qué pasaba pero todos reían y gritaban: métesela, pinche Brando, métesela en caliente, y Brando, de muy mala gana pero incapaz de negarse, se pasó al asiento trasero y se buscó la verga dentro de la bragueta, sin

bajarse los pantalones porque ni de loco iba a dejar su culo al descubierto en frente de esos pinches degenerados, y se hincó entre las piernas alzadas de la mujer y rogó, con toda la fe que ya ni tenía, que la verga se le pusiera aunque fuera tantito dura, de menos para poder hacerle a la mamada de que se la estaba cogiendo, y así no quedar en ridículo frente a sus amigos (Melchor 102).

Con esta cita se evidencia de forma clara de qué manera se entretienen las relaciones sociales entre hombres que son educados con los estipulados más estrictos de la masculinidad hegemónica, pues serán estos quienes se retan entre sí para ver quién cumple correctamente con los estipulados que Valencia define en su concepto de la *performatividad de género*.

A través de los pensamientos que describe Brando durante esta escena, se observa claramente cómo ejercen presión entre sí y el acto sexual en el que participan todos, no cumple con ningún otro objetivo más que observar quién sí puede mantener una relación sexual con una mujer. Y en caso de que alguno no pudiera cumplir con esta acción, se convertiría rápidamente en la burla de todos los presentes, por eso Brando, aunque siente repugnancia del acto, accede a realizarlo porque, de haberse negado, no estaría cumpliendo con el vigor sexual que debería caracterizar a cualquier hombre, según los estipulados que marca la masculinidad hegemónica.

Y, además, en esta misma escena, lo que Valencia define como el menosprecio a lo femenino, pues al personaje femenino que actúa en esta escena, se le observa de forma cosificada, representa únicamente un trozo de carne para los presentes, se le deshumaniza, los personajes no experimentan ningún tipo de empatía con ella, se le trata con agresividad y repulsión, solo es utilizada como una herramienta para cumplir con el fin último de demostrar su virilidad ante el resto de hombres que se encuentran presentes.

Además, se narra que es una mujer alcoholizada, por lo que participó en ello de forma inconsciente: “(...) nadie la conocía, nadie sabía su nombre, pero a ella no parecía importarle, estaba pedísima y bastante aturdida” (101). Y con esto, se relacionaría con argumentaciones de Rita Segato en cuanto a las violaciones y los abusos sexuales, ella explicaría en la entrevista realizada por Reynaldo Sietecase para la vanguardia el 14 de abril de 2017, La autora dirá sobre este tipo de actos que:

(...) Finalmente, y en tercer lugar, el violador nunca está solo. Aunque actúe solo, está en un proceso de diálogo con sus modelos de masculinidad, con figuras como su primo más fuerte, o su hermano mayor. Está demostrándole algo a alguien (a otro hombre) y al mundo a través de ese otro hombre (Segato Párr. 15).

Por ello, en ningún momento de la narración de este fragmento se observa un atisbo de erotismo, sino que el uso del lenguaje y las descripciones realizadas son realizadas de tal manera que resulten grotescas, con el fin de producir aversión, porque no hay en el acto ningún tipo de deseo físico hacia ella, sino que es un instrumento para demostrar su poder.

Como bien lo señala Rita Segato en la cita anteriormente expuesta, este tipo de actos se llevan a cabo como una manera de dialogo entre hombres, existe un deseo de reafirmar la virilidad entre el grupo, donde a cada uno de los involucrados le corresponde expresar y/o demostrar su nivel de masculinidad hacia aquel que represente la mayor autoridad viril. Esta escena demuestra claramente cómo en los personajes no existía un deseo sexual, es una escena cruda y grotesca que solamente expone un acto sexual violento en donde nadie realmente deseaba llevarlo a cabo, sino que lo consideraban un mandato a seguir.

Y, por otro lado, continuando con el análisis del *performance de género*, conforme la narrativa avanza, el lector se percatará poco a poco de los rumores que rondan sobre la relación erótica que Luismi mantiene con la Bruja para conseguir, aparentemente,

determinados beneficios económicos. Y será Brando quien, pese al deseo reprimido que siente hacia Luismi, intenta asumir constantemente una postura de agresividad, virilidad y rechazo a este tipo de conductas homoeróticas:

(...) porque una cosa era dejarse querer por los putos, dejarse invitar unos tragos y una chela y ganarse un quinientón por soportar sus puterías, o incluso por cogérselos un rato por el culo o por la boca, y otra cosa era ser un puerco asqueroso como el pinche Luismi cuando se besuqueaba y se fajaba con la Bruja. Quién sabe por qué le daba tanta tirria a Brando ver eso; ni siquiera el espectáculo del marrano cacarizo del Mutante culeándose a la loca le parecía tan espantoso. Tal vez porque en el fondo todo eso de besarse con los gansos le parecía algo asqueroso, un atentado innoble a su hombría, y cómo era posible que el Luismi se atreviera a besar a la loca esa frente a todos, si Brando siempre había pensado que Luismi era un bato bien derecho, bien machín y bien chido (107).

Esta escena describiría lo que Sayak Valencia define en su concepto sobre el *performance de género* como “el menosprecio a las virtudes femeninas”, volviéndose evidentes, además, cuando expresan el desprecio a las conductas homosexuales, porque éstas no encajan en los estipulados de la masculinidad que se les ha impuesto, de esta manera se esforzarán por ridiculizar, violentar, o precarizar todas las masculinidades disidentes que observen.

Sin embargo, es imprescindible cuestionar este tipo de actitudes en los varones cuando se habla de un contexto de violencia como el de México, porque la propia educación cultural implantada a los varones, tiene como consecuencia este tipo de subjetividades masculinas que genera en ellos frustraciones, rechazos, repulsiones, burlas y, por tanto, ejercicios de violencia hacia todos aquellos que no aceptan participar en los

estipulados de su masculinidad. Por esta razón, Valencia enfatizará en la relevancia de abrir diálogos en torno a esta temática, que permitan erradicar este tipo de actitudes:

La deconstrucción del machismo es urgente en el contexto mexicano actual dado que el fenómeno del narcotráfico y la violencia explícita como herramientas de *necro-empoderamiento* obedecen y encarnan, de forma exacerbada, una amalgama entre las demandas de la masculinidad hegemónica y las demandas del capitalismo contemporáneo (73).

Y esta cita, que concluye destacando otros factores, además de lo correspondiente a la masculinidad, permite trasladarse a los siguientes puntos que Sayak describe como ingredientes fundamentales a considerar al hablar de violencia en el país, los cuales se expondrán en el apartado consiguiente.

La autora considera que, además del papel de la masculinidad hegemónica en la construcción de individuos que utilizan la violencia como una herramienta de empoderamiento, también se debe tomar en cuenta el papel del capitalismo. Y en este sentido, no se puede omitir la importancia de éste en el contexto de México, principalmente por su localización como país fronterizo con Estados Unidos, Sayak Valencia destacará los siguiente: “(...) debemos agregar las demandas económicas del capitalismo contemporáneo que exige a los individuos ser hiperconsumidores para considerarles legítimos y pertinentes dentro del entramado capitalista g-local (2).

Con respecto a lo anteriormente dicho por la autora, no sería apropiado ignorar u omitir la responsabilidad que puede tener el orden político-geográfico mundial en la conciencia de los individuos y la relación que esto tiene con la violencia.

Pensadores como Gilles Lipovetsky también se percataría de las problemáticas que puede generar el capitalismo y reflexionaría a lo largo de su reconocido libro *La era del*

vacío, sobre la conciencia de los individuos en la actualidad: “la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar al hombre nuevo” (7). Y siguiendo con el argumento de esta cita, si actualmente el futuro no es tomado en cuenta, si lo único que importa es el presente, el consumo se realizará sin conciencia racional, estará motivado por impulsos momentáneos. Pero esta falta de racionalidad, generaría problemáticas como frustraciones severas en aquellos que no pueden asumir esta actitud.

Y en este sentido, es evidente que, por otro lado, una de las características de la época contemporánea es la relevancia que toman los medios de comunicación masiva en la conciencia de los individuos y esto involucra un aspecto a destacar: la publicidad y su rol en la sociedad.

Los individuos son bombardeados constantemente por anuncios de productos, motivándolos a su compra, sobre todo desde aspectos tan cotidianos como las redes sociales. Esto ha generado frustraciones en aquellos que no cuentan con el suficiente ingreso económico para adquirir la innumerable cantidad de artículos publicitados a los que no puede acceder.

Y esto se complica cuando la única solución a esta frustración es recurrir a la delincuencia para satisfacer la necesidad del hiperconsumo. Y el caso de México, país en donde los índices de pobreza se acercan por muy poco a la mitad de la población, como lo explicamos en el primer apartado de este trabajo de investigación, se convierte en un contexto vulnerable para todos aquellos jóvenes que desean adentrarse en el capitalismo y el consumo desmedido.

Y en medio de esta situación, los individuos quedan inmersos en una condición de inferioridad que buscan erradicar asumiendo comportamientos violentos, con los cuales buscan adquirir empoderamiento económico.

Y esta problemática, se ve agravada en la condición de los mexicanos, si además se considera el colonialismo y el sentimiento de inferioridad que éste ha dejado, por ello, se buscará una especie de blanqueamiento mediante el enriquecimiento ilícito. Valencia dirá sobre esto que: “debemos considerar el colonialismo que subyace en la idiosincrasia mexicana, donde hay un deseo de blanquearse a través del empoderamiento económico” (2).

Aproximando esto a la psicología de los personajes masculinos de la novela de Fernanda Melchor, se observará en éstos un comportamiento plagado de frustraciones, manifestarían en sus diálogos una sensación de constante malestar en torno a la vida que les ofrece el lugar en el que viven: “(...) y de cómo siempre están moviéndose por todo el país, y no atrapados en un pinche pueblo culero bajo un calor insoportable” (43). En esta cita, por ejemplo, es evidente la función que cumple el lenguaje y la violencia que la escritora utiliza en sus sentencias, porque por medio de éste, la autora expresa de manera clara y evidente el desprecio que los personajes sienten por el lugar en el que se desarrolla la historia.

Incluso la referencia al calor, la cual pareciera inofensiva, remite a la frustración e incomodidad que les produce el estar en ese espacio, este tipo de referencias al clima de los espacios donde se desarrolla la trama se ha utilizado frecuentemente en la literatura mexicana para referir al estado emocional de los personajes, quizá el ejemplo más claro que se tiene es la narrativa de Juan Rulfo, donde el reconocido escritor utiliza la descripción constante del espacio para referir a la situación política-social-emocional del lugar donde se desarrollan los personajes. En este caso, Fernanda Melchor retoma este tipo de herramientas en la construcción del espacio para exponer el desagrado de sus personajes

ante su estadía en La Matosa, lugar donde los personajes viven durante el desarrollo de la trama, y quienes tienen un deseo constante y permanente de abandonarla.

Y con el fin de lograr su cometido de salir del pueblo, y ante la falta de recursos económicos que les permitan salir de él, dos de los personajes masculinos, Brando y Luismi optan por recurrir a comportamientos delictivos y finalmente, a utilizar la violencia como una herramienta económica para salir de ahí: “vamos a chacalea ese dinero, vamos a caerle a la Bruja y a chingarnos ese varo y a largarnos de aquí para siempre” (117).

Es importante mencionar en este apartado que, en ningún momento, el personaje se detiene a empatizar con la Bruja, aún y cuando había una relación cercana con ella, porque durante la novela describen las constantes visitas que realizaban a su casa, en donde realizaban reuniones y fiestas. No obstante, él la observa únicamente como el obstáculo a vencer para lograr su propósito de adquirir recursos económicos que le permitan irse:

“(...) al día siguiente volvía a verlo y las palabras le brotaban solas de los labios: ándale, pinche Luismi, vamos a armarla, vámonos a la verga de aquí, porque ya no podía pensar en otra cosa, noche y día pensaba en cómo matarían a la Bruja, en cómo huirían con el dinero, en lo que harían para poder cambiar aquellas moneras de oro sin levantar sospechas” (198).

Esta última cita representa a la perfección cómo en los pensamientos de estos personajes, lo único importante es recurrir a una conducta delictiva para adquirir el dinero suficiente que les permitan salir de La Matosa, sin dejar alguna pista que pueda inculparlos en el caso de transfeminicidio que más tarde cometerían.

Podemos observar a detalle que, en ningún momento se detienen a pensar en la víctima, se le observa deshumanizada, en ella lo único que ven es una oportunidad de

adquirir las monedas de oro que supuestamente esconde la Bruja y que le ha permitido subsistir sin necesidad de trabajar.

Son personajes que no se detienen a pensar en las consecuencias de estos actos, simplemente analizan cometerlos en búsqueda de un fin económico específico, sus personalidades están dibujadas con un sinfín de frustraciones, por la falta de oportunidades que se observan en el lugar, por la pobreza que los embarga y por los estipulados de la masculinidad hegemónica que les han implantado y, que ante la falta de respetabilidad económica que tienen hasta ese momento, y las conductas homosexuales en las que han participado y que han perjudicado su imagen ante el resto de personajes masculinos que denotan un desprecio hacia las conductas afeminadas, los convierte en individuos acrílicos y violentos, que buscan subsanar estos dos aspectos para poder entrar dentro de una dinámica de virilidad que les permita reafirmar su autoridad masculina.

Recordemos que, a Fernanda Melchor, cuando se le reconoció con el Premio Internacional de Literatura en 2019, el jurado admitió darle este premio porque:

“ha escrito la novela de la pobreza del capitalismo global del siglo XXI, la novela de la violencia contra las mujeres, contra los homosexuales, contra los débiles, nacida de la pobreza; la novela de la lucha despiadada de los débiles contra los aún más débiles y contra sí mismos” (Alcaraz párr. 1).

Y ante este valioso argumento, hay que reconocer el valor de abrir diálogos en torno a la literatura que se está escribiendo en México en la actualidad, para reflexionar y considerar los factores que envuelven el complejo fenómeno de la violencia, que no solo se puede estudiar desde un solo enfoque, sino que se debe considerar las distintas facetas que en este complejo fenómeno se manifiesta. Y reconocer, que ésta, ante todo, recurre a herramientas, Arendt dirá que la naturaleza de la violencia es instrumental: “como todos los

medios siempre precisa de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue” (70). Y ante esto, hay que abrir el dialogo para cuestionar ¿de qué herramientas se sirve la violencia en este país? y ¿de qué manera se están construyendo subjetividades violentas, o *sujetos endriagos*, como los llama Sayak Valencia?

Con este análisis, se pueden identificar las características de los ingredientes que se necesitan para construir este tipo de individuales, que en medio de un contexto de frustración, aunado a la conducta acrítica que predomina en los jóvenes, además de los estipulados que dicta la masculinidad hegemónica, se pueden elaborar conciencias que culminan en acciones de violencia exacerbada, como las que se observan en *Temporada de huracanes* y que no son ajenos al contexto del México actual, que encabeza las cifras de violencia hacia las mujeres, hacia las mujeres trans, miembros de la comunidad homosexual y en general hacia todos los individuos, que como comentó el jurado anteriormente, son débiles a la luz de los otros.

La obra de Melchor, en este sentido, abre una puerta a la reflexión, al conocimiento de una generación y de una época, a la búsqueda de asumir una actitud crítica que permite, si bien no comprender o solucionar un problema, por lo menos sí conocerlo y visibilizarlo.

Es una obra que, a través de sus personajes masculinos, permite analizar el rechazo hacia todas esas conductas que los mandatos de la masculinidad hegemónica consideran condenables, como la homosexualidad o la transexualidad. Y que, a través de las frustraciones que dejan el capitalismo y el colonialismo, provocan una exacerbación de actitudes violentas con el propósito de cumplir con los estipulados que éstos te exigen.

Brandon y Luismi son dos ejemplos de personajes que han crecido y se han desarrollado en medio de un espacio que solo ha exacerbado sus frustraciones, los dictados de la masculinidad les han provocado un deseo constante de enriquecimiento ilícito, buscan

una salida rápida a sus frustraciones, consideran que únicamente en otro lugar (nunca en La Matosa) encontrarán oportunidades para ver satisfechos sus deseos y aspiraciones económicas, por eso viven en medio de un deseo constante de huir, ¿a dónde? La autora no lo deja claro de manera explícita, pero regularmente el capitalismo y la conciencia colonialista del mexicano que mantiene una admiración e idealización constante del extranjero, le motiva a buscar oportunidades en otro país, con frecuencia en su país vecino, los Estados Unidos, lugar que le promete a través del sueño americano, un blanqueamiento económico, que a través de la adquisición inmediata de bienes económicos le permita acceder a las lógicas del hiperconsumo y el capitalismo, y que a través de estas prácticas, le permita alejarse de su condición de ser colonizado.

3.2. ¿Las hogueras nunca se apagaron? Análisis sobre la representación de las vulnerabilidades femeninas desde una aproximación literaria a las violencias generalizadas hacia las mujeres

Anteriormente hablamos de distintas representaciones de la violencia en la novela *Temporada de huracanes*, intentando ofrecer una reflexión amplia sobre los distintos escenarios en que esta problemática se observa manifiesta en la obra de Fernanda Melchor y, asimismo, en el contexto del México contemporáneo. No obstante, al hablar de violencia en este país, no se puede omitir (o sería un grave error hacerlo), no reconocer la vulnerabilidad de los cuerpos femeninos.

La violencia por motivos de género en nuestro país es una problemática que, lamentablemente, continúa vigente y, además, pareciera que las políticas públicas que se han implementado para erradicarla (o por lo menos reducirla), no han ofrecido grandes resultados.

Sobre esto último, en la primera parte de este trabajo, se reflexionaba sobre la incapacidad de las leyes de cambiar un estado social y cultural, si las reformas a las leyes no venían acompañadas de estrategias culturales que promovieran un cambio de conciencia colectiva en las personas. Si bien en los últimos años, han surgido renovaciones a la ley (altamente trascendentales y necesarias), como la Ley Ingrid y la Ley Olimpia, las cuales permitieron que se obligara a los servidores públicos, a los medios de comunicación y a la población en general, a tener una actitud ética ante la filtración de imágenes que vulneraran la integridad de las víctimas de feminicidio, o bien, en el caso de la Ley Olimpia, a la protección de las mujeres ante la divulgación de imágenes de contenido sexual sin consentimiento de la persona involucrada y que, como consecuencia, se incite a la violencia digital hacia las víctimas. No obstante, si bien, promover reformas legislativas es necesario,

no es suficiente. Y ante este tipo de circunstancias, ¿de qué sirve el castigo, las multas o las consecuencias, si la generalidad de la población no entiende por qué está mal vulnerar a las víctimas? En este sentido, es imprescindible promover reflexiones que permitan empatizar con las víctimas y promover una concientización cultural (y no solo legal) de la violencia de género.

En este sentido, podemos decir que Fernanda Melchor promueve un retrato de la situación de violencia en la que se ven inmersas las mujeres de distintos sectores sociales y, que se ven afectadas por distintos motivos y en distintos escenarios posibles.

Para introducir este apartado, podemos comenzar reflexionando en torno a la protagonista de esta obra, la Bruja, una mujer trans que por su condición feminizada se ve constantemente vulnerada y que, como lo analizamos en el episodio anterior, se ve violentada principalmente por un rechazo hacia todo aquello que se considera feminizado, todo esto viene derivado principalmente de una exaltación de una masculinidad hegemónica que rechaza todo aquello que se considera sexualmente disidente.

Al respecto de lo anterior, Judith Butler dirá en su reciente libro “Sin miedo: formas de resistencia a la violencia de hoy” lo siguiente:

"Se espera, pues, de todos aquellos a quienes se les asigna al nacer el género de varón que asuman una trayectoria masculina, que su desarrollo y vocación sean masculinos. Por tanto, las personas trans que quieren ser mujeres, que buscan ser reconocidas como mujeres trans, rompen con ese pacto implícito que une a los hombres, que permite y afirma su violenta propiedad sobre las mujeres. Las mujeres trans son un objetivo en parte porque son femeninas, o están feminizadas, y se les castiga no solo por rechazar el camino de la masculinidad sino por abrazar abiertamente su propia feminidad" (46).

Y esta cita ilustra el problema de los transfeminicidios, su origen y sus causas, la violencia exacerbada en contra de esta comunidad se relaciona con el rechazo a la feminidad y, por supuesto, sobre aquello que se considera traición a la masculinidad.

Es por esta razón que, desde las primeras páginas de la novela, podemos percatarnos de que, a lo largo de toda la trama, veremos a una persona que fue vulnerada y rechazada por la sociedad que la rodeaba dentro del pueblo La Matosa.

En un texto que referimos anteriormente en la introducción teórica de esta investigación, Gabriela Coronado menciona que: “a estas mujeres se les niega el derecho a una identidad y a una expresión de género, reforzando ideas transfóbicas mediante la desaprobación, en forma de broma o regaño” (5). Y, es interesante cómo Fernanda Melchor nos plantea esta idea de la no-identidad desde la negación de un nombre para este personaje en torno al cual se desarrollará toda la historia, desde la primera parte de la novela, la autora relata la no existencia de un nombre para la Bruja:

“Si alguna vez llegó a tener un nombre de pila y apellidos como el resto de la gente del pueblo fue algo que nadie supo nunca, ni siquiera las mujeres que visitaban la casa los viernes oyeron nunca que la llamara de otra manera. Era siempre tú, zonza, o tú, cabrona, o tú, pinche jija del diablo cuando quería que la Chica fuera a su lado, o que se callara, o simplemente para que se estuviera quieta debajo de la mesa (Melchor, 13).

Como podemos ver, la negación de un nombre para ella no es solamente una casualidad en la narrativa de Fernanda Melchor, cuando la autora comienza a describir la forma en que se le nombraba a la Bruja en la cotidianidad de su hogar (es decir, la forma en que su madre la nombraba), podemos observar que todos los títulos con los que se le nombra o se le refiere son altamente violentos y ofensivos, ejerciendo de esta manera una

permanente violencia moral sobre ella, la cual le termina negando su derecho a un propio nombre y, por ende, a una identidad.

De esta manera, la Bruja termina siendo una mujer que durante toda la novela se describe como alguien que está siendo constante y permanentemente vulnerada por todos los hombres con los que se relaciona y, por ende, desde el comienzo de la novela sabemos que su destino era enteramente trágico.

No obstante, éste es solo un ejemplo de cómo se percibe la violencia de género en la novela y nos sirve para introducir este apartado del capítulo, pero en lo consecutivo, en los dos siguientes apartados, nos permitiremos reflexionar en otros dos personajes femeninos en los que no se han detenido demasiado las reflexiones o aportaciones críticas.

Por un lado, observamos a una mujer llamada Yesenia que, como las brujas, carga con una herencia social (y familiar), en donde las mujeres han sido históricamente estigmatizadas y violentadas, a las cuales se les rechaza el acceso a la educación y a una vida plena, solo por motivos de género y, a quienes, además, constantemente se les culpa por las desgracias que recaigan sobre la familia y se le juzga y critica desde una opinión sesgada por una mirada patriarcal dominante que atribuye todos los errores a las mujeres, solo por su condición de mujer.

Y, por otro lado, vemos a Norma, una inocente adolescente, víctima también de una estirpe que ha heredado una indefensión hacia los miembros femeninos de la familia, la cual termina siendo abusada sexualmente desde un acto de estupro, acontecimiento que permite argumentar sobre las sutilezas de la violencia sexual y que, además, promueve una reflexión sobre la condición de vulnerabilidad de las mujeres en los espacios íntimos y cotidianos dentro de los hogares familiares, planteando así que, si bien ya se ha descrito que se vive en un país en donde el espacio exterior no es seguro para las mujeres y, por ende, se

debe vivir alerta de ello, por otro lado: ¿qué hay cuando los espacios íntimos tampoco ofrecen una condición de protección o seguridad? En este sentido, la vulnerabilidad de las mujeres se observa patente desde cualquier condición y circunstancia. Y es en esto en lo que debemos plantear reflexiones que permitan reconsiderar las posturas sociales y culturales ante la violencia de género.

En *Temporada de huracanes*, Fernanda Melchor construye narrativamente una gama de personajes femeninos que permiten identificar las distintas vulnerabilidades a las que se ven sujetas las mujeres del México contemporáneo. En este sentido, el caso de Yesenia ofrece una particularidad: vive la violencia desde el espacio íntimo, desde la cotidianidad. Es una mujer violentada por su propia familia, como si la desigualdad se heredara de su árbol genealógico. En este hogar observamos a una abuela que ejerce un matriarcado, en donde violenta a sus hijas y posteriormente también a sus nietas y quien concede los derechos y privilegios cotidianos únicamente a los miembros masculinos de su estirpe.

En el tercer capítulo de la novela, la autora se encarga de describir su historia y la perspectiva que Yesenia tiene del acontecimiento que fundamenta toda la existencia de la novela: el asesinato de la Bruja. A lo largo de este tercer apartado podemos observar cómo Yesenia es una joven resentida con su primo, por los privilegios que la abuela le ha concedido a lo largo de toda su vida, privilegios que, es importante mencionarlo, siempre han sido a costa de la infelicidad, las desventajas y las carencias de Yesenia.

Al respecto de esta relación que se ha construido en los miembros de esta familia, donde las mujeres viven en constante desventaja ante los hombres, la escritora Leticia Paredes Guerrero menciona sobre la violencia de género que ésta “tiene su origen, y persiste, en el conjunto de normas y valores sociales que sustentan la prevalencia o

dominación masculina y la asimetría de poder entre hombres y mujeres" (Paredes, 47) y sobre esto, es importante destacar cómo en las familias a veces se respetan, legitiman y heredan una serie de normatividades culturales en la que se considera que las mujeres no tienen el suficiente valor como para ser merecedoras de un trato igualitario con los miembros masculinos de su familia. Se construye una asimetría de poder en la que los hombres siempre son los beneficiarios por la figura de mayor autoridad en el hogar, e incluso, en muchas de las ocasiones, este privilegio viene concedido, también, por una mujer, como es el caso de la abuela de Yesenia, quien se encarga de construir este espacio de violencia constante hacia sus hijas y nietas, pero por otro lado, a los hombres los encubre, protege, excusa y protege a toda costa, sin importar las consecuencias que venga con ello.

En este capítulo, los lectores siguen a Yesenia durante la narración de los acontecimientos de acuerdo a la perspectiva que ella tenía de los hechos, y es durante este proceso donde podemos observar cómo se tejían las relaciones familiares de estos personajes, describe a la abuela como la matriarca que constantemente está desconfiando de las mujeres que viven en su casa, sin embargo, con su hijo y nieto se muestra como un ser ingenuo, incrédula de los malos actos que éstos pudieran cometer.

Yesenia menciona en su narración lo siguiente al respecto de cómo la engañaban al hacerle creer que un bebé era realmente el fruto de su hijo y a quien ahora tendría que cuidar y mantener: “me extraña que con esa mente tan cochambrosa que tiene para andar siempre pensando lo peor de nosotras, me extraña que no se acuerde de eso que decía; hijos de mis hijas, mis nietos; hijos de mis hijos, sepa su chingada madre” (37), a lo que la abuela les contestaba que “¡Cómo iba dejar doña Tina desamparada a esa pobre criatura, su único nieto varón” (37), en esta cita podemos observar cómo el valor principal que le concede la

abuela al bebé es que es el “único nieto varón” de su hijo (también único varón), como si su condición masculina le concediera un valor inherente a él y como si el deseo de cuidado hacia la criatura viniera únicamente concedida por su sexo y no por ningún otro motivo.

Y es así cómo, a lo largo de toda la narración de Yesenia, la autora describe los resentimientos que ella va construyendo a lo largo de los años hacia esa criatura que la abuela decidió proteger como el miembro más valioso de su familia y a quien nunca se le impuso límites o llamados de atención por los actos negativos que cometía, en todo momento se culpabilizó a las mujeres del hogar por cualquier acto cometido por él.

Sobre esto, podemos observar un ejemplo en la siguiente cita, cuando la autora narra la forma en que se percibía el trato desigual entre Yesenia y su primo:

“nomás creció para volverse un infeliz cabrón desgraciado que le hacía la vida imposible a Yesenia, que por ser la mayor tenía que apegarse a huevo con la responsabilidad de la casa y de las primas y del pinche chamaco cuando la abuela no estaba, y por lo tanto era quien se llevaba la chinga más pesada y las cuerizas de la vieja cuando las cosas salían mal, cuando las cosas no se hacían como la abuela quería, y era también Yesenia la que tenía que responder por las maldades de su primo” 42).

Aquí podemos observar cómo Yesenia percibía los privilegios que la abuela le concedía a su primo en todo momento, el cual era criado como un joven sin reglas y/o compromisos a seguir, ni tampoco consecuencias por sus actos, en todo momento es ella quien tiene que asumir la responsabilidad de cualquier acto cometido por él. La abuela se encarga de construir un hogar en donde los personajes masculinos de la familia son excusados y protegidos por los actos negativos que pudieran cometer y las mujeres

culpabilizadas por cualquier motivo aparente que pudiese colocar en una situación de vergüenza a la familia.

El clima en el que se ven inmersos los personajes femeninos dentro de este espacio cotidiano es un ambiente de terror y constante vulnerabilidad física y emocional, donde las mujeres son constantemente violentadas por la figura de autoridad de la familia.

Por supuesto, la violencia más fácil de identificar en este caso es la *violencia directa*, en donde vemos a las mujeres violentadas físicamente por su abuela cuando no cuidaban correctamente a su nieto varón: “Con la pita mojada esa que la abuela usaba para pegarles, sobre las nalgas o la espalda, o hasta en la jeta, si te apendejabas y no te la cubrías con las manos, hasta que Yesenia chillaba y le suplicaba que se detuviera, que la perdonara” (44). Sin embargo, las heridas que les ocasionaba no eran únicamente físicas, sino que se ve frecuente otro tipo de agresiones.

Yesenia y sus tías viven una constante manifestación de la violencia moral dentro de su hogar. Para esto, es importante recordar aquí las palabras de Rita Segato al respecto de cómo se puede definir o identificar este tipo de violencia, la cual abarca un sinnúmero de espectros y escenarios:

Violencia moral es todo aquello que envuelve agresión emocional, aunque no sea ni consciente ni deliberada. Entran aquí la ridiculización, la coacción moral, la sospecha, la intimidación, la condenación de la sexualidad, la desvalorización cotidiana de la mujer como persona, de su personalidad y sus trazos psicológicos, de su cuerpo, de sus capacidades intelectuales, de su trabajo, de su valor moral (115).

En primera instancia, un ejemplo de la ridiculización que ejercía constantemente en contra de ellas es cuando, como castigo por haber culpabilizado de algo a su primo, decidió cortarle el cabello a Yesenia, siendo ésta una manera de sentirse avergonzada de sí misma:

“le había tusado el pelo con las tijeras de descuartizar el pollo mientras Yesenia permanecía inmóvil como tlacuache bajo los faros de los camiones de la carretera, por miedo de que las hojas heladas le cortaran la sangre, y después había pasado la noche en el patio, como la perra que era, había dicho la abuela” (49), aquí podemos observar cómo no solo la humilla y ridiculiza al cortar su cabello, sino también el lenguaje con el que se refiere a ella, donde la insulta y violenta emocionalmente, esta escena es un ejemplo de cómo le produce una desvalorización constante de su cuerpo.

De igual manera, no es el único ejemplo de violencia moral que se observa presente en la historia de este personaje femenino, existe una constante condenación de la sexualidad de las mujeres, en este caso, la abuela acusa constantemente a sus hijas y nietas de debilidad, siempre propensas a ceder ante los deseos sexuales que les provocan los hombres (a quienes, por cierto, jamás se les culpabiliza), pero a ellas sí se les condena constantemente por su sexualidad. En un momento de la novela, la narradora cuenta cómo la abuela de Yesenia echa de su casa a sus hijas, a quienes constantemente ofende: “dijo que estaban locas si creían que ella iba a permitir que se llevaran a las niñas, para volverlas igual de putas que ustedes (...) y por más que las otras gritaron y patalearon la abuela no soltó prenda y tuvieron que largarse solas al norte” (41), sobre esta escena, es interesante ver el contraste que la abuela mostraba en el trato con sus hijas y el trato que le daba a su hijo Maurilio, de quien Yesenia contaría que también vivía una vida sexual muy activa y, sin embargo, la abuela siempre lo negó, a él jamás se le condenó por su sexualidad.

No obstante, por el contrario, a sus hijas incluso les negaba el acceso a la educación, justamente porque veía en ellas una debilidad sexual y, por este motivo, consideraba que darles estudio a sus hijas sería solamente una pérdida de tiempo porque, tarde o temprano,

ellas se verían débiles ante los hombres y cederían ante ellos, dejando de lado sus aspiraciones académicas.

En una escena del libro, se cuenta cómo la abuela constantemente dudaba de ellas y las violentaba moralmente al siempre poner en duda todas sus acciones: “les reclamaba cosas que las pobres ni siquiera hacían como escaparse por la noche para irse de golfas con los hombres y todo por culpa de la pinche Bola” (44), aquí la narradora relata una historia donde una de las hijas de la abuela una noche decide escaparse para ir a un baile del pueblo y a partir de ahí la abuela comienza a desconfiar del resto de las hijas, a quienes las condena y acusa de hacer lo mismo que ella (aún y cuando no existan evidencias de que esto suceda):

¿Te acuerdas, gorda? Te agarró cantando en el baño, toda mojada y encuerada, y además de la madriza te dijo que a partir de ese día te olvidarás para siempre de la escuela porque ibas a acompañarla a vender jugos, para que vieras lo que costaba ganarse el dinero, y eso te dolió más que los guamazos que la abuela había dado en toda tu vida juntos, ¿verdad? Pobre gorda, siempre tuvo la ilusión de terminar sus estudios y volverse maestra” (46)

En este episodio de la novela podemos observar cómo existe una condenación de la sexualidad, pero también existe una permanente desvalorización de las capacidades académicas y/o intelectuales de las mujeres de la novela, no las considera aptas para estudiar, su debilidad emocional y sexual siempre les condenaría a fracasar y, por eso, no existe un interés por motivarlas a estudiar o buscar otro tipo de oportunidades que no sea únicamente el embarazo adolescente, o la prostitución.

Es así que a lo largo de toda la novela podemos identificar un sinnúmero de situaciones en las que las mujeres se observan vulneradas, desvalorizadas, desprestigiadas, abusadas

(sexual, física y moralmente) y, sin embargo, estos escenarios se observan normalizados y aceptados culturalmente. Es interesante observar el lenguaje que utiliza la autora, el cual es también un lenguaje violento que va en concordancia con el contenido de la obra, en él podemos observar un lenguaje que, también, violenta a las mujeres, con un uso ofensivo en su tratamiento, en donde podemos observar una gran gama de frases que aluden a la violencia cultural hacia las mujeres.

La novela *Temporada de huracanes* es una novela muy valiosa para la literatura mexicana contemporánea, porque funge como evidencia del trato que se les da a las mujeres en un país de la extensión de Latinoamérica, donde existe una constante actitud por parte de la sociedad en general, que juzga a las mujeres, se les condena, se les critica arduamente. Existen un sinnúmero de exigencias hacia ellas, de todo tipo: sexuales, maternas, académicas, laborales, en cuanto a su virtud, a su paciencia, al trato hacia con los otros etc., pero a los hombres, por otro lado, se les justifica, se les perdona fácilmente, se anteponen sus necesidades físicas y emocionales por encima de las necesidades de las mujeres, existe una patente e innegable desigualdad entre los derechos que se les conceden a los hombres, y aquellos que se les niegan a las mujeres.

En este sentido, es una obra que permite reflexionar profundamente sobre aquellos aspectos culturales que han permitido legitimar una desigualdad y una violencia de género que, hasta el día de hoy, permea en muchos espacios del país, sobre todo en aquellas zonas rurales donde el acceso a la educación, en general, es complicada para el grueso de la población y donde, también, los espacios laborales son limitados y, por ende, ante pocos espacios, estos se les concede principalmente a los hombres, negándoles el espacio (desde justificaciones culturales) a las mujeres. Sin duda, la novela ofrece un retrato cultural y social que permite cuestionar los estereotipos e imposiciones sociales de la actualidad.

CONCLUSIONES

Como se analizó en los anteriores, se planteó una preocupación por cómo la violencia pareciera adentrarse cada vez más en la conciencia de los individuos: pudimos describir el contexto del caso de México, en donde ha surgido una paulatina pérdida de empatía y solidaridad debido a los continuos actos delictivos acontecidos en el país, donde, por un lado, se han desarrollado toda una serie de violencias que han impactado directamente en los jóvenes (de los cuales pudimos ver una representación en los personajes de la novela de Fernanda Melchor), también vimos la forma en que se ha impregnado a la sociedad las violencias directas, estructurales y culturales, así como la violencia de género, la cual se ha vuelto una permanente en el país y que ha provocado una vulnerabilidad constante en el cuerpo de las mujeres y comunidades sexualmente disidentes, aspectos que, también pudimos observar en el análisis de *Temporada de huracanes*.

Y, sin duda, con todo este contexto planteado anteriormente, podemos argumentar que existe una mayor aceptación y pasividad ante la violencia, el fenómeno se ha asumido como si se tratase de una situación irremediable (a lo cual, desde las humanidades nos resistimos totalmente).

Parte importante del planteamiento de la autora en su novela es la forma en la que los jóvenes se convierten en un sector vulnerable de la población que, tarde o temprano, corren el riesgo de ser engullidos por la narcomáquina (como lo señala Rossana Reguillo), en la novela podemos observar que las organizaciones criminales ya se perciben como un ente fantasmagórico que empieza a embargar los espacios de La Matosa y que se encargan de demostrar su poderío, esto, sin duda, será un rasgo que terminará por impresionar a los jóvenes como Luismi y Brando que están buscando a toda costa adquirir un poco de

empoderamiento (o blanqueamiento económico), el hecho de que los tenis *adidas* de Brando fueran su mayor muestra de estatus es una exposición de cómo el capitalismo y el consumismo ya empieza a apoderarse de los espacios rurales de Latinoamérica.

Y en este sentido, vale la pena reflexionar en cómo la herramienta (con toda su instrumentación), será una salida fácil para todos estos jóvenes que se encuentran embargados por una serie de frustraciones económicas o sociales. También, parte importante de estas incomodidades vienen del color de piel, en otras obras literarias de la autora, como *Páradais*, la autora destacará aún más el cómo la tez de las personas incide en la falta de oportunidades en un país como México y, si bien en esta obra el racismo no es un tema central, tampoco es un detalle que Melchor omita en *Temporada de huacanes*, porque parte del lenguaje violento y ofensivo que se utiliza, siempre está acompañado de adjetivos donde se destaca la tez como un defecto o insulto en los personajes.

Indudablemente, es un libro que representa una serie de vulnerabilidades en los personajes, en las mujeres principalmente se enfatiza las dificultades que los cuerpos femeninos tienen para encontrar espacios seguros, el caso de Norma y Yesenia son una representación de las complicaciones a las que se enfrentan, tanto en espacios externos, como en espacios íntimos. Desde el comienzo del descubrimiento de la historia de Norma, la vemos recorriendo La Matosa, luego de huir de su hogar donde abusaban de ella, sintiéndose también vulnerable en las calles porque se ve acechada por los hombres que la persiguen y buscan por las calles, seguramente con el propósito de abusar de ella. No obstante, sabe que, aunque el espacio exterior no es un lugar seguro, reconoce que volver a su hogar tampoco es una opción posible, porque en el espacio íntimo tampoco existe una seguridad para ella, porque también en su hogar es abusada por su padrastro.

En este sentido, la novela de Fernanda Melchor permite reconocer que la violencia ya ha embargado muchos espacios del México contemporáneo y, ante esto, ya no es solo necesario reflexionar y dialogar sobre esto, es indispensable y, por supuesto, urgente.

En este sentido, para concluir con el análisis y reflexión a profundidad en torno a este fenómeno complejo, es preciso reconocer el papel que toma el contexto cultural y la manera en que se manifiestan los valores éticos en la actualidad, al respecto, también se estuvo analizando en la primera parte de este trabajo sobre el compromiso ético que implica reconocer la pertinencia de los estudios de la violencia.

Parte importante de este último aspecto, es cuestionar cómo las rupturas éticas podrían influir en la generación de violencia y la imposibilidad de erradicarla. Como se pudo ver en la novela de Fernanda Melchor, podemos reconocer y enfatizar en que actualmente vivimos en una sociedad capitalista que valúa el individualismo y consumismo por encima del bienestar humano. Y aunque somos conscientes de que la violencia ya se ha manifestado con anterioridad a lo largo de distintas etapas históricas, y por diversos motivos y, aunque ciertas problemáticas similares prevalezcan a través del tiempo, hay que comenzar admitiendo el hecho de que la conciencia humana, el ejercicio ético y la cultura se han visto modificadas.

De esta manera, a manera de conclusión de los temas expuestos en los capítulos anteriores, podemos planear aquí una argumentación y reflexión en torno la situación ética actual desde la perspectiva de Edgar Morín presente especialmente en su libro *El método VI* con la intención de recapacitar sobre cómo esta condición se relaciona con la violencia generada en la actualidad, posteriormente, repasaremos la posición del filósofo en cuanto a la urgencia de una auto-ética ante la disolución de las éticas tradicionales y su relación con la literatura, para finalmente concluir con una argumentación donde se reconozca el papel

de la literatura (por ejemplo, la obra de Fernanda Melchor) como una herramienta útil para superar el quiebre ético actual y ejercitar una cultura psíquica que permita desembocar en una ética para el prójimo.

Durante el siglo XXI la violencia ha tomado un papel preponderante, si bien se ha manifestado en otras etapas históricas, hoy pareciera reproducirse y normalizarse con mayor facilidad, ¿a qué se debe? Para intentar dar respuesta a esto, es indispensable abordar el fenómeno desde las particularidades, para reconocer las diversas razones por las que la violencia opera con tanta facilidad en nuestro país y en el mundo. Hoy en día hay una degradación del tejido social, si bien la violencia ha estado presente siempre, hoy se observa de manera distinta a como se había manifestado en otros periodos históricos:

Los valores culturales en la antigua Grecia o en Roma donde existían fuerzas capaces de frenar en determinados casos la violencia y oponerse a su generalización son distintos a los de la sociedad actual y eso es así, porque actualmente contraponemos frente a la violencia valores que o son muy débiles o totalmente ineficaces (Aparicio 12).

Ante estos argumentos, las aportaciones de Edgar Morin resultan de gran utilidad al intentar comprender las razones por las que la violencia ha evolucionado y se ha expandido tan fácilmente en los últimos años. En su libro *El método VI*, el filósofo plantea su reflexión argumentando que: “la crisis ética de nuestra época es al mismo tiempo crisis de la religación individuo/sociedad/especie” (32). Y sin duda, su planteamiento resulta muy interesante al observar e intentar comprender la manera en que los individuos se relacionan entre sí. Indudablemente, vivimos en una época donde se enfatizan las diferencias, no se motiva a construir una unión con el prójimo, ni entre comunidades.

Esto lo pudimos observar claramente en la novela *Temporada de huracanes*, donde toda la narración y conjunción de las historias de los personajes, ronda en torno a un suceso trascendental que sirve como ejemplo al respecto del rechazo que existe a las diferencias, particularmente el desprecio hacia las comunidades sexualmente disidentes, el asesinato de la Bruja, una mujer trans que vive en un pueblo que rechaza y desprecia su identidad, es un ejemplo de cómo existe una falta de unión con el prójimo y una degradación de la comunidad en La Matosa.

Una de las debilidades del tejido social más evidentes actualmente es que se construyen relaciones sociales desde una actitud individualista, donde la prioridad siempre es uno mismo, inclusive este tipo de argumentos son muy reproducidos desde las disciplinas psicológicas, por lo tanto, los vínculos siempre están plagados de egocentrismo e intereses particulares: el asesinato de la Bruja vino, por un lado, como resultado del rechazo a su identidad y, también, por priorizar un interés personal (económico) por encima de su derecho a la vida.

De esta manera, podemos reconocer que “dicha crisis se manifiesta con la aparición significativa de una necesidad ética, dada la desintegración social, el aumento de corrupciones de todo tipo, la omnipresencia de incivildades y el desencadenamiento de las violencias” (Loreto 248).

Si bien es importante recalcar que, con este trabajo no se pretende culpabilizar enteramente a la crisis de los fundamentos éticos por el problema de la violencia, pues existen otros factores que participan directa e indirectamente en esta problemática del país, como el mal ejercicio de la política, el incremento de la pobreza en ciertas zonas (como podemos verlo en la novela, en la construcción de un retrato de la violencia en una zona rural donde existe una falta de oportunidades para la sociedad y una situación de pobreza

para la mayoría de la población, con excepción de aquellos que optan por actos delictivos), asimismo, la indiscutible participación del narcotráfico, entre otras, (factores que no se discutirán en esta ocasión). No obstante, resulta interesante analizar cómo, ante una crisis ética de esta magnitud, dar solución a la violencia pareciera ser un sueño inalcanzable si no se mejora previamente la condición ética. Por tanto, es forzoso observar este fenómeno considerando su amplitud y complejidad, desde distintas perspectivas y analizando factores particulares:

Es necesario e indispensable avanzar más en la comprensión del fenómeno de la violencia asociada a la delincuencia organizada, cancelando versiones simplistas - que identifican una sola variante como la causa de toda la violencia para desentrañar su complejidad (Valdés 14).

Éste es precisamente uno de los errores más frecuentes en el ejercicio político en México: pretender solucionar problemáticas de magnitudes inmensas con soluciones precarias, como si se tratara de un acontecimiento simple, cuando la violencia no lo es. Influyen numerosos factores que pueden determinar el rumbo de los acontecimientos de manera distinta a la esperada. En este sentido, al analizar la violencia en la contemporaneidad, hay que considerar también de qué manera se han visto transgredidos los fundamentos éticos.

Edgar Morin argumenta que “los fundamentos de la ética están en crisis en el mundo occidental. Dios está ausente. La Ley se ha desacralizado. El Super-Yo no se impone incondicionalmente y, en ciertos casos, también está ausente” (29). Pero ante esto, lo importante y que atañe a este trabajo es la pregunta: ¿qué consecuencias tiene y cómo se relaciona con la violencia? una de las derivaciones que enlista Morin como producida y productora de esta crisis ética es que existe “la des-moralización que <<culmina en el

anonimato de masas, el desencadenamiento mediático, la sobrevaloración del dinero>>>” (30). Este aspecto es importante al hablar del contexto del país porque la violencia se ha convertido en una herramienta de empoderamiento económico al intentar cumplir con los requerimientos del capitalismo más exigente, (como lo pudimos ver en el análisis de la novela a partir de las argumentaciones de Sayak Valencia), donde se intentó dialogar sobre cómo el país, al ser frontera con Estados Unidos, se enfrenta a una dificultad muy grande al intentar erradicar la violencia, mientras permeen en los individuos las frustraciones generadas por el hiperconsumo.

En consecuencia, Edgar Morin considera que existe un “super desarrollo del principio egocéntrico en detrimento del principio altruista” (30), lo cual se relaciona ampliamente con las argumentaciones del sociólogo Gilles Lipovetsky, quien en su libro *La era del vacío* menciona que: “la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo” (7). En este sentido, si el futuro no es tomado en cuenta, si realmente no existe como prioridad forjar al hombre, si existe una pérdida constante por el carácter altruista, ¿de qué manera concientizar sobre la violencia? acabar con la pobreza, si bien colaboraría y, por supuesto, es necesario, posiblemente no sería una solución definitiva a la problemática, si los valores ya han sido modificados y no existe una religación con los otros, ni espíritu altruista, empático y solidario.

Además, Edgar Morin advierte sobre el peligro de que pesen más las diferencias entre unos y otros, que se ha vuelto tan evidente ante el desplazamiento masivo que se ha visto tan frecuentemente en la actualidad en distintas partes del mundo, por lo que es una problemática muy actual que vale la pena mencionar, pues ha surgido un rechazo inminente y una negativa de gran parte de la sociedad hacia los migrantes: “cuando la alteridad puede más que la similitud, el otro aparece como extraño, extraño a nuestra identidad individual,

incluso a nuestra identidad étnica o nacional” (Morin 113). Llegar a esta condición resulta muy grave porque en nombre de estas diferencias se ha caído en terribles agravios humanos como genocidios o dictaduras, (tan frecuentes en América Latina, por cierto), esta es una de las características fundamentales en los regímenes totalitarios, un ejemplo de esto fue el caso de República Dominicana con la gobernatura de Rafael Trujillo Molina, quien mantuvo durante sus discursos una postura excluyente, de separación y ausente de religación con los haitianos (la cual perdura hasta el día de hoy aunque la dictadura haya finalizado) se les percibe ajenos y por tanto, carentes de derechos, acontecimiento que ya ha sido abordado desde la literatura gracias al escritor Mario Vargas Llosa con su libro *La fiesta del chivo*.

De igual manera en México que, si bien no ha llegado propiamente a una dictadura, también se han exacerbado los actos violentos dirigidos a los migrantes que intentan cruzar el país hacia Estados Unidos, sucesos inhumanos que han sido retratados en la literatura en obras como *Las tierras arrasadas* de Emiliano Monge, asimismo, si bien la obra de Fernanda Melchor no ofrece un retrato de los procesos migratorios en nuestro país, como sí lo hace su contemporáneo Monge, la autora no queda indiferente ante esta situación en su novela, y sí ofrece un retrato de los deseos de los jóvenes de irse del país, a buscar un futuro idílico fuera de La Matosa, deseos que, posteriormente, culminan en actos violentos.

De esta manera, la ética colabora a erradicar este tipo de pensamientos y actitudes que detonan en actos violentos hacia los otros: “La ética está llamada a desmontar aquellas ideologías que promueven la desigualdad y buscan manipular la opinión pública en nombre de unos valores absolutos que tienen que ser aceptados sin más” (Minaya 211). Ante los cambios sociales, ante la pérdida de los grandes relatos, ante el individualismo imperante, habría que reconocer que después de los acontecimientos que surgieron debido a las

motivaciones ideológicas y religiosas, vale la pena examinar, hoy más que nunca, la gravedad de continuar destacando más las diferencias entre culturas y creencias. Hay que mantener presente la importancia de la religación individuo/sociedad/especie de la que habla Morin.

El autor argumentó en su apartado sobre la “Ética de la religación” que la tolerancia es inseparable de la democracia (117). Y esto es muy importante al hablar de ejemplos como el de América Latina, la cual vive una crisis constante en su aparato político: para construir espacios democráticos son necesarios discursos incluyentes, no excluyentes.

Y en este sentido, es indispensable prestar atención a lo que acontece en nuestro país, pues pareciera fomentarse un discurso de la no-religación, construyendo brechas entre sectores sociales según su condición económica.

Judith Butler también destaca cómo en la actualidad se enfatizan las diferencias y, esta práctica, ha provocado que se terminen legitimando, aceptando o normalizando los asesinatos y pérdidas humanas por causas violentas:

Si las diferencias de clase, raza o de género se inmiscuyen en el criterio con que juzgamos qué vidas tienen derecho a ser vividas, se hace evidente que la desigualdad social desempeña un papel muy importante en nuestro modo de abordar la cuestión de qué vidas merecen ser lloradas. Pues si una vida se considera carente de valor, si una vida puede destruirse o hacerse desaparecer sin dejar rastro o consecuencias aparentes, eso significa que esa vida no se concebía plenamente como viva y, por tanto, no se concebía llorable (Butler, 41).

Aquí Butler destaca un aspecto muy importante en el valor a la vida que se le da a ciertas personas: la desigualdad social. Esto tendrá mucha relevancia si lo llevamos a un contexto local, puesto que es evidente que, en un acontecimiento de violencia, este rasgo

colaborará a que se busque, o no, justicia por el caso. Continuamente se ha criticado a las autoridades mexicanas, quienes parecieran solo darle importancia o visibilidad a casos de violencia en los que se encuentran en un estrato social alto, mientras que, muchos otros casos de zonas rurales o de zonas urbanas de la periferia, son fácilmente invisibilizados.

En el caso de la violencia que se observa en la novela de Fernanda Melchor, es evidente que nunca existe una restitución de justicia para las víctimas, la vida de la Bruja, no es una vida que se considere “llorable”. Y seguramente tampoco todas aquellas víctimas que la autora enlista en el último capítulo de su novela.

Por esta razón, sin duda, hay mucho que reflexionar al hablar sobre la ética de Morín, la violencia y el contexto mexicano. En este sentido la propuesta de Judith Butler, Gianni Vattimo, además de la de Edgar Morin, resultan muy importantes en el contexto contemporáneo, porque la posmodernidad, como el filósofo italiano lo postula, no necesariamente debe tener una connotación negativa, sino que puede ser una posibilidad de trabajar en la tolerancia: en reparar el tejido social. Hay que aprender de los errores pasados y futuros, “Vattimo expresa que el pensamiento débil plantea una ética de la tolerancia. Ética que invita a tolerar lo diferente, lo que se encuentra en condición de minoría” (Minaya 214). Qué lección más importante es ésta cuando el siglo XXI y los últimos años, los cuales estuvieron marcados, además de la pandemia, por la fuerte preeminencia que han tomado los movimientos de reivindicación, quienes han tenido en sus principales solicitudes la aceptación a la diversidad y la solidaridad entre comunidades.

Por lo tanto, es preciso reconsiderar la política y la construcción social para reconocer la importancia del *pensamiento débil* de Gianni Vattimo y tomar en cuenta, como lo hace él, el pasado, el presente y el futuro:

Por el pasado: porque es capaz de dialogar con los mensajes de la tradición, que no es más que un diálogo con *los otros*. Por el *presente*: porque dirige su mirada hacia aquellos acontecimientos que nos atraviesan (...) por el *futuro*: porque se espera un “nuevo” encuentro con los valores anteriormente establecidos (Minaya 216).

Sin duda, esta postura permite cuestionar y recapacitar en la importancia de observar el pasado para trabajar en los errores que podrían continuar cometiéndose si no se trabaja en una corrección del tejido social. Es indispensable reflexionar sobre el daño que han hecho estas verdades absolutas y reconocer que su debilitamiento y/o dislocación puede ser, no de perjuicio para la sociedad, sino de beneficio, si se trabaja en la ética. Si aprendemos a reconocernos como iguales, construyendo la religación “en el reconocimiento mutuo está la base de la solidaridad, como fin de la democracia y de la misma política” (García 172). En la medida en que podamos reconocernos como seres débiles, vulnerables y, admitamos la diversidad y la libertad individual, se encontrará la posibilidad de generar un cambio en la manera en que nos hemos desenvuelto como seres sociales.

Ante la condición ética actual dialogada en el apartado anterior, Edgar Morin argumenta que existe una necesidad y/o emergencia de una autoética o una ética individualizada. Vivimos en una etapa histórica donde la sociedad pareciera encontrarse sumida en un individualismo constante, la solución para el filósofo, aunque en primera instancia podría parecer contradictoria, recae en la autonomía individual:

El individualismo de nuestra civilización, como bien ha visto Alain Ehrenberg, no es tanto [yo diría no <<solamente>>] una victoria del egoísmo sobre el civismo o de lo privado sobre lo público cuando el resultado del proceso histórico de la

emancipación de las masas que, para lo mejor y para lo peor, pone la responsabilidad de nuestros actos en nosotros mismos (Morin 99).

Y para esto, el autor incluye en sus propuestas para superar la crisis y la barbarie interior, construir una cultura psíquica que permita a los individuos autorregularse, es decir: “una ética de sí a sí, que desemboca naturalmente en una ética para el prójimo” (Morin 101). En ella se busca alimentar una capacidad de observación, personal y colectiva que permita corregirse a sí mismo. No obstante, no es un trabajo sencillo, por lo que en primera instancia podría considerarse utópico si no se contempla y se reconocen posibles herramientas que colaboren a edificar la autoética. En este sentido, la propuesta de este trabajo va encaminada a reconocer que la cultura psíquica que propone Edgar Morin va de la mano de la literatura, la cual cumple con características similares a las que comenta el filósofo en el desarrollo de su propuesta: como el autoexamen y la autocrítica (alcanzables ambas con un proceso correcto de abstracción generado por la literatura).

Morin menciona que para elaborar un proceso de aprendizaje y reflexividad al realizar un autoexamen “se hace necesario rehabilitar la introspección, despreciada tanto por las psicologías objetivistas cuanto por las psicologías de las profundidades para las que solo el psicoterapeuta está cualificado para sondear las mentes” (102). Aunque es importante reconocer que no se pretende desvalorizar o subestimar el papel que juega la terapia en la salud emocional de los individuos, es verdad que en la actualidad parecieran ser cada vez más incapaces de reconocer sus propias problemáticas sin la ayuda de un tercero. Para esto, la literatura puede colaborar a conocernos a nosotros mismos.

Doris Lessing menciona en su libro *Las cárceles elegidas* que: “las novelas deberían ubicarse en el mismo estante que los libros de antropología; los escritores ofrecemos comentarios acerca de la condición humana y continuamente la analizamos y la discutimos:

ése es nuestro tema" (22). Esta escritora Premio Nobel, siempre ha defendido en sus ensayos la importancia de valorar la literatura más allá de considerarla únicamente un trabajo de ficción, pues con este tipo de herramientas podrían conocerse distintas posturas sobre la condición humana, que constantemente los escritores analizan, profundizan y discuten.

Sin embargo, desafortunadamente, con los procesos de tecnologización y en el desarrollo de un mundo capitalista que valúa únicamente lo que le resulta "útil" en cuanto a beneficios económicos, es importante reflexionar y cuestionar lo que realmente representa una utilidad en la sociedad, pues la desvalorización del arte, la literatura o la filosofía representa un costo mayor a cualquier pérdida económica:

Una vez más debemos considerar la palabra *útil*. A largo plazo lo que es útil es lo que sobrevive, lo que revive, lo que vuelve a la vida en diferentes contextos. Puede parecer hoy que las personas aleccionadas para emplear con eficiencia las tecnologías son la élite del mundo; pero a largo plazo creo que las personas preparadas para tener, asimismo, ese punto de vista que solía llamarse humanista (...) serán las que ejerzan mayor influencia. Simplemente porque comprenden más de lo que está ocurriendo en el mundo. No es que menosprecie a los nuevos técnicos -todo lo contrario- pero lo que conocen, es por definición, una necesidad temporal" (Lessing 97).

Y ante esta argumentación, regresamos a la primera parte donde gracias a las reflexiones elaboradas por Gianni Vattimo se intentaba reconocer el papel tan importante que juega el reconocimiento del pasado, presente y futuro para la elaboración de un tejido social sólido. En este caso, ¿acaso la literatura no es una herramienta imprescindible para dialogar con las mentes pasadas y a su vez, con las presentes y futuras? recordemos que las

distopías también han permitido reflexionar sobre lo que se espera a largo plazo de la sociedad, las cuales muchas veces han resultado aterradoras por su precisión al atinar en problemáticas futuras, como fue el caso de 1984 de George Orwell y su reflexión en torno a la dominación de las masas.

Desafortunadamente, el autoexamen, que como bien señala Edgar Morin, debería ser practicado de forma habitual desde la primaria, cada vez está menos presente, las asignaturas literarias e históricas son menospreciadas por su “poca utilidad” en la sociedad. Sin duda, el filósofo francés permite recordar su importancia en la educación.

Por otro lado, Morin reconoce que “el autoexamen no puede efectuarse sino con una mirada capaz de autocrítica” (104). Se trata de alimentar una consciencia autocrítica de control, que permita examinar nuestros propios comportamientos y reconocer cuándo existe una autojustificación. Esto permitirá llegar, también, a una condición de vulnerabilidad y de humildad, al admitir nuestra propia condición humana, relación innegable con la postura de Vattimo sobre el *pensamiento débil*. Y en este sentido, la literatura tampoco puede mantenerse únicamente en la examinación, sino también debe pasar a la crítica, en caso de ser necesaria.

La literatura no puede permanecer incólume, apegada a las convenciones, sino que, como hemos visto en los casos estudiados, debe comprometer la propia integridad de sus obras moviéndose siempre hacia lo imprevisible (...) porque pareciera que solo a través del arte es posible derrotar a la violencia (Lespada 55).

Podemos argumentar que existe cierto compromiso social en la literatura, (quizá sin que los autores tengan una propuesta deliberada de hacerlo), pero inevitablemente sale a la luz una representación de la realidad circundante de cada artista, que en ocasiones puede ameritar una crítica contundente. Por tanto, se reconoce la importancia del arte en este tipo

de condiciones catastróficas que, sin duda alguna, ameritan una observación que no quede en la mera examinación, sino también en la abstracción y la crítica.

De esta manera, algo muy importante que se debe reconocer de la propuesta de Edgar Morin es que: “la cultura psíquica nos recuerda sin cesar que no estamos en el centro del mundo, que no somos jueces de todas las cosas” (105) Este argumento me parece muy interesante porque Dostoyevski anteriormente lo había planteado en una de las tesis fundamentales de su libro *Los hermanos Karamazov*, con la intención de reflexionar sobre si realmente estamos capacitados para ser jueces de nuestros semejantes, porque en el proceso de serlo, nos distanciamos demasiado del otro:

Recuerda, sobre todo, que no puedes ser juez de nadie. Pues no puede haber en la tierra un juez para los criminales antes de que ese propio juez llegue a comprender que él mismo es un criminal como el que tiene delante, y que él, precisamente es más culpable que nadie por el crimen del otro hombre (Dostoyevski 517).

Esta reflexión, tanto del reconocido escritor ruso como de Edgar Morin, me parece muy acertadas en la actualidad, sobre todo cuando se habla de un contexto de violencia. Pues, aunque como se dijo al inicio de este trabajo, la violencia no proviene de un solo factor ni es generada por una misma motivación en todos los casos, por lo tanto, también es importante reconocer el papel que tenemos individual y colectivamente en la expansión de violencia.

Sobre esto último, es importante recordar que, por ejemplo, Fernanda Melchor escribió la novela *Temporada de huracanes* a partir del encabezado de una nota roja que describía el asesinato de una mujer en un pueblo de Veracruz y, a partir de esto, ella ha admitido en sus entrevistas que buscaba intentar comprender, a través de la ficción y la literatura, por qué se había cometido aquel acto, sobre todo, porque ella misma, se reconoce

como una persona susceptible a cometer actos de violencia y, por ende, incapacitada para ser juez de los otros:

Entonces, a veces lo que me interesaba era pensar en estas historias de la nota roja y decir ¿por qué no hacer algo más literario? ¿por qué no aprovechar las herramientas de la ficción para hablar de estos temas, pero profundizando más en el corazón humano? no escribir nada más "la mató, la violó", sino meterte en la historia, meterte en la piel del personaje y tratar de averiguar por qué las cosas suceden. Estoy íntimamente convencida de que en el fondo todos somos capaces de hacer esas cosas que están en la nota roja (Melchor, 8:20).

En este sentido, culpabilizar únicamente al que ejerce una violencia directa sería observar a la violencia, una vez más, desde consideraciones simplistas, si bien un solo individuo puede ejercer la violencia, los cientos y miles de víctimas que han perdido la vida en México por el contexto violento, nos atañen a todos y no solo a uno. Reducir la culpabilidad únicamente al asesino que presiona el gatillo, minimiza la culpabilidad de toda una violencia estructural (muchas veces política y cultural) que está detrás de una pérdida humana. Y en este sentido, ¿no tenemos cierta culpabilidad todos los ciudadanos que continuamos sobreponiendo la economía por encima de la vida humana? Y, ¿por toda esta pasividad que ha generado el constante acercamiento mediático a imágenes violentas?

Ya Susan Sontag reflexionó sobre el fenómeno de normalización que puede generar en el ser humano la cercanía inmediata y constante con actos violentos, acontecimiento que ha permeado en México debido a la violencia expresiva que han utilizado las organizaciones delictivas:

Susan Sontag reflexiona sobre la insensibilidad que termina produciendo la saturación mediática de las imágenes atroces, sobre todo teniendo en cuenta la

violencia como espectáculo que propaga la televisión por ser consumida desde la distancia y el confort burgués (Lespada 54).

Sin embargo, aunque la exposición indiscriminada de imágenes violentas ha predominado tanto en las redes sociales como la televisión, no necesariamente quiere decir que la exhibición de sucesos violentos sea más dañina que beneficiosa. Sin embargo, deben estar acompañados de observación y crítica. Es decir, de una cultura psíquica como la que habla Edgar Morin. Y es aquí cuando el arte y la literatura pueden colaborar a no invalidar el valor ético de una imagen violenta, “el compromiso que hay detrás de la denuncia o la información. Al final de la cadena siempre habrá alguien que reflexione, que se pregunte: ¿quiénes son los responsables? ¿no pudo evitarse?” (Lespada 55) Y ante esto, se puede reconocer el valor que la literatura puede tener en este contexto abrumador y violento en que nos hemos visto envueltos en el mundo occidental.

Sin duda alguna, los cuestionamientos sobre la condición de violencia actual en relación con la ética permiten una reflexión profunda de los acontecimientos que perduran en el hoy. Pero las aportaciones de Edgar Morin permiten tener una claridad de aquello que, efectivamente, es una urgencia, una necesidad en la sociedad. Se carece de contemplación, de observación y sin esto, tampoco puede existir una crítica certera. Pero herramientas como las que ofrece el arte y la literatura, permiten erradicar una posición poco empática de la realidad.

Así, no basta con solo observar, es necesaria la abstracción. Y tampoco basta con el racionamiento, si bien las aportaciones filosóficas son de gran importancia, como bien argumentó Rorty “son más útiles las descripciones de Bartolomé de las Casas respecto al trato que sufrieron los indígenas (...) lo que nos une en la solidaridad no es la razón, sino la creciente práctica extensiva de ser sensibles ante el dolor ajeno” (Gómez 62).

Y por esto, es necesario enfrentarnos a los horrores que vivimos y no solo evadirlos. Hay que cuestionarlos y criticarlos. En este sentido sí que existe un valor ético en la literatura que se puede y debe explotar. Y aunque indudablemente, asumir culpabilidad de los acontecimientos caóticos que nos rodean, no es un trabajo sencillo, ya que amerita mucha fuerza y capacidad emocional, es en este tipo de circunstancias en que reconocer la propuesta ética del filósofo resulta imprescindible, esta capacidad ayudará, además, a soportar la situación caótica que vivimos. Existe en el libro de Morin una cita en particular que resulta de gran notabilidad y que bien podría ser una definición que podría utilizarse, también, al describir la literatura:

La cultura psíquica nos enseña a vivir en la incertidumbre y nos ayuda a soportar la inquietud. Nos enseña a soportar el horror y nos ayuda a afrontar la crueldad del mundo, sin enmascararla o edulcorarla. No nos salva de la angustia, pero nos enseña a vivir con ella y a suscitar sus antídotos que son el amor a vivir y el vivir de amor (110).

La autoética, como bien lo describe el autor, puede ayudar a observar la realidad desde otra perspectiva y a identificar la urgencia de un cambio, pero sin dejarnos abatir por la desesperanza, como bien la literatura lo ha hecho a través de la historia. Y en este sentido, resulta inevitable para mí observar las similitudes que existen entre la cultura psíquica y el trabajo que han realizado los escritores a través de distintas etapas históricas, su valor al representar los horrores de la guerra, del totalitarismo o de diversas etapas de violencia exacerbada.

A lo largo de las conclusiones de este trabajo, se ha estado haciendo una constante alusión a distintas obras literarias de escritores como Fernanda Melchor (por supuesto), Emiliano Monge, Dostoyevski, Vargas Llosa, Doris Lessing y George Orwell, no solo por

casualidad, sino por dejar rastros del valor que determinadas obras han tenido para las sociedades de su época al hablar de problemáticas de suma gravedad que acontecieron en sus países y que han tenido la necesidad de ser visibilizadas por escritores que se han enfrentado, incluso, a problemas políticos debido a su esfuerzo por motivar a los ciudadanos a mantener una actitud de autoobservación y autocrítica de la realidad, a alimentar una cultura psíquica que les permita tolerar su condición humana.

No obstante, no es mi intención proponer la literatura como única solución a los problemas a los que nos enfrentamos actualmente, que sin duda son demasiado complejos para considerarse solucionables con una única herramienta, la literatura quizá no podría ser la única solución, pero sí podría colaborar a ejercitar y practicar una cultura psíquica, tan necesaria actualmente, como bien lo explica Harold Bloom:

Shakespeare no nos hará mejores, tampoco nos hará peores, pero puede que nos enseñe a oírnos cuando hablamos con nosotros mismos. De manera consiguiente, puede que nos enseñe a aceptar el cambio, en nosotros y en los demás, y quizá la forma definitiva de ese cambio (32).

De esta manera, quizá la labor literaria no podría solucionar la inmensa problemática de violencia que envuelve distintos espacios del mundo actualmente, pero podría colaborar a ejercitar y practicar una cultura psíquica, tan necesaria en la actualidad. Y como bien lo expresó Bloom en la cita anteriormente referida, también podría colaborar a aceptar el cambio, en este caso la posmodernidad, que ha tenido abundantes posturas negativas, y considerar que tenemos en ella una posibilidad de cambio.

En este sentido, y para concluir, el siglo XXI ha estado fuertemente marcado por los cambios, de muchos tipos, tecnológicos, científicos, religiosos, sociales y culturales, estamos en medio de una coyuntura que no solo nos motiva al cambio, sino que nos obliga

a él, en este sentido, se deben buscar herramientas que permitan encaminarnos a un lugar mejor. Es posible que estos cambios acelerados estén provocando una incitación a la violencia, Judith Butler habla sobre esto:

De manera que parte de la violencia que vemos y conocemos es una reacción frente a los progresos que hemos hecho, y eso significa que debemos seguir avanzando y aceptar que se trata de una lucha continuada, una lucha en la que los principios fundamentales de la democracia, la libertad, la igualdad y la justicia están de nuestro lado (Butler, 47).

Muchas veces nos hemos preguntado al respecto de la situación en México, el por qué si existen todos estos cambios y cada vez tenemos una mayor aceptación a la diversidad, mayor perspectiva de género, mayor consciencia en las generaciones más jóvenes, ¿por qué los índices de violencias continúan en números rojos, y no solo eso, sino que a veces parecieran aumentar? Este argumento de Judith Butler, en respuesta a lo que anteriormente se referenció en la cita de Bloom sobre la posmodernidad y los cambios, permite dar respuesta a esto, y permite (quizá) mantener el optimismo ante esta situación, si bien la violencia no parece disminuir, puede ser un signo de que estamos avanzando y esto es solo una reacción a los avances que se han logrado y, una posibilidad de continuar caminando por mejorar la situación social y cultural de las comunidades en situaciones de vulnerabilidad

Finalmente, la dislocación de las éticas tradicionales y la construcción de seres humanos tan individuales pueden ser una oportunidad de construir una autoética que nos permita regularnos sin necesidad de detentar verdades absolutas (como se hacía en épocas anteriores) sino hacerlo por genuina caridad y respeto por los otros, como bien se percibe en la teoría de Vattimo, con la que me gustaría concluir, “la práctica de la *caridad* va más

allá de un consentimiento religioso. Por el contrario, esta debe convertirse en la condición que puede fortalecer la convivencia social. De crear, cada vez, la apertura del ámbito del *otro*” (Minaya 225).

Y en este sentido puede colaborar a conocer a los otros, no solo a los que pertenecen a nuestra misma cultura, sino también a aquellos que percibimos tan ajenos, aceptar sus diferencias, admitir nuestra propia vulnerabilidad y comprendernos desde ella.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Teodoro W. "La educación después de AUSCHWIT". Conferencia en la Radio Hesse. (pp. 1-11). Digital.
- Agamben, Giorgio. *Homo sacer: El poder soberano y la nula vida I*. Valencia, España: Pre-textos, 1998. Impreso.
- Aparicio Ordás González García, Luis Ángel. "El origen de la violencia en las sociedades humanas: violencia simbólica, violencia fundadora y violencia política". Pre-bie3, vol. 4, 2015. pp. 1-14. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7686854>
- Arendt, Hannah. "Sobre la violencia." *Revista de Derecho Público* 16 (1974): ágs-168.
- Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen, 2013.
- Batista Aguilar, Leonardo. "Reportan 117 muertes violentas de personas LGBT en primer año de AMLO" Letra: sida, cultura y vida cotidiana, A.C. 2019.
- Bloom, Harold. *El canon occidental: La escuela y los libros de todas las épocas*, ESPA, 1994.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual*. Editorial Montessor: 2002. Impreso.
- Butler, Judith. *Sin miedo: Formas de resistencia a la violencia de hoy*. México: Penguin Random House, 2020. Documento.
- Cordoba García, David. "Teoría queer: reflexiones sobre sexo, sexualidad e identidad. Hacia una politización de la sexualidad" *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Editorial EGALES, 2005.
- Cordoba García, David. "Teoría queer: reflexiones sobre sexo, sexualidad e identidad. Hacia una politización de la sexualidad" *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Editorial EGALES, 2005.
- Coronado Téllez, Gabriela. "No estamos todas: ilustrando memorias" *Iberoamérica social*, 2020. <https://iberoamericasocial.com/no-estamos-todas-ilustrando-memorias/>

Daniela Rea Gómez. México: Grijalbo, 2020. 25-42. Impreso.

Didi-Huberman, Georges, and Marianna Miracle. *Imágenes pese a todo: memoria visual del Holocausto*. Barcelona: Paidós, 2004.

Diéguez, Ileana. *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba, Argentina: Ediciones DocumentA/Escénicas, 2013. Impreso.

Dostoyevski, Fiódor. Los hermanos Karamázov, Alianza editorial, 2006.

Duque, Carlos. “Judith Butler y la teoría de la performatividad de género” *Revista de educación y pensamiento*, 2010, pp. 88-89. <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-JudithButlerYLaTeoriaDeLaPerformatividadDeGenero-4040396.pdf>

Galtung, Johan. “Contribución específica a la irenología al estudio de la violencia: tipologías” *La violencia y sus causas*. (2000): Pp. 92-93. Digital.

Galtung, Johan. *Violencia cultural*. Gernika Gogoratuz Centro de Investigación por la Paz, 1989.

Gómez Pardo, Rafael. “Rorty y los problemas de una ética pragmática” *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, vol. 26, 2005. pp. 52-70. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/2380>

Guerrero, Celia. “Las desplazadas se arman a diario”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Ed. Daniela Rea Gómez. México: Grijalbo, 2020. 45-60. Impreso.

Guerrero, Vladimir M. *El narcogótico mexicano: escrituras del horror y la violencia en el Siglo XXI*. Tesis de doctorado, 2018.

Halberstam, Jack. *Masculinidades femeninas*. Editorial EGALES, 2008.

<https://cdhcm.org.mx/wp-content/uploads/2020/05/textolunes.pdf>

Lara, María Pía. *Narrar el mal: una teoría posmetafísica del juicio reflexionante*. Barcelona: Ed. GEDISA, 2009. Impreso

- Lespada, Gustavo. "Violencia y literatura/Violencia en la literatura." *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente* (2015): 35-56.
- Levi, Primo, and Pilar Gómez Bedate. *Si esto es un hombre*. Muchnik, 1987.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial anagrama, 1996.
- Loreto Benítez, José Salvador. "Reseña de El método 6: Ética". *Tiempo de educar*, vol. 10, 2009. pp. 243-257. <https://www.redalyc.org/pdf/311/31113164010.pdf>
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Melusina, 2020. Documento.
- Melchor, Fernanda. Entrevista en Youtube: "Para leer en libertad, invita al foro "Javier Valdez Cárdenas" Domingo 22 de octubre de 2017.
- Melchor, Fernanda. *Temporada de huracanes*. México: Penuin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V. 2017. Documento.
- Minaya, Edickson. "Las consecuencias éticas del pensamiento débil" *Agora: Papeles de Filosofía*, 2021. pp. 207-230. <https://doi.org/10.15304/ag.40.2.7203>
- Mónaco, Paula. "Dos mil días robados". *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Ed. Daniela Rea Gómez. México: Grijalbo, 2020. 61-76. Impreso
- Morin, Édgar. *El método VI*. Editorial Cátedra, 2006.
- Nájar, Alberto. "Ya no hay guerra contra el narco: la declaración de AMLO que desata polémica en México" *BC New Mundo* (México) 1 feb. 2019: s.p. Web 30 ago. 2021.
- Ortuño, Arturo. "Entrevista a Fernanda Melchor: Aún había mucho que decir del trópico negro". *Revista de la Universidad de México*, julio 2020, pp. 128-133. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7511486>
- Paredes-Guerrero, Leticia Janet, Rodrigo Llanes -Salazar, Nayelli Torres-Salas y Alejandra Pamela España-Paredes. "La violencia de género contra las mujeres en Yucatán". *Revista Lumina R Estudios Sociales y Humanísticos XIV* (2016): 45-56. Digital

- Pastrana, Daniela, "Mamá se fue a la guerra". *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Ed. Preciado, Paul B. *Testo yonqui*. Vol. 542. Anagrama, 2020.
- Rea Gómez, Daniela, y otros. *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. México: Grijalbo, 2020. Documento.
- Reguillo, Rossana. "La narcomáquina y el trabajo de la violencia: Apuntes para su decodificación". *E-Misférica* 8.2, nov. 2011, <https://hemi.nyu.edu/hemi/>
- Sáez, Javier. "El contexto sociopolítico de surgimiento de la teoría queer, de la crisis del sida a Foucault" *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Editorial EGALES, 2005.
- Sáez, Javier. "El contexto sociopolítico de surgimiento de la teoría queer, de la crisis del sida a Foucault" *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Editorial EGALES, 2005.
- Segato, Rita. "Rita Segato: "La violación es un acto de poder y de dominación". *La vanguardia*, abril 2017, párr. 15. <https://lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2017/04/14/rita-segato-la-violacion-es-un-acto-de-poder-y-de-dominacion/>
- Segato, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia*. Prometeo: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. España: Debolsillo. 2003. Impreso.
- Torres, Diana J. "Medalla o estigma". *Tsunami*. Ed. Jauregui Gabriela. México: Editorial Sexto Piso, 2018. 191-192. Impreso.
- Valdés Castellanos, Guillermo. *Historia del narcotráfico en México*. Aguilar, 2013.
- Valencia, Sayak. "Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género." *Mujeres intelectuales* (2011): 371.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Vol. 158. España: Melusina, 2010.

Vanguardia. “No quiero que los feminicidios opaquen la rifa’, dijo AMLO y después se disculpó”.

La vanguardia, 13 de febrero de 2020, párr. 3.

<https://vanguardia.com.mx/noticias/nacional/no-quiero-que-los-feminicidios-opaquen-la-rifa-dijo-amlo-y-despues-se-disculpo-ENVG3508815>